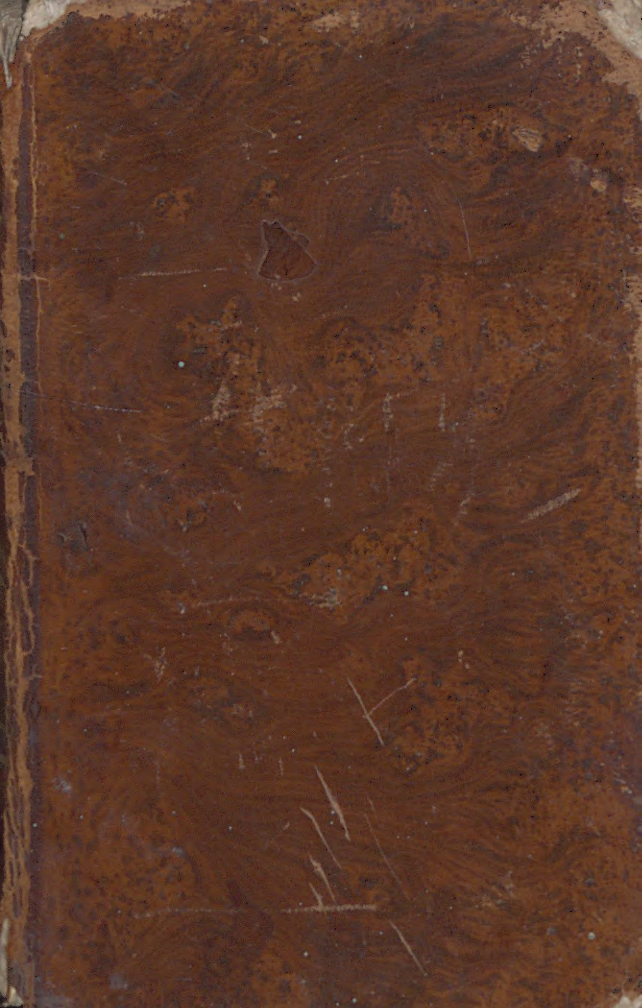
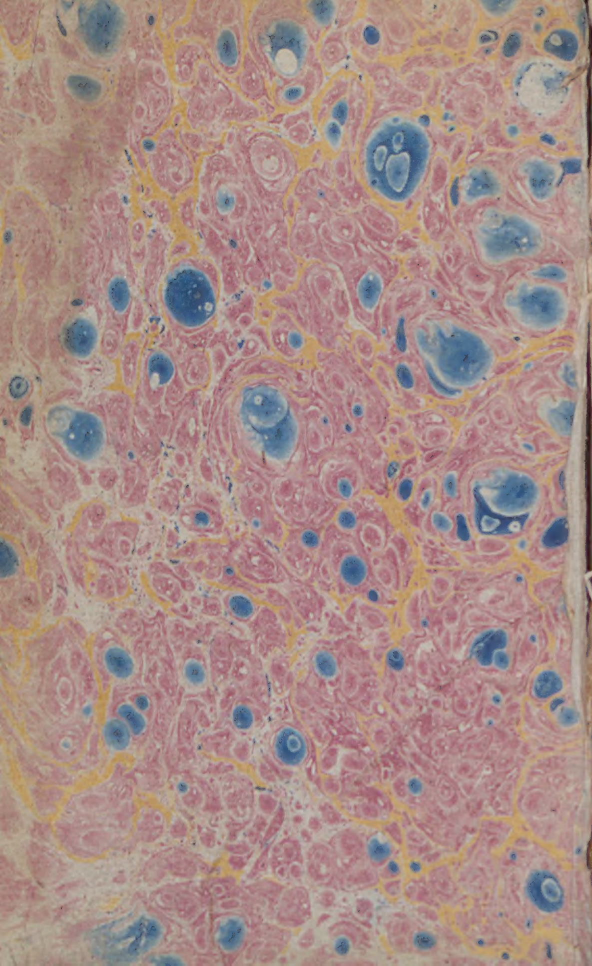
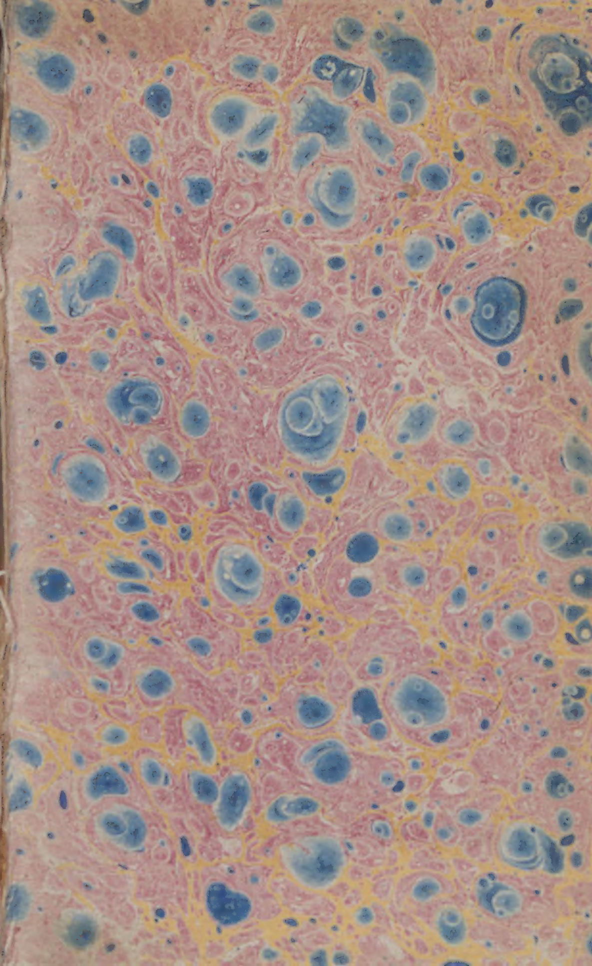






SISTEMA
FÍSICO Y MORAL
DE LA MUGER.







SISTEMA
FÍSICO Y MORAL
DE LA MUGER.

POR M.r ROUSSEL.

TRADUCIDO DEL FRANCÉS

POR E. A. D. M. A.

MADRID,
IMPRENTA DE D.n BENITO CANO.

1822.

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR.

La historia del bello sexo será siempre un objeto del mayor interes para los hombres. Los encantos y las gracias que la naturaleza ha puesto en él nos afectarán siempre de una manera, que no será fácil hacer su descripcion sin que entren á la parte nuestras pasiones, por mas que nos armemos de la filosofía. Y en efecto, si todos los objetos de la naturaleza tienen el derecho de interesarnos, ¿quien podrá mirar con indiferencia la mas bonita mitad de su mejor obra? No obstante esta verdad, confesada por todos los hombres que han llegado á la primavera de la vida, el orgullo de nuestro sexo ha considerado siempre al otro como enteramente semejante, cuando la estrava-

gancia no ha querido hacer de él un ser imperfecto. Algunas observaciones relativas á la constitucion de la muger, esparcidas en diferentes tratados de la historia del hombre, en los que se considera á esta de una manera accesoria; y el profundo estudio, y continuas investigaciones sobre las funciones que caracterizan el sexo, forman casi todo lo que se ha escrito de su historia. Faltaba un hombre que, bastante sensible á sus atractivos para percibir bien todas sus proporciones, fuera igualmente bastante imparcial para considerarlo en sí mismo sin necesidad de adornarlo con nuestros atributos físicos ni morales. El modesto y filósofo Roussel reunió todos estos conocimientos solitarios y dispersos; y dirigiendo sus consideraciones sobre la constitucion fundamental del sexo, ha dado á su sistema la union y con-

cordancia que se necesitaba para formar un todo completo y natural : su Sistema físico de la muger es un vivo retrato del sexo, enriquecido con todos los conocimientos de nuestro siglo.

Este modo de presentar á la muger respecto á su físico, estudiando las diferencias que ofrece su organizacion en general, y las que produce la diversidad de los instrumentos que ella emplea en la grande obra de la reproduccion, lo ha conducido naturalmente á determinar las que deben tener sus costumbres, su carácter, y sus inclinaciones particulares; y el Sistema moral de la muger sale de su mano con el mismo carácter de verdad que el físico. Las conexiones de ámbos sencillas y manifiestas hacen de toda la obra una produccion no menos hermosa que animada.

Con sus sublimes conocimientos, y

con la finura y rectitud de juicio que caracterizan á este autor, ha sabido apreciar justamente la influencia de la organizacion en lo moral, sin quitar nada á lo que este obra por sí, é influye en la otra. La doctrina de Stahl lo ha conducido, y jamas lo ha abandonado una lógica severa.

Los conocimientos de Bordeu sobre el tejido celular le han enseñado el medio de pintar las diferencias sensibles de los órganos en los dos sexos, sin perder empero de vista la diferencia primordial que sirve de fundamento á todas las demas.

Refiriendo la gran funcion que se ejecuta con el concurso de los dos sexos, ha respetado el secreto con que la naturaleza cubre todavía la obra de la reproduccion de la especie; sin dejar por eso de darnos la historia de las conjeturas de los filósofos, com-

batiendo unas, y proponiendo otras al examen y á la reflexion. Esplica y determina la manera con que ha querido la naturaleza que la muger concurra á este acto, y los resortes y los medios con que respecto de ella ha llenado sus miras. Y como la hermosura es uno de los principales móviles que impelen al hombre á él, no ha omitido la discusion sobre este objeto que presenta de un modo no menos filosófico que interesante.

En la historia de la preñez y del parto, ventila detenida y profundamente la cuestion tan agitada sobre su término natural; y la analiza, huyendo siempre de las ideas metafísicas y de los juegos de palabras y de talento, y dirigiendose á la realidad de las cosas, sin olvidar las consideraciones políticas á que da lugar la naturaleza de esta discusion.

Como celoso amante de las costumbres, clama contra el abuso introducido en nuestros tiempos de ayudar los hombres á las mugeres en una funcion que la naturaleza quiere que se haga en secreto. Refiere los inconvenientes que ofrece este arte fatal que bajo el pretesto de ayudar á la naturaleza á producir hombres, impide con mas frecuencia que se piensa que estos vean la luz, queriendo auxiliarla en lo que ella hace mucho mejor sola; que enerva á las mugeres en la molicie, y debilita sus fuerzas por la inútil prolongacion de unas precauciones casi siempre perjudiciales; que por último hace que la muger pierda el sentimiento que forma su mejor adorno, pues al fin debe rendirse su pudor al uso indecente del ministerio de los hombres.

Tampoco falta á la pintura la her-

mosa funcion maternal por la que se obra el complemento de la generacion, alimentando á su pecho el hijo de sus entrañas; y si bien hay mugeres que dispensandose este cuidado, quieren hacerlo mirar como un favor de su parte cuando se sujetan á él, en su historia verán lo sagrado é imprescriptible de esta obligacion, y las duras penas con que se castiga su olvido, haciendolas perder la salud, y lo que ellas aman mas que la salud, que es la hermosura.

Ultimamente, si al pintar la última época del sexo no tiene colores brillantes por que se concluyéron las gracias y la belleza, no le faltan las consideraciones de respeto y estimacion que se deben á las que han llenado sus deberes, para hermosear de un modo digno las arrugas y los estragos de la vejez.

Esta ligera idea que acabamos de dar de la obra que se presenta al público, traducida á nuestro idioma, hubiera podido escusarse, pues es imposible no reconocer su mérito al leerla; pero no nos hemos podido resistir al placer de echar una ojeada sobre el mejor cuadro del mas hermoso objeto de la naturaleza; y creemos que se nos dispensará con gusto esta libertad, como igualmente alguna otra que nos hemos tomado en la traduccion, con el solo objeto de que la obra sea mas accesible á los que no tengan conocimientos en la medicina. Conocemos que hay ciertas cosas que no se pueden tratar bien sin las discusiones facultativas; pero hemos procurado que estas sean las menos posibles, porque muchas veces deja caer un libro de las manos del lector un solo término técnico en las obras de agrado.

Los imparciales nos escusarán esta pequeña arbitrariedad, viendo que por otra parte hemos puesto el mayor cuidado en conservar la doctrina y aun el estilo de tan apreciable Autor.

SISTEMA
FÍSICO Y MORAL
DE LA MUGER.

PARTE PRIMERA.

DE LAS DIFERENCIAS GENERALES QUE DISTINGUEN LOS DOS SEXOS.

CAPITULO PRIMERO.

Idea general del Hombre y de la Muger.

Entre los diferentes modos que emplea la naturaleza en la reproduccion de las especies, la humana debe la suya al concurso de dos individuos, semejantes por los rasgos mas

generales de su organizacion, pero destinados á cooperar á ella por medios particulares y propios de cada uno de ellos. La diferencia de estos medios es lo que constituye el sexo, cuya esencia no se limita á un órgano particular, sino que se estiende por graduaciones mas ó menos aparentes á todas las partes: de manera que la muger no es muger bajo una sola consideracion, sino que tambien lo es bajo todas las demas con que se la puede examinar.

Con todo, hay un tiempo en el que estas graduaciones no existen, y si existen son imperceptibles. El hombre y la muger, en los primeros años de la vida, al primer aspecto no parece que se diferencian el uno del otro: ámbos tienen con poca diferencia el mismo aire, la misma delicadeza de órganos, la misma manera de andar, el mismo sonido de voz. Sujetos á las mismas funciones y á las mismas necesidades, casi siempre confundidos en los mismos juegos con que se entretienen

en la infancia, no escitan, en el espectador que los contempla con gusto, ningun sentimiento particular que distinga á los unos de las otras: ámbos le afectan igualmente por aquella tierna emocion que escita siempre la vista de la inocencia unida á la debilidad. Indiferente y aislado el uno del otro no viven todavía sino para sí mismos: su existencia puramente individual y absoluta no manifiesta todavía ninguna de las relaciones que deben en lo sucesivo establecer entre los dos una mutua dependencia.

Este estado equívoco no dura mucho tiempo: bien pronto se reviste el hombre de unos rasgos y de un carácter que anuncian su destino: los miembros de este pierden aquella morbidez y aquellas formas dulces que les eran comunes con los de la muger: los músculos, que son los principales instrumentos de la fuerza animal, contrayendose continuamente aprietan el tejido mucoso (1), y desaparece

(1) El tejido mucoso ó celular, que jamas se ha

una parte de este que llenaba sus intersticios: de manera que haciendose mas visibles, dan á cada órgano una forma mas decidida. Bien pronto el hombre es ya otro individuo; su color moreno, y su voz mas grave y mas fuerte, anuncian en él un aumento de vigor, necesario para el papel que va á representar: á la timidez de la infancia la ha sustituido un instinto que lo impele á desafiar los peligros: nada teme, porque una sangre hirviendo que

---

conocido tambien como en este siglo, y despues de publicada la obra de M. Bordeu sobre esta materia, es una especie de tela que envuelve todos los órganos, que forma una parte de su sustancia, que les sirve de ataduras y de medio de comunicacion: de manera que el mismo es tambien una especie de órgano universal. Este tejido ó esta materia celular, que se llama asi porque está formada de una infinidad de celdillas que se comunican, se encuentra en mayor ó menor cantidad, mas ó menos desenvuelto en cada individuo; y esta diferencia no solo varía mucho la forma y la habitud esterior de las personas de un mismo sexo, sino que tambien constituye uno de los caracteres esenciales y generales que los distinguen á ambos.

se agita en sus vasos, y que intenta romper (1) los diques que la contienen, lo persuade á que puede mucho. Su estatura alta, su paso altanero, sus movimientos flexibles y firmes, sus nuevos gustos, sus nuevas ideas, todo en fin ofrece en él la imágen de la fuerza, y lleva el sello del sexo que debe dominar y proteger al otro.

Pero la muger al acercarse á la pubertad se separa menos que el hombre de su constitucion primitiva. Delicada y tierna, siempre conserva alguna cosa del temperamento propio de los niños. El tejido de sus órganos no pierde toda su blandura original. El desarrollo que van adquiriendo con la edad todas las partes de su cuerpo, no da á estas el mismo grado de consistencia que adquieren las de el hombre. Sin embargo, á medida que se fijan los rasgos de la muger, se perciben, en su forma, en su

(1) Los jóvenes, principalmente los varones, estan espuestos á hemorragias escesivas de las narices y del pecho. Stahl, *Dissert. de morbis ætatum.*

talla y en sus proporciones, ciertas diferencias que no existian, y otras que no eran sensibles. Aunque el hombre y la muger parten del mismo principio, no obstante esta se desarrolla de una manera propia y peculiar: de forma que cuando llega á cierta edad, se encuentra, tal vez con sorpresa, provista de nuevos atributos, y sujeta á un órden de funciones, estraño para el hombre, y hasta entónces desconocido tambien de ella misma: en fin, presenta una nueva serie de relaciones físicas y morales que forman en el hombre el principio de un nuevo interes que lo impele ácia ella, y en ella un manantial de nuevas necesidades. Estas relaciones, con respecto á lo físico, son en gran parte el resultado de las modificaciones del tejido celular, que ha adquirido espansion en los órganos destinados á señalar particularmente el sexo, ínterin que se comprime y disminuye en las demas partes; y uno de los efectos mas sensibles de esta mudanza es hacer mas manifiestas las propor-

ciones naturales de las piezas que forman la armadura del cuerpo. Vamos á examinar cuales son las particularidades que ofrecen estas piezas á los ojos de los anatómicos, para dirigir despues sucesivamente la vista sobre las demas que entran en la estructura de la muger.

CAPITULO II.

De las partes sólidas que sirven de base al cuerpo de la Muger.

Es opinion generalmente recibida que las partes que son el apoyo y el fundamento de la máquina humana, es decir, los huesos (1), tienen menos volúmen y menos dureza en la muger que en el hombre : asi es que la altura media de este es dos ó tres pulgadas mayor que la de la otra; y los miembros del hombre

(1) Una discusion sobre el orígen de los huesos seria al presente estraña á nuestro objeto, y asi los consideramos como ya formados. Lo mismo harémos con respecto á las demas partes, que miramos como distintas del tejido celular, aun cuando sea cierto que esta sustancia forma la base de ellas. Tampoco considerarémos los huesos como sensibles, porque no dan señales de sensacion, sino es en circunstancias que los separan mas ó menos de su estado natural.

son capaces de sostener mucho mas grandes pesos que los de la muger.

Las diferencias mas señaladas en los huesos respecto á los dos sexos, son las que presentan los que componen las partes inferior y superior del tronco. Los huesos que forman las caderas tienen en la muger mas convexidad ácia fuera, mayor corvadura, y menor número de puntos de contacto en su parte anterior que en el hombre: de forma que la cavidad inferior del vientre es en ellas mucho mas estensa. Se habia creido que los huesos del *púbis* ó empeine no estaban unidos en las mugeres mas que por una ternilla blanda y movible que les permitia separarse en los partos trabajosos: esta opinion fundada en la idea de una necesidad supuesta, se ha desmentido por un examen mas exacto, y al presente se sabe que estos huesos no son mas movibles en la muger que en el hombre.

La convexidad de los huesos de las caderas hace que los de los muslos se encuentren mas distantes el uno del otro, porque estos se arti-

culan, como se sabe, con los primeros. Esta distancia de los huesos de los muslos debe aumentar la anchura de las caderas. De lo que se sigue que las carnes que cubren estos huesos encontrandose menos comprimidas en su contacto recíproco, tienen mayor libertad de estenderse : lo que hace que siendo por lo demas todas las circunstancias iguales, los muslos de los hombres sean mas delgados que los de las mugeres.

Al contrario, las *clavículas*, que son los huesos situados en la parte anterior y superior del pecho, son mas derechas y menos corvas en la muger que en el hombre : de manera que el pecho y las caderas estan en razon inversa en los dos sexos; y si las caderas de la muger son mas amplias que las del hombre, este á su vez tiene el pecho mas ancho y mas estenso que la muger. Aunque estas relaciones varían en cada individuo, los escultores y los pintores determinando las bellas proporciones del modelo ideal y convencional que los guia en sus

imitaciones, las han reducido á medidas fijas, que han tomado menos de la naturaleza, como dice M. de Buffon (1), que de una profunda observacion de los efectos del arte. No nos detendrémos sobre estos detalles mas importantes para ellos que para los demas; solamente nos contentarémos con admirar la atencion que pone la naturaleza en preparar con anticipacion los instrumentos que deben servir para ejecutar sus designios, y en señalar sobre los elementos mismos de los seres que produce los usos á que los destina. Aquella forma particular que ella tiene cuidado de dar á los huesos de la muger, prueba que la diferencia de los sexos no está unida solamente á algunas variedades superficiales, sino que es el resultado tal vez de tantas diferencias cuantos son los órganos del cuerpo humano; aunque estas diferencias no son todas igualmente sensibles. Entre las que lo son bastante para dejarse percibir, hay

(1) Historia natural.

algunas cuyos usos y cuyo fin no estan bien determinados. ¿Estan estas esencialmente unidas al sexo, ó son una consecuencia necesaria, aunque indiferente, de la disposicion mecánica de las partes principales que lo constituyen, como en los jorobados la corvadura de la espina de la espalda produce siempre una cierta dislocacion de las otras partes, que les da á todos un aire de semejanza? En el primer caso la anatomía, mas perfeccionada que lo está al presente, podrá tal vez enseñarnos cuales son en la estructura del cuerpo las condiciones mas ventajosas para llenar de la manera mas perfecta las funciones del sexo; y por la misma razon se llegará tal vez á conocer cual es el estado de los órganos mas favorable para las funciones de la vida. Porque aunque esta parece que se une á todas las formas, con todo se mantiene mejor en unas que en otras. Las producciones monstruosas viven mas ó menos; pero las que lo son estraordinariamente perecen muy pronto. Asi la anatomía tan ilus-

trada, como puede llegar á estarlo, podrá llegar á decidir hasta que punto se puede ser monstruoso, es decir, separarse de la conformacion particular de su especie, sin perder la facultad de reproducirse, y hasta cual se puede serlo sin perder la de conservarse. En el segundo caso ella llegará tal vez á término de conocer tambien las relaciones de las partes, y los diferentes resultados de las mudanzas que pueden sufrir en su posicion respectiva, que viendo el estado de las unas se podrá juzgar del estado de las otras; como en geometría, cuando se conoce un lado y dos ángulos de un triángulo, se conocen necesariamente los otros dos lados. Pero el estudio de la anatomía no parece que hasta ahora se ha dirigido sobre este plan.

CAPITULO III.

De la naturaleza de las partes sólidas y sensibles de los órganos de la Muger.

Las partes blandas que entran en la constitucion de la muger, es decir, los vasos, los nervios, las fibras carnosas, tendinosas y ligamentosas, y el tejido celular que les sirve de atadura comun, estan tambien señaladas por diferencias que dejan entrever las funciones á que es llamada la muger, y el estado pasivo á que la naturaleza la destina. Ellas son mas delgadas, mas pequeñas (1), mas delicadas y

(1) Este carácter es bastante comun, y bastante general para creer que es efecto de una disposicion original; y que si hay hombres pequeños y mugeres grandes, esto depende menos de la forma constitutiva de los órganos, que de la cantidad mayor ó menor de sustancia mucosa que se encuentra interpuesta en ellos, ó de la naturaleza de las causas esteriores que impiden ó favorecen su desarrollo.

mas flexibles que las que componen el cuerpo del hombre. Seria arbitrario decir que la delicadeza de estas partes en la muger es un efecto de la educacion ó de la manera de vivir: estas causas pueden influir mucho en ella, é Hipócrates lo asegura (1); pero hay una diferencia radical é innata que se observa en todos los paises y en todos los pueblos. Si en algunos las mugeres, ya por la naturaleza de sus ocupaciones, ya por la del clima, tienen una constitucion fuerte y robusta, la de los hombres en estos paises lo es todavía mas. Es pues verosímil que la disposicion de las partes que componen el cuerpo de la muger está determinada por la naturaleza misma, y que esta modificacion sirve de fundamento al carácter físico y moral que la distingue.

Es verdad que el sexo sujeta á la muger á revoluciones que tal vez trastornarian todos sus órganos, si estos ofrecieran una resistencia

---

(1) *De mulier. morb.* lib. I, p. 218, *edit. Foësii*

*

demasiado fuerte. Ciertas partes de su cuerpo estan espuestas á sufrir distensiones, choques y compresiones considerables (1). Si una parte que está distendida tuviera demasiado resorte y elasticidad, la accion del cuerpo que la distiende reharia contra algun órgano esencial, y suspenderia en él la influencia de la vida. Cuando una parte está comprimida, los humores detenidos en su curso se alterarian bien pronto, si las partes vecinas no les presentasen vasos flexibles siempre dispuestos á recibirlos. Era pues necesario que los órganos de la muger fuesen de una estructura que los hiciese propios á ceder á la impulsion de las causas que pueden obrar fuertemente sobre ellos, y á suplirse recíprocamente cuando sus funciones respectivas estan desordenadas. La naturaleza en el hombre parece sobrepujar los obstáculos

(1) El estado forzado de ciertos órganos durante el embarazo y sus impresiones subsistentes aun despues del parto, son una prueba demasiado incontestable de esto.

que la incomodan por la fuerza y por la actividad : en la muger parece sustraerse de su accion cediendoles. Si la fuerza es esencial al hombre, parece que una cierta debilidad concurre á la perfeccion de la muger. Aun todavía es esto mas verdad en lo moral que en lo físico : la resistencia irrita al hombre : la muger cediendo añade á la apariencia de una virtud el ascendiente natural de sus encantos, y hace de este modo desaparecer la superioridad que la fuerza da al hombre.

Es verosímil que los elementos de las partes que constituyen el cuerpo de la muger tienen una organizacion particular, de la que dependen la elegancia de las formas (1), la ligereza

(1) Nadie hay que no distinga á primera vista el brazo ó la pierna de una muger del brazo ó de la pierna de un hombre. Esta diferencia se estiende verosímilmente tambien á todas las partes que se ocultan á la vista. Seria de desear que los anatómicos que han agitado tantas cuestiones vanas, que tan frecuentemente se han entregado á investigaciones futiles, y se han encargado de espunernos hasta el

de los movimientos, y la vivacidad de las sensaciones que caracterizan su sexo. Ademas de esta organizacion particular de las partes constitutivas de la muger, es natural pensar que el tejido celular que las abraza todas (1), y que es mas abundante en ella que en el hombre, empapando continuamente aquellas partes con un humor que flota en todas direcciones en sus celdillas, debe tambien modificar su estructura

---

mas pequeño órgano, hasta la mas pequeña fibra, y algunas veces aun de imaginarlas, quisiesen tambien enseñarnos las razones de esta diferencia. A ellos toca determinar si está fundada sobre la forma primordial de las partes, ó sobre la disposicion subsecuente y accidental del tejido celular que rodea y penetra su sustancia. Interin llega su decision, adoptamos conjeturalmente la primera idea: puede ser que un dia estendiendo sus tentativas tan lejos como es posible, y dirigiendo sus atentas miradas de una parte á otra, lleguen á descubrir el término donde acaba el sexo, y á fijar el punto en que la muger cesa de ser muger, y aquel en que principia á ser hombre.

(1) M. de Bordeu, *Investigaciones sobre el tejido mucoso.*

y su sensibilidad: pero sobre todo este tejido es el que da á los miembros de la muger aquellas superficies uniformes y lisas, aquella redondez y aquellos contornos graciosos que los del hombre ni pueden ni deben tener. Masas de este tejido diversamente distribuidas llenan las cavidades y los huecos que chocarian á la vista, y quitan á las articulaciones lo que tienen de escabroso y de desigual, dulcifican el tránsito de un órgano á otro, y van á formar los relieves que se notan en ciertas partes, como por ejemplo lā parte anterior del pecho. Se diria que en la muger lo ha hecho todo la naturaleza para las gracias y para los placeres, si no se supiera que ha tenido un objeto mas esencial y mas noble, que es la salud del individuo y la conservacion de la especie. Asi es que en todas sus operaciones nace la hermosura de un órden que camina al bien; y no queriendo hacer sino lo que es útil, hace necesariamente al mismo tiempo todo lo que es agradable

CAPITULO IV.

De los efectos inmediatos que parecen derivarse de la organizacion de las partes sensibles de la Muger (1).

Aunque no se pueda determinar la influencia precisa que tiene la organizacion de estas partes en el carácter y en las funciones de la mu-

(1) Un escritor de este siglo, que mira el talento solo como el resultado de la educacion, y que escluye á la organizacion del número de las causas que pueden modificarlo, niega tambien que la diferencia orgánica, sobre la que está fundado el sexo, pueda tener ninguna influencia sobre la manera de sentir y de pensar; porque se han elevado algunas mugeres sobre el comun de los hombres, y han existido las Safos y las Hipparquias: tambien sostiene que el clima nada influye sobre el carácter y la legislacion de los pueblos, porque se han visto buenas y malas leyes en naciones que se encuentran bajo la misma latitud: que el vigor del cuerpo ninguna relacion tiene con el del talento, porque Pascal y Pope eran de una constitucion débil y enfermiza; y en fin, que el genio está esento de las

ger, se puede no obstante asegurar que los mas de los atributos físicos y morales que la caracterizan, dependen mas ó menos de ella, como igualmente la disposicion particular que tienen á ciertas enfermedades; porque estas dependen en gran parte de un *grado mayor ó menor* de intensidad en los movimientos esenciales al estado de la salud; y estos movimientos son siempre relativos á la naturaleza de los órganos que los ejecutan. La movilidad singular

---

alteraciones de la edad, porque M. de Voltaire tenia el privilegio singular de hacer hermosas tragedias á la de ochenta años. Como no vamos á defender el honor de ninguna hipótesis, ninguna consideracion tendrémos á estos ejemplos particulares; y nos atendrémos á las probabilidades que resultan de los hechos general y constantemente observados. Por consiguiente creemos que un Francés tiene mas talento que un Samoideo: que si algunas personas enfermizas muestran alguna fuerza de ingenio, mostrarian todavía mas si estuvieran sanas: que á los ochenta años es mas comun chochear que hacer buenas piezas dramáticas; y en fin, que la diferencia de los sexos puede influir en el talento y en el carácter, porque instrumentos diferentes deben producir diversos efectos.

que se observa en los órganos de la muger es una consecuencia necesaria de su pequeñez. Sea el que fuere el principio que da la impulsion á los cuerpos vivientes, estos siguen en los movimientos que reciben de él, con corta diferencia, las mismas leyes que los cuerpos inanimados. Los movimientos vitales en los primeros parece que se ejecutan con una rapidez inversa del tamano del animal. Las arterias de un buey no baten mas que treinta y cinco veces, miéntras que las de una oveja baten sesenta (1): el pulso de las mugeres es mas pequeno y mas rápido que el de los hombres (2). Plinio dice que la naturaleza tiene mas energía cuando la esfera de su actividad es mas limitada (3), y que lo que los animales de una grande mole ganan en fuerza, lo pierden en agilidad y en finura.

---

(1) Vitet, Med. veterin. tom. 2, pág. 526.

(2) Bordeu, Investigaciones sobre el pulso, pág. 6.

(3) *Nusquam magis quam in minimis tota est natura.* Hist. nat. lib. XI, cap. 2.

De que las mugeres tengan que mover menores masas que los hombres, se sigue que deben dirigirlas mejor, y que siendo sus movimientos mas fáciles y mas ligeros, han aprendido mas pronto el uso de sus facultades. Se sabe que en general ellas tienen mayor facilidad de hablar que los hombres. Un literato bastante célebre advierte que desde el nacimiento del teatro francés es mas fácil contar un mayor número de actrices que de actores de un mérito superior. Atribuye esta diferencia á la mayor sensibilidad que tienen las mugeres. Su opinion puede ser cierta bajo este aspecto. Tambien puede ser que en ellas el órgano de la voz, mas flexible y mas propio á toda suerte de movimientos, se preste tambien con mas facilidad á los acentos de las pasiones, y á todas las inflexiones de la modulacion teatral. En fin las mugeres sobresalen en poco tiempo en todas las artes que no exigen mas que destreza, porque esta cualidad depende de una sucesion rápida de ideas y de movimientos que

les hace mas fáciles la organizacion de su sexo.

Otra cualidad física concurre tambien á hacer mas movibles las partes sensibles de la muger, que es el grado de blandura que les es peculiar, y que desde Hipócrates (1) ha sido generalmente reconocido por todos los médicos. Aunque la esencia de la sensibilidad no consista ni en el calor, ni en el frio, ni en la sequedad, ni en la humedad, se manifiesta no obstante por la observacion de los temperamentos y de los climas, que está unida á estas cualidades físicas. En unos y en otros varía la sensibilidad segun la constitucion del cuerpo ó del aire, y se advierte que jamas goza mejor de toda la plenitud de sus derechos, que cuando una humedad moderada, como la que se encuentra en los niños y en las mugeres, presta á sus órganos, sin enervarlos demasiado, toda la flexibilidad de que son susceptibles.

---

(1) *Mulierem rariore et molliore carne esse quam virum censeo.* Lib. I de Mulier. morbis.

Una cierta debilidad debe ser el efecto combinado de esta última disposicion unida á órganos de un *tamaño mediano*. La muger pues mas sensible que robusta, mas movible que capaz de mover, poseerá todas las cualidades vitales en el grado mas esquisito (1), pero con fuerzas físicas muy limitadas : de manera que su existencia consistirá mas en sensaciones, que en ideas y en movimientos corporales.

Se podria pensar que una constitucion por la cual la muger se ofrece en blanco á todas las impresiones de los objetos esteriores, que da mas aptitud para sentir que medios para sustraerse á la accion de las causas sensibles, debia ser poco favorable á la felicidad ; pero si se considera que las causas físicas de nues-

---

(1) La palabra *Eva* en hebreo significa *vida*. Los Griegos daban tambien á las mugeres algunas veces nombres propios á designar en ellas un grado eminente de sensibilidad, ó por lo menos una grande facilidad á mover la de los hombres *Psyche* en griego quiere decir *alma*.

tros males son en muy pequeño número, y que su verdadero orígen está en las afecciones de nuestra alma que los perpetúa por la memoria, ó los multiplica por el temor, se verá que la muger, en quien la variedad misma de las sensaciones se opone á su duracion, libre de aquella obstinacion de reflexiones, que es el tormento de tantos seres que piensan, está tal vez menos distante que el hombre de la felicidad de que es capaz la naturaleza humana.

A esta disposicion, que hace los órganos de la muger mas activos que fuertes, y que les da mas sensibilidad que consistencia, es á la que ella debe aquella finura de tacto, y aquella penetracion, que consiste en comprender en los objetos que la hieren rápidamente una infinidad de graduaciones, de cosas de detalle, y de relaciones delicadas que se escapan al hombre mas ilustrado. Se pretende, es verdad, que esta misma sensibilidad que la hace percibir un grande número de objetos, es la que le impide verlos bien, y fijar por largo tiempo

su entendimiento sobre una idea para poder conocer todas las otras que tienen conexion con ella: que la dificultad de sustraerse de la tiranía de las sensaciones, ligandola continuamente á las causas inmediatas que las producen, no le permiten elevarse á la altura conveniente para abrazarlas todas de una sola mirada; que por la precipitacion con que se arroja mas allá de la verdad, ó por la inconstancia con que deja bien pronto de proseguirla, dos defectos inseparables de la complexion de la muger, esta es menos susceptible que el hombre de aquellos conceptos altos, de aquel talento que sabe llegar al nivel de la naturaleza, y remontarse hasta el orígen de los seres. Se dice tambien que su imaginacion, mas viva que sostenida, se presta poco á las espresiones verdaderas y pintorescas que son lo sublime de las artes de imitacion: y que mas capaz de sentir que de crear, recibe mas fácilmente en su alma las imágenes de los objetos que no puede reproducirlas; que en fin

aquel giro del talento, que hace que se conduzca casi siempre por ideas particulares, se opone en ella á las miras mas vastas de la política, y á aquellos grandes principios de la moral que se estienden á todos los hombres (1).

Es cierto que la debilidad que hemos dicho que caracteriza á los órganos de la muger, la impide los esfuerzos de la intensa aplicacion que se necesita para el estudio de las ciencias abstractas, aun para estraviarse en ellas; y que su imaginacion, demasiado movible y poco capaz de guardar una situacion permanente, la hace poco á propósito para las artes que dependen de esta facultad del alma; pero tambien de esta debilidad nacen aquellos sentimientos dulces y afectuosos que constituyen

---

(1) Si se quieren ver ideas mas estensas y mejor espresadas, se puede dirigir la vista sobre el cuadro enérgico y elegante que M. Tomas ha dibujado de las costumbres y del carácter de las mugeres en los diferentes siglos.

el principal carácter de la muger : del sentimiento de su impotencia saca aquella disposicion á identificarse con los desgraciados, aquella piedad natural que es la base de las virtudes sociales. Esta es la razon por que las cualidades de la muger, sin tener el mismo brillo que los talentos superiores que se admiran en el hombre, y cuyo efecto mas sensible es alimentar en él frecuentemente un orgullo salvage y triste, son de un uso mucho mayor en la sociedad. Todo el mundo sabe que las mugeres tienen una moral mas activa, y que la de los hómbres consiste mas en especulacion. Las primeras hacen frecuentemente el bien, que los otros no hacen mas que proyectar. Estos se ocupan de los males posibles, ó que estan esparcidos sobre la superficie del globo, miéntras que las otras consuelan las desgracias reales que las rodean. Si las virtudes de las mugeres son menos brillantes que las de los hombres, tal vez sen de una utilidad mas inmediata y mas continua

Lo mismo sucede con los talentos. Los del hombre son mas á propósito para darle una alta opinion de su especie : los de la muger contribuyen todavía mas para la felicidad que para halagar á el orgullo. Si se quiere alguna vez vagar con el hombre en las regiones desiertas é inaccesibles que habita el genio, la dificultad de sostener por largo tiempo un estado penoso para nuestra debilidad, nos hace volver á caer todavía con mas placer en la esfera ordinaria en que nos ha colocado la naturaleza, y que la muger embellece por cualidades que estan siempre prontas, y que siempre hacen el encanto de todos los momentos.

Las pasiones en todos los seres animados corresponden á los medios que la naturaleza les ha dado para satisfacerlas. Examinense todas las especies de animales, y se verá que en ellos la moral se refiere constantemente á lo físico : la cólera y la crueldad caminan siempre con la fuerza, y la timidez es siempre el patrimonio de la debilidad. ¿De que serviria en

la muger una audacia que su impotencia desmentiria á cada instante? La temeridad sienta mal cuando apénas se tiene la fuerza necesaria para defenderse. Las pasiones dulces son las mas familiares á la muger, porque son las mas análogas á su constitucion física. La ternura, la compasion, la benevolencia, el amor, son los sentimientos que ella esperimenta, y los que escita con mas frecuencia; y todo el mundo conoce que una boca hecha para sonreirse, que unos ojos dulces ó animados por la alegría, que unos brazos mas lindos que temibles, y que una voz la cual no produce en el alma sino impresiones interesantes, no son á propósito para aliarse á las pasiones rencorosas y violentas.

La dulzura es tan generalmente propia de las mugeres, que esta disposicion moral se encuentra tambien en las personas del otro sexo, cuyos rasgos y cuya conformacion esterior tienen alguna relacion con los de la muger. Se advierte que los hombres de una cons-

titucion delicada y blanda tienen mucho de los gustos y del carácter de las mugeres. Esto no es admirable : los animales que tienen alguna conformidad de estructura con el hombre, parecen aproximarse un poco á él por sus costumbres y por sus inclinaciones; y los que tienen entre sí semejanzas corporales, se parecen tambien mas ó menos por su instinto (1). Asi pues, sea que los atributos esteriores y materiales que distinguen los animales formen el producto ó el sello de los movimientos interiores del principio activo que los anima, ó sea que este principio se vea obligado á arreglar sus movimientos y sus acciones sobre la naturaleza y la conformacion de sus órganos, es indudable que hay una relacion constante

---

(1) Veanse los caracteres de las pasiones por M. de la Chambre, médico ordinario de Luis XIII, obra que contiene muchas cosas interesantes sobre esta materia, y de la que un autor célebre de este siglo ha tomado prestadas muchas ideas sin citarla.

entre el carácter moral de cada ser sensible, y la constitucion física, el aire y la habitud esterior de su cuerpo.

En lo que decimos aquí de las cualidades morales de la muger, no hemos considerado sino lo que parece derivarse inmediatamente de su organizacion material; porque no se duda que la educacion, las costumbres sociales, y una infinidad de circunstancias pueden alterar de mil maneras, y aun borrar enteramente el carácter primitivo que le ha dado la naturaleza; pero no es menos cierto que en general las mugeres son y deben ser naturalmente dulces y tímidas.

No obstante estas cualidades no las eximen de los arrebatos de la cólera, que es directamente opuesta á ellas: la sufren algunas veces bastante viva, porque depende al mismo tiempo de su sensibilidad física, y de aquel orgullo que los homenages y los agasajos continuos de los hombres deben necesariamente sostener en ellas. Pero es fácil de conocer por el contraste

chocante que forman los movimientos impetuosos de esta pasion con la debilidad ordinaria de su sexo, con cuanta desventaja salen ellas de su estado natural. Sus facciones mas movibles que las de los hombres se dislocan mas fácilmente, y la alteracion que de esto resulta en su figura, haciendolas mas feas, aun no es bastante para darles un aire mas terrible. La misma debilidad que hace que su cólera sea poco temible para los demas, hace tambien que sea menos peligrosa para ellas mismas. Se ha observado que la cólera tiene consecuencias mas funestas en los hombres que en las mugeres. Frecuentemente ha determinado en los primeros las accesiones de las enfermedades crónicas, y ha producido las ictericias y obstrucciones de las entrañas. Aunque las mugeres no estan enteramente esentas de estos accidentes, la flexibilidad de sus órganos las libra de ellos con mas frecuencia.

Ningun estado del alma conviene mejor con esta flexibilidad de órganos que el *capricho*,

el cual consiste en el tránsito precipitado de un sentimiento á otro enteramente opuesto. La sensibilidad, que es una consecuencia natural de esta organizacion, entregando á las mugeres á las impresiones de un mayor número de objetos, debe producir necesariamente en su alma una infinidad de determinaciones que son á cada instante destruidas las unas por las otras. Cuando no disgusta por su esceso, el capricho añade tal vez un cierto picante á las otras cualidades que hacen el mérito esencial del sexo; por lo menos produce una cierta variedad de ideas que agrada siempre. La Bruyere dice *que el capricho está en las mugeres muy inmediato de la belleza para ser su contraveneno*. Es verdad que el capricho es tal vez en ellas una arma que sirve para desconcertar algunas veces las esperanzas presuntuosas, y el continente demasiado triunfante del hombre, y que en la ley del ataque y de la defensa, establecida por la naturaleza entre los dos sexos, es el medio mas seguro de

hacer valer al mas débil, y de sostener en el mas fuerte la ilusion, que una voluntad demasiado decidida de parte del primero hubiera enteramente destruido. Era necesario reprimir los deseos para hacerlos mas vivos: ellos se estinguirian si se les opusiera una resistencia, cuyo fin no fuera posible preveer. Por el capricho, que no es mas que una determinacion momentánea, el blanco no se retira sino para que sea mas fácilmente alcanzado.

Continuando asi el analísis de las afecciones particulares de cada sexo, se verá que tal vez el que parece hecho para tener todos los gustos, y para variar en ellos continuamente, ha debido sucumbir con menos facilidad que el otro á las instituciones que le señalan un objeto esclusivo, en el que está obligado á concentrar todos sus sentimientos; y que intentan encadenar una voluntad siempre fugitiva, y fijar lo que tantas cosas concurren á hacer tan movible. La naturaleza, que no debia preveer nuestras disposiciones civiles, se

habia contentado con hacer á las mugeres amables y ligeras, porque esto bastaba para sus miras (1). El mismo interes que ha querido que hubiese una asociacion constante entre los dos sexos, ha exigido tambien de ellas sentimientos mas estables que los que la naturaleza les habia dado. Como quiera que sea, sobre esta base vacilante reposa todo el edificio de la sociedad, y ciertamente es admirable la virtud y la destreza con que lo sostienen las mugeres.

Aquella disposicion del alma, que hace que un hombre sea siempre el mismo, y que quiera

---

(1) Era necesario que el amor fuese vivo en las mugeres; pero no lo era que fuese en ellas constante para con un objeto. El hombre que ataca tiene necesidad de cierta perseverancia para no perder el fruto de su persecucion, haciendola cesar demasiado pronto: la muger, siempre dueña de rendirse, está segura de que nunca le faltará un vencedor; en lugar que el hombre, incierto de vencer, corriendo de uno en otro objeto sin fijarse, se arriesgaria á encontrarse sin conquista.

siempre lo que ha querido una vez, es pues en la muger menos un efecto inmediato de su constitucion física, que el fruto de una razon ejercitada. Uno de los mas dañosos efectos de la lectura de los romances es hacernos perder de vista la verdadera medida como debemos juzgarlas. No ofreciendonos esta especie de libros mas que modelos de constancia y de firmeza, nos familiariza demasiado con la idea de una perfeccion poco compatible con la debilidad humana: de manera que esperando cada uno ver realizada aquella idea en su favor, se considera como el objeto de una desgracia particular cuando llega á desengañarse. Si se juzgase mejor del estado natural de las cosas, una prudente indiferencia tomaria tal vez el lugar del despecho y del furor, porque raras veces nos indignamos contra un mal comun y necesario. Por otra parte, ninguna necesidad tienen las mugeres de aquellas cualidades imaginarias con que los autores se toman el cuidado de adornarlas: ellas serán siempre bastante

peligrosas, aun con lo que nuestro orgullo nos hace llamar en ellas defectos (1).

Despues que hemos demostrado que la razon no es estraña á las mugeres, debemos añadir que sus afecciones primitivas concurren tambien á facilitarles el ejercicio de los deberes que la misma razon les prescribe; porque si, como se ha dicho, el carácter sensible con que las ha dotado la naturaleza las dirige al bien sin violencia, parece que por otra parte el encogimiento y la reserva á que las condena deben disponerlas á los combates penosos de la virtud. Mil hechos aseguran que no son incapaces de las acciones que exigen una grande fuerza de alma. Algunas veces el entusiasmo del honor les ha hecho hacer lo que con frecuencia no es en los hombres mas que el efecto de una

---

(1) La lectura de los romances es todavía mas peligrosa para las mugeres, porque presentandoles al hombre bajo una forma y unos rasgos exagerados, las dispone á disgustos inevitables, y á un vacío que razonablemente no deben esperar ver lleno.

impulsion material. Este sentimiento, que es tan propio para elevar el alma, y darle un resorte independiente del vigor del cuerpo, se asocia muy bien con su imaginacion viva y con su sensibilidad estremada. Todos saben que ha habido pueblos en donde las mugeres eran como los jueces naturales de todo lo que tenia relacion con el honor, y en los que el miedo imponente del menosprecio de estas era la mas temible de todas las censuras.

La mayor parte de las naciones antiguas creian que las mugeres tenian con la Divinidad una relacion mas íntima que los hombres, y generalmente ellas eran los intérpretes de sus decretos. No obstante, es necesario confesar que la opinion que habia introducido el uso de hacer dar los oráculos por las mugeres, como entre los Griegos, los Germanos y otros pueblos, podia muy bien proceder menos de un cierto respeto para con este sexo, que de las falsas conjeturas de la ignorancia; porque el carácter del hombre es siempre el de susti-

tuir errores á las verdades que ignora. En los pueblos que creian que la Divinidad se digna algunas veces comunicarse á los hombres, era natural unir ciertos signos sensibles á la presencia del Dios que debia hablar; y estos signos debiéron tomarse del estado de la persona inspirada. Se debió creer que la Divinidad, encerrada en el cuerpo de un hombre ó de una muger, no podia menos de producir en él movimientos estraordinarios, y hacerle una especie de violencia. Al momento pues que el sacerdote ó la sacerdotisa, que debia servirle de órgano, sentia sus primeras impresiones, la agitacion y el desórden se apoderaban de sus sentidos subyugados por un poder irresistible: movimientos convulsivos, miradas despavoridas y palabras entrecortadas, anunciaban que la Divinidad iba á esplicarse por la boca de un mortal (1). Debió desde luego advertirse la

---

(1) La poesía, que se consideraba como efecto de un entusiasmo semejante, era una especie de divina-

conformidad de estos rasgos con los síntomas que caracterizan las enfermedades convulsivas. El pueblo, que ignoraba su causa y su naturaleza, no dejó de suponerlas alguna cosa de sobrenatural, y dió el nombre de *enfermedad sagrada* á la epilepsia que tiene eminentemente el carácter convulsivo. Hipócrates, filósofo nacido para apreciar las opiniones vulgares, aunque se sirve de la denominacion comun, dice (1) que esta enfermedad nada tiene de sagrado mas que las demas. Añade

---

cion, y la palabra latina *Vates*, poeta, significa divino. Asi es como se califican los que tienen mejor merecido este título.

Mas ¿que divinidad mi pecho abrasa?
¿De donde mi horror súbito desciende?
Un Dios me inspira, y su celeste llama
En un furor profético me enciende.

ROUSSEAU, *Oda I, lib.* 2.

(1) *Morbus hic nihil habet aliis morbis divinius, aut sacratius, sed eamdem ex qua reliqui morbi oriuntur naturam sortitus est.* De Morbo sacro.

en el mismo lugar, que es mas peculiar de las personas de una constitucion pituitosa. Uno de los puntos de su doctrina sobre la naturaleza de las mugeres, como ya se ha dicho, es que las domina la humedad; y como uno de los efectos de esta disposicion es cierta tendencia á las afecciones espasmódicas, han debido las mugeres muy comunmente presentar la imágen de las personas agitadas por el soplo de la Divinidad, y por lo mismo parecer mas á propósito que los hombres para representar el papel de Sibilas ó de adivinas. La mayor parte de los panegiristas de las mugeres han abusado de este hecho histórico, que con un poco mas de luces ó de imparcialidad se hubiera considerado á lo menos como indiferente á su objeto.

La debilidad y la sensibilidad que es su consecuencia, son pues las cualidades dominantes y distintivas de las mugeres, y las que siempre se encuentran en ellas: estas cualidades no solamente son el orígen de ciertas enfermedades á que estan mas espuestas que los hombres, sino

que tambien dan á las que le son comunes con ellos un cierto aspecto que las diferencia. En cuanto á lo moral, todo toma en ellas la forma del sentimiento : por esta regla juzgan siempre de las cosas y de las personas. Sus opiniones dependen tal vez menos de las operaciones del entendimiento, que de la impresion que han hecho sobre ellas los que se las han sugerido; y cuando ceden, es menos á los rasgos victoriosos del raciocinio, que á una nueva impresion que acaba de destruir la primera. Esta organizacion era sin duda necesaria en el sexo á quien la naturaleza debia confiar el depósito de la especie humana, cuando se halla todavía débil é impotente. Esta hubiera perecido mil veces si se hubiera visto reducida á los socorros tardos é inciertos de la fria razon. Pero el sentimiento mas pronto que el rayo, tan vivo y tan puro como el fuego de que dimana, impele á una muger al traves de las llamas, hace que se arroje á las olas para salvar á su hijo : es mas, la hace llenar con una pa-

ciencia admirable, y aun con un género de satisfaccion, las funciones mas desagradables y mas penosas. ¿Será verdad, como se ha dicho, que este instinto precioso, con el que la naturaleza ha querido unir á los hombres, se altera, y se debilita á medida que se perfecciona la razon? En fin, tal es el poder del sentimiento, tan enérgico en las mugeres, que por mas débil que sea en los hombres, es no obstante el mas firme fundamento de la sociedad, porque las leyes jamas fuéron mas que una atadura precaria que los sofismas ó los artificios del interes particular eluden casi siempre. Esto supuesto, la debilidad y la sensibilidad pueden servir de datos para valuar todo lo que tiene alguna relacion con este sexo, y resolver los problemas, ya físicos ya morales, que su constitucion puede presentar.

CAPITULO V.

De las relaciones naturales que hay entre las partes sólidas y fluidas del cuerpo de la Muger, y del temperamento propio de este sexo.

Despues de haber espuesto la naturaleza y los efectos de las partes sólidas que componen el cuerpo de la muger, y despues de haber hecho presentir las inducciones que se pueden sacar para llegar al conocimiento de las verdaderas afecciones de este sexo, ya en el estado de salud, ya en el de enfermedad, es necesario hablar de las relaciones de las partes sólidas y sensibles con los fluidos que estas ponen en movimiento.

Dando crédito á nuestros sentidos, nos inclinamos naturalmente á creer que el principio de actividad que da el movimiento á los cuerpos

organizados reside solo en las partes sólidas, y que las fluidas tienen necesidad de la impulsion de las otras para mudar de lugar. Tambien de los sólidos es de donde se piensa que el ser sensitivo toma su carácter, considerando los humores como absolutamente pasivos y muertos. Es verdad que no se puede ocultar que un fluido animado debe tener un movimiento intestino que varíe la disposicion relativa de sus partes constituyentes, y por el que ciertas partículas activas, como las que se perciben en muchos licores animales y vegetales, se conducen de un sitio del fluido á otro; pero no se podrá atribuir á la totalidad de este fluido un movimiento progresivo y espontáneo. Este último movimiento no puede ejecutarse sino con la ayuda de ciertos puntos de apoyo alternativos; y el uso de estos puntos de apoyo supone en las partes del cuerpo que se mueven una continuidad que no tienen las partes de los fluidos, porque si la tuvieran, dejarian de ser fluidos: ellas pierden su ser específico cuando

alguna causa accidental las aproxima, y establece entre ellas alguna adherencia, como la que el frio produce en las partes del agua, ó como la que el simple contacto del aire causa en las de la sangre estravasada.

Asi los fluidos necesitan de los sacudimientos sucesivos de los sólidos para recorrer las diferentes partes del cuerpo. ¿Pero será esta una razon concluyente para privar á los humores de toda influencia sobre la sensibilidad? Ellos deben llegar á ser sólidos, asimilandose á los diferentes órganos: por consiguiente se puede concebir que no tienen siempre igual disposicion para animalizarse; que hay tiempos en los que los humores son mas vitales y mas orgánicos que en otros; que los de los viejos no deben serlo en el mismo grado que los del adulto y del niño; que el sexo puede poner en ellos alguna diferencia (1), y que del sentimiento íntimo que sin duda tiene la naturaleza de estos

(1) Esta idea se conforma bastante con la de Hipó-

diferentes estados de los humores, deben resultar distintas modificaciones en la manera general de ser de cada individuo. No obstante, es necesario confesar que ningun medio seguro tenemos para valuar la disposicion de los humores considerados bajo este punto de metafísica.

Una manera no menos indeterminada de considerarlos, es la que los mira solo con respecto á los principios químicos que los componen, ó á las cuatro cualidades de los antiguos. Estos, como se sabe, hacian depender el temperamento de la proporcion en que el frio, el calor, la humedad y la sequedad se encuentran mezcladas en el cuerpo; y la disposicion mas favorable, segun ellos, es cuando de tal manera se balancean estas cualidades entre sí, y la

---

crates. Se puede ver en el capitulo que trata de la generacion, que este médico creia que la semilla del macho y la de la hembra no tienen siempre la misma actividad.

accion de la una modera de tal modo la de la otra, que ninguna pueda prevalecer. Todos los raciocinios de los filósofos sobre estos principios se limitan á un conocimiento abstracto que seria inútil para la práctica de la medicina, aun cuando tuviese un fundamento real.

Stahl (1) ha establecido su teoría de los temperamentos sobre relaciones físicas mas fáciles de comprender: los hace depender del diferente tejido de los sólidos, y de los distintos grados de consistencia de los humores, ó mas bien de una cierta proporcion entre los fluidos y el calibre de los vasos por los que deben circular. Dice que el temperamento sanguíneo exige sólidos de un tejido espongioso, y una sangre abundante y delicada que pueda circular por ellos libremente. Este temperamento se manifiesta por una figura llena, miembros carnosos, y un color florido. Si con la misma

---

(1) *Theoria medica vera.*

constitucion de los sólidos la sangre, en lugar de moléculas activas y rojas, contiene una muy grande cantidad relativa de moléculas acuosas y frias, resulta de esto el temperamento flemático que hacen siempre sensible un aire de carne floja y un color pálido. Segun el mismo autor, el carácter moral afecto á cada temperamento resulta de la mayor ó menor facilidad con que los humores circulan por los vasos, y por consiguiente de la mayor ó menor regularidad con que se ejecutan las funciones vitales. Si estas se ejercen fácilmente, concibe de esto el alma un sentimiento de seguridad que se deja percibir en todas las acciones morales del individuo. Asi se vé que los que gozan del temperamento sanguineo, que es el que presta mas facilidad á las funciones, son en general muy alegres, decididos y francos.

Por el contrario, el penoso y difícil ejercicio de las funciones, en el temperamento flemático, los reduce á un estado de indolencia y de timidez que se manifiesta en la conducta

ordinaria de la vida. Un hombre flemático está casi indiferente para todo, porque conoce que con órganos sin consistencia casi nada puede, porque las partes acuosas que los humedecen continuamente les quitan el resorte y la fuerza necesaria para los grandes movimientos.

La desconfianza y la timidez caracterizan á el temperamento melancólico, porque aunque los vasos que forman el tejido de los sólidos en este temperamento sean muy amplios y de un calibre bastante espacioso, teme la naturaleza que los humores que en él son escesivamente espesos y lentos, pierdan su aptitud para circular, y sufran tarde ó temprano una detencion funesta: lo que exige de su parte una solicitud continua que se manifiesta en los actos esteriores del individuo. Se reconoce este temperamento por un color muy moreno, y una cierta demacracion ocasionada por el constreñimiento de los sólidos, y sobre todo por la falta ó aproximacion escesiva de las láminas del tejido celular.

El tejido de los sólidos, propio del temperamento bilioso, es compacto y apretado como en el temperamento melancólico, y el calibre de los vasos es menor; pero siendo la sangre muy fluida y muy movible, por la grande cantidad de partes sulfúreas que contiene, circula en ellos con rapidez, y todas las demas funciones se ejecutan con aquella prontitud que manifiestan en todas sus acciones las personas que tienen este temperamento. La audacia es la cualidad distintiva de este temperamento; y aunque los que lo tienen sean flacos, el color de su rostro es no obstante encarnado y vivo.

Esta hipótesis es muy ingeniosa, y yo le diera voluntariamente la preferencia, porque tiene la ventaja de fundarse sobre relaciones sensibles, y sobre la observacion, tan comun como verdadera, de que nuestros gustos y nuestros humores estan subordinados hasta un cierto punto á la disposicion física de nuestros órganos. En efecto, ¿cual es el mortal tan feliz que no haya jamas sentido su alma presa por las

diferentes graduaciones y los diversos grados de serenidad que una atmósfera variable es susceptible de hacer esperimentar; que no haya percibido nunca la influencia que una digestion fácil ó trabajosa tiene algunas veces sobre la parte moral de nuestro ser; que pueda en fin desmembrarse, por decirlo asi, del mundo sensible, y sustraerse de las borrascas que agitan su frágil máquina?

El sistema de los climas que con tanta justicia pueden reclamar los médicos, pues que Aristóteles no habla de él sino despues de Hipócrates (1), que se encuentra bastante desen-

---

(1) Se ha reconvenido á Montesquieu de no haber citado á Charron, que en su libro de la Sabiduría habla de la influencia de los climas de una manera bastante minuciosa. Esta objecion no es exacta, porque esta idea no pertenece á Charron, que tampoco ha nombrado los autores de los que la ha tomado prestada. A Hipócrates es á quien se le debe; y la manera con que la ha espuesto, no es uno de aquellos testos vagos que se prestan á todas las interpretaciones, y en los que cada uno puede encontrar el sentido

vuelto en Galeno (1), y todavía mas en un

---

que busca. He aquí un pasage de su libro *de Aere, aquis et locis : Regioque ipsa (Asia) hac nostra (Europa) mitior, et hominum mores humaniores et benigniores. Quod autem animi ignaviam, et mollitiem, cur Asiatici Europæis minus bellicosi existant, et moribus sint lenioribus, anni tempestates in causa sunt.... Quam ob causam mihi Asiaticorum genus ope destitutum videtur, quibus præterea eorum instituta accedere debent. Multo enim maxima Asiæ pars regum imperio regitur. Qui vero sui potestatem non habent, neque sui juris sunt, sed dominis subditi; ii rerum bellicarum nullam curam habent, sed ut ne bellicosi videantur.* A la molicie de los Asiáticos, que el calor del clima hace poco á propósito para la guerra, y retiene en las cadenas del despotismo, opone el carácter belicoso de los Sarmatas, pueblo de Europa que habitaba una region mas fria. «Las mugeres, » dice, en este pueblo van á la guerra, montan á » caballo, y manejan el arco : ellas no tienen el de» recho de casarse, sino despues de haber derribado » tres enemigos. » De la misma manera entre los habitantes de las Islas Baleares los muchachos no obtenian su desayuno sino despues de haberlo derribado de un lugar alto á tiros de honda.

(1) *Quod animi mores sequantur corporis temperamentum.*

médico moderno (1), depende de este principio incontestable. Es evidente que hay pueblos que por la naturaleza de su clima, ó por la de los alimentos de que se nutren, deben inclinarse mas ácia un temperamento que ácia otro, y por consiguiente ser mas ó menos animosos, mas ó menos activos, tener pasiones y necesidades distintas de los otros; y como

---

(1) Huarte, examen de ingenios: segun este autor y la opinion comun los pueblos del norte no brillan con el fuego de una imaginacion viva y fecunda. Lo uno y lo otro lo contradice el escritor de que hemos hablado, y cuyo principal defecto es el de erigir siempre en principios los hechos particulares. Porque de que el norte haya producido algun hombre de grande imaginacion, no se sigue que sea naturalmente tan fértil en hombres semejantes, como los paises del mediodia. ¿Quien se determinaria á asegurar que el suelo de la Provenza no tiene cualidades mas productivas que la Laponia, porque se hubieran criado en este melones por medios artificiales? Tal vez los frutos del genio tienen allí necesidad de estufas y de invernaderos, del mismo modo que los naranjos, es decir, de los esfuerzos que son menos necesarios en los climas mas felices.

estas pasiones y estas necesidades son las que hacen necesarias las leyes, tener una legislacion relativa á las circunstancias físicas bajo cuya influencia viven.

La diferencia de los temperamentos no es tan manifiesta en las mugeres como en los hombres, lo que sin duda proviene de la uniformidad en sus ocupaciones, ó como lo dirémos bien pronto, de que el mismo temperamento es casi comun á todas. Si se examina el tejido de los sólidos que forman el cuerpo de la muger, se encontrará espongioso y blando: se verá que la sustancia celular, que une las partes, abunda en ellas mas (1) que en los de los hombres, y que al mismo tiempo que contribuye en ellas para la elegancia y brillantez de los miembros, da á sus vasos la facilidad de dividirse en una multitud de pequeñas ra-

(1) Vease una tésis sostenida en Mompeller, en el mes de Julio de 1774, titulada: *De corpore cribroso Hippocratis, seu de textu mucoso Bordevi*. pag. 23

mificaciones, cuya delicadeza obedece á la menor impulsion.

Un estado semejante de los sólidos no puede admitir sino humores muy fluidos: los humores espesos exigirian fuerzas motrices mas considerables que las que pueden suministrar unos vasos estremadamente delicados y flexibles. Es una opinion bastante general que los humores de las mugeres tienen mayor fluidez que los de los hombres: esta fluidez los hace capaces de penetrar hasta las estremidades de los mas pequenos conductos, mas allá de las cuales, las celdillas del tejido mucoso les ofrecen todavía una infinidad de caminos abiertos para dirigirse por todas partes. Una sangre bien constituida puesta en accion por las fuerzas multiplicadas de esta innumerable cantidad de vasillos que forman la sustancia sólida de los temperamentos sanguineos, debe tener naturalmente un curso fácil y uniforme, repartirse con igualdad en todas las partes del cuerpo, y formar en ellos, segun la naturaleza

de los vasos de que estan compuestas, aquellos colores admirables de alabastro y de rosa, que en vano se intentan suplir por el mas grosero artificio. En fin de esta relacion singular de los sólidos y de los fluidos debe resultar un carácter de hermosura y de vida que es el anuncio indudable de la mas perfecta salud.

Parece pues que el temperamento que se llama sanguineo es en general el de las mugeres: ellas gozan de sus atributos: es el mas favorable á la belleza, y el mas propio del temple de su alma. Unas fibras débiles y fáciles de moverse deben exigir un género de sensibilidad viva, aunque pasagera, que facilitando las diferentes operaciones de la naturaleza, acostumbre al alma al sentimiento de confianza que produce la alegría. Las mugeres mezclan la jovialidad en los negocios mas serios. Si los disgustos producen en ellas impresiones demasiado fuertes, su constitucion no las admite durables: la misma causa que hace que sientan con viveza hace tambien que no

sientan mucho tiempo. Los sentimientos mas disparatados se suceden en ellas con una rapidez que espanta, de modo que no es raro verlas reir y llorar muchas veces en un mismo momento. Esta facilidad de llorar, que les es comun con los niños y con los hombres, cuya sensibilidad se ha degenerado por causas accidentales, como los hipocondríacos, tiene su orígen en la poca consistencia de sus órganos. Ya hemos dicho que esta debilidad dispone para las afecciones convulsivas. La risa, que es peculiar de la especie humana, es un movimiento convulsivo. Las lágrimas se derraman por una ligera convulsion del órgano destinado á separarlas, convulsion que no está enteramente esenta de placer : parece que este placer es una compensacion de las penas que nos afectan superficialmente. Asi es que el llanto no es la espresion de aquellos dolores vivos y profundos que penetran toda la sustancia de nuestra alma. Sea que entónces ella desdeña este débil consuelo, sea que el abatimiento

del dolor, suspendiendo una parte de los movimientos vitales, y amortiguando la otra, impide tambien la accion necesaria para derramar lágrimas; lo cierto es que este acto esterior no es el que caracteriza las penas estremadas que sentimos. Es de advertir que las que nos son personales, ordinariamente son de este último género, y que lloramos raras veces por nuestros propios males, como no sean de poca consideracion. Los agenos nos hacen mas fácilmente derramar lágrimas, porque los sentimos menos que los nuestros: se derraman lágrimas por los males imaginarios de los héroes de teatro, porque estos no nos causan mas que una ligera emocion: se lamenta y se llora la pérdida de un amigo ó de un padre, precisamente porque nos debemos consolar de ella bien pronto. Procuramos exagerarnos á nosotros mismos nuestro dolor por las mismas cosas que nos deberian advertir su poca duracion y su poca violencia; pero queremos una ilusion en la que el amor propio aspira á honrarse con

un esceso de sensibilidad que muy frecuentemente no tenemos, y del que las lágrimas jamas fuéron el verdadero signo. Con todo seria de desear que pudiéramos reducirla siempre al grado de moderacion que basta para satisfacer nuestros deberes ácia la humanidad, que es tanto y aun mas espresivo que la desesperacion, y mucho mas dulce para mezclarse con nuestros placeres. Asi es que si las mugeres y los niños lloran con la menor ocasion, es porque todo los afecta; pero los afecta siempre ligeramente.

El temperamento sanguineo, que, segun lo que acabamos de decir, es comunmente el de las mugeres, reune la salud y la hermosura en el mas alto grado de perfeccion á que puede llegar la naturaleza humana. Una sensibilidad siempre activa y vigilante hace que todas las partes del cuerpo gocen de un perfecto equilibrio; que la accion y la reaccion entre los sólidos y los fluidos se ejecuten con la mayor facilidad y con la mas exacta regularidad; y

que las partes mas remotas del centro de la vida posean exactamente el grado de energía que conviene á su destino. En el interior ninguna irritacion local, ninguna constriccion espasmódica, llamando ácia un lado la sensibilidad que debe estar repartida en todas las partes, turba aquel armónico y dulce balanceamiento que sostiene á los órganos en su estado respectivo y natural. al esterior, unos movimientos libres y despejados, una piel suave que brilla con un aire de viveza, un humor alegre, un talento fácil y agradable, manifiestan sensiblemente el buen estado general de la máquina.

CAPITULO VI.

De las mudanzas y de las alteraciones necesarias que sufre el temperamento de la Muger.

Todo se deteriora, todo se muda, el universo es una escena en continuo movimiento, que presenta siempre una cadena no interrumpida de vicisitudes y de mudanzas. Salir á luz, crecer, disminuirse y perecer, es el curso ordinario de todos los seres; y la naturaleza inconstante en todo lo demas es por lo menos uniforme en este órden.

Mas entre estos seres, los unos (y estos son el menor número) llegan á su fin por una graduacion insensible, por una serie de mudanzas sucesivas é imperceptibles, que nos ocultan aquella perspectiva formidable: los otros se precipitan en él por una pendiente mas ó me-

nos rápida, por cascadas mas ó menos atropelladas; y los choques violentos que acompañan una caida tan dura los destruyen algunas veces ántes que se haya, por decirlo asi, percibido que existiesen (1).

Nuestro objeto no es considerar aquí las alteraciones de este último género con respecto á la muger: estas forman la materia de un tratado general de las enfermedades del sexo, que nos reservamos para otro lugar: nuestro fin es fijar un momento la vista sobre las variaciones que esperimenta el temperamento de las mugeres durante el curso de su vida, sin que su salud, propiamente dicha,

(1) Si en el mayor número de los hombres el curso de la vida se interrumpe y se agita por enfermedades de toda especie, efectos de la intemperancia, del desórden de las estaciones, de los trabajos escesivos en que los empeñan sus diversas pasiones, etc. tambien algunos llegan á una estrema vejez sin esperimentar sacudimientos violentos, ni mas mudanzas que las alteraciones graduales, que son la consecuencia inevitable de los progresos de la edad.

sea notablemente alterada; y se conoce que estas variaciones imperceptibles en su detalle, para percibirse bien, deben considerarse en las épocas en que llegan á ser sensibles por su suma. La vista no puede seguir todas las graduaciones por las que pasa un árbol desde el momento en que el calor fecundo de la primavera lo principia á reanimar, y á volverlo á la vegetacion, hasta aquel en que los primeros rigores del invierno vienen á despojarlo de los beneficios de la primera estacion, y á volverlo á sumergir en la inercia y en el aniquilamiento.

Con todo no es difícil percibir las circunstancias mas interesantes de su desarrollo : el instante en que los botones principian á romper la corteza de este árbol, y á mezclar su tierno verdor con el fondo moreno ó parduzco de las ramas, se observa con tanta mas ansia, cuanto mas nos habia fatigado el frio reposo en que la naturaleza estaba desde largo tiempo sepultada. Ellos dan la señal de su primer saludo : ellos anuncian que todo va á revivir y á tomar un

aspecto risueño; y si todavía son poco preciosos en sí mismos, interesan por las ventajas que prometen. Nuestro corazon se mueve á su vista: parece que él mismo recibe un aumento de vida, y que participa del impulso que los hace nacer. Esta agradable impresion se prolonga separando nuestra vista de los progresos insensibles que aquellos hacen diariamente, hasta el momento en que las hojas confundidas con las flores vienen á herir todos nuestros sentidos, y á entregar á nuestra alma á un dulce éstasis, al aspecto de un concurso singular de bellezas encantadoras.

Este estado se disipa con tanta celeridad como las causas que lo habian producido: las hojas adquieren bien pronto un color mas oscuro, y toman una tinta menos tierna y menos interesante: las flores se marchitan, y dejan el lugar á los frutos que deben sucederlas y consolarnos de su pérdida. Esta tercera época produce en nuestra alma un nuevo género de sensaciones: la vivacidad de las pri-

meras se embota, pero es reemplazada por una satisfaccion menos impetuosa y mas permanente, á la que acompaña un gozo apacible. Se disfruta con un placer mas puro que vivo que llena el alma sin agitarla. En fin, los frutos desaparecen á su vez, y este vacío anuncia que este árbol que nos encantaba algunos meses ántes por sus gracias tanto como por su fecundidad, bien pronto no será mas que un tronco estéril. No obstante aun estimula á gozar de la sombra imperfecta que suministra todavía: pero se contempla su próxima decrepitud con una amargura que solo endulza la memoria de los placeres pasados que le debemos.

He aquí la imágen de la muger. Aunque esta varía desde que nace hasta su último momento, casi es imposible detenerse mas que sobre algunas épocas principales de su vida, tan sensibles por el diferente carácter con que se manifiesta en ellas, como por las diversas impresiones que produce sobre nosotros en estos diferentes tiempos.

El momento en que la muger principia á indicar el rango que debe ocupar, no es precisamente aquel en que se encuentra en estado de pagar su tributo á la especie, y de favorecer las miras de la naturaleza: se la puede distinguir fácilmente del hombre mucho tiempo ántes. Aunque las señales particulares que manifiestan su sexo no se presénten todavía, los rasgos generales que lo caracterizan se dejan no obstante percibir á la menor atencion. En los primeros años de la adolescencia, que siguen á aquellos en que hemos dicho que una identidad perfecta de rasgos, de maneras y de funciones hacia confundir á el hombre con la muger, es imposible no reconocer ya en esta algunas diferencias que ponen una línea de separacion entre los dos. Es menester confesar que estas diferencias no son mas que ligeras modificaciones, mas fáciles de sentir que de determinar: de manera que se podria creer que la muger no nos parece que tiene entónces los órganos delicados y tiernos, sino porque los

del hombre han adquirido ya un tono mas firme y mas sólido por los ejercicios á que lo impele el gusto natural de su sexo. Con todo estas diferencias se verifican independientemente de los diferentes géneros de vida á que pueden estar sujetos los dos sexos; y esta última causa, que no es general, no puede producir un efecto tan constante como el que se trata. Sea lo que quiera, en esta primera época no parece que se diferencian sus órganos mas que por el grado de consistencia, porque la sustancia mucosa que debe dar á los de la muger los relieves y el sello característico que los distinguen, aun no está bien desenvuelta. Seria entónces mas fácil distinguir un muchacho de una muchacha por la naturaleza de sus inclinaciones, y por los primeros rayos que se escapan de su alma. Las observaciones de un filósofo moderno sobre este objeto son muy juiciosas. El hombre, segun él, quiere hacer uso de su fuerza y aumentarla, miéntras que un instinto enteramente diferente escita á la muger á adquirir

gracias. Una niña se aficiona al tocador, y sabe que tal gesto y tal postura no son indiferentes para agradar mucho tiempo ántes de sospechar el motivo por que se quiere agradar. Este filósofo advierte con la misma verdad, que el talento de las muchachas tiene un grado de finura mayor que el de los muchachos. Esta diferencia no es efecto de aquel aturdimiento y disipacion ordinarias á estos últimos, ni de una presuncion que les haga desdeñar una ventaja propia para servir de recurso y de suplemento á la debilidad de la muger; es una consecuencia necesaria de esta misma debilidad. La finura es inherente á la constitucion de la mugér, y en vano querria el hombre disputarle esta ventaja. Si esta pretension manifiesta poco conocimiento en el que la pueda tener, descubrirla á las que son interesadas en ella, seria el cúmulo de la tontería.

La muger llega casi sin ninguna variacion, ni mas mudanza sensible que un aumento en la estatura, á la época brillante de su triunfo,

esto es, á la pubertad. Esta edad llega mas pronto para ella que para el hombre. Ciertos autores han deducido la razon de esta diferencia de la pequeñez de los órganos de la muger: dicen, que esta se halla mas pronto apta para la generacion, porque siendo mas pequeños sus órganos estan mas pronto formados, y porque las moléculas orgánicas y nutritivas que servian para su formacion y para su desarrollo, llegan á ser un escelente destinado á la reproduccion. La circunstancia de la pequeñez de los órganos de la muger es á la verdad favorable á esta opinion, y es bastante juicioso creer que la naturaleza no se ocupa de la especie, sino despues de haber perfeccionado el individuo. Pero esto no es constante, y todos los dias vemos invertido este órden: se ven con frecuencia muchachas casaderas que todavía no han dejado de crecer, y estas escepciones se repiten bastante para debilitar un sistema que no debe sufrir ninguna.

Toda hipótesis relativa á la economía animal, que se funda en una serie de movimientos y de acciones mecánicas, de las que la una se deriva necesariamente de la otra, será siempre defectuosa para hacer cuadrar con ella todos los hechos que se le refieren; porque en esta especie de sistemas se olvida siempre la pieza principal que debe hacer la base del edificio. Esta pieza en los sistemas que tienen los cuerpos organizados por objeto es lo moral, que nunca se puede perder de vista sin estraviarse: todos los pasos que se den sin esta guia serán otras tantas caidas. Un célebre naturalista de este siglo quiere que los raciocinios deducidos de la mecánica ordinaria sean suficientes para esplicar los hechos que presenta la organizacion. Se vé forzado á admitir *fuerzas interiores* que la presidien. No obstante él mismo deja con frecuencia estas fuerzas en la inaccion, y parece que las olvida en los casos en que seria mas necesario sacar partido de ellas, sustituyendolas á los razonamientos físicos.

Estas *fuerzas interiores*, que nosotros llamamos *naturaleza*, son el verdadero principio de todas las operaciones animales: la naturaleza las ejecuta en general en tiempos señalados; pero puede ser solicitada ó desviada por diferentes causas que adelantan ó retardan entónces la época de estas operaciones. Esto sucede respecto á la pubertad: las causas morales sobre todo pueden hacerla precoz ó tardía; y á estas causas es necesario referir la diferencia que se observa respecto á esto entre las muchachas del campo y las de las ciudades. Y este solo hecho prueba que la mayor ó menor cantidad de moléculas orgánicas no tiene en esto mas que una influencia muy subordinada.

En esta segunda época en que la naturaleza trabaja en poner á la muger en estado de reproducirse, y en dar á los órganos que deben servir á esta importante obra el grado de perfeccion necesario, su cuerpo esperimenta un sacudimiento general que va á herir con una fuerza particular á aquellas dos partes opuestas

por su colocacion, y diferentes por sus funciones, de las cuales la una es el instrumento inmediato de la obra de la generacion, y la otra la nutre, la aumenta y la fortifica : entónces toda la masa celular se conmueve tambien y se modifica; se acumula al rededor de estas dos partes, haciendolas mas sobresalientes, como al rededor de dos centros, desde donde envia sus producciones á los diferentes órganos que les estan sometidos. Las producciones que parten del centro superior, despues de haber redondeado el cuello y unido las facciones del rostro, van á perderse agradablemente ácia las espaldas, y se prolongan ácia los brazos para darles aquellos contornos finos, delicados y suaves, que se continuan hasta las estremidades de las manos. Las producciones que parten del otro centro van á modificar con corta diferencia de la misma manera todas las partes inferiores. El principio activo ó la fuerza interior que obra este desarrollo, imprime al mismo tiempo á los humores un

movimiento de rarefaccion que da á todas las partes la consistencia, el calor y el color. Todo se anima entónces en la muger : sus ojos, anteriormente mudos, adquieren brillo y espresion : todo lo que las gracias ligeras y naturales tienen de picante, todo lo que la juventud tiene de delicadeza, brilla en su persona. De este nuevo estado resulta en ella una superabundancia de vida que solicita repartirse y comunicarse. Advierte esta necesidad por tiernas inquietudes, y por arrebatos que no son mas que la voz tiránica y dulce del deleite. Parece que llama los placeres en su socorro para interesar poderosamente á toda la naturaleza en su situacion : entónces todo se da prisa, todo vuela delante de la hermosura para servirla y solicitar la felicidad de recibir sus cadenas.

Cuando se ha cumplido el objeto de la naturaleza, esta desdeña los medios por los que ha llegado á su fin. La muger pierde poco á poco su brillo : aquella flor delicada de temperamento, que solo acompaña á la primera

juventud, desaparece como la aurora de la mañana. La fuerza espansiva de donde los órganos tomaban su color y su forma seductora, se disminuye y se entibia; y una flacidez desagradable sucederia á la delicadeza y á la firmeza elástica de que estaban dotadas, si la gordura, que acompaña ordinariamente á la edad adulta, no las sostuviera, imponiendo por un cierto aire de hermosura. Si esta nueva modificacion es incompatible con la ligereza, la finura de rasgos, y aquella talla flexible que son el patrimonio de la pubertad, admite á lo menos gracias magestuosas y placeres, que sin ser tan picantes no dejan de servir algunas veces de lazo al amor. Entretanto la naturaleza trata de sacar partido de esto, y hacerlas servir en beneficio de la especie: ella reanima por intervalos el brillo de la muger, y hace de tiempo en tiempo nacer nuevas flores bajo sus pasos para sacar nuevos frutos. Pero al fin no pudiendo defenderla mas contra las impresiones destructoras del tiempo, y estando ya

despojada de todo lo que respecta á la especie, abandona á su individuo el uso de los últimos momentos que le restan.

La vejez, que es siempre mas temprana para la muger que para el hombre, no sucede inmediatamente á la época en que esta cesa de engendrar. Hay todavía un espacio de tiempo, pero demasiado corto sin duda, en que interesa por un resto de atractivos que recuerdan los que ya no tiene. Entónces redobla sus esfuerzos para conservar este resto precioso é inútil: reune al rededor de sí todas sus máquinas para detener los estragos del tiempo que la despoja cada dia de alguna cosa; pero si ella lleva sus cuidados mas lejos que lo que exige el deseo legítimo de hacer un honroso empeño; si escucha demasiado aquel instinto que nunca le ha hecho ver otro bien que la felicidad de agradar, es de temer que la vejez, que pronto va á caer sobre ella, descubra el contraste desventajoso de sus pretensiones y de su impotencia.

Cuando en fin esta edad, que un autor llama *el infierno de las mugeres*, ha llegado, debe esta limitarse á gozar de los derechos respetables que le han adquirido las funciones que ha llenado: nada tiene que esperar de los objetos á que ha debido su principal consideracion: todos se han marchitado, todos se han destruido. El impulso vital que animaba todos sus órganos se concentra ácia el interior, y apénas se deja percibir en las partes esternas: la gordura, que les servia de sostenimiento, se disipa y las abandona á su propio peso, de donde resulta un aflojamiento universal que desfigura á la muger por las mismas cosas que la embellecian en otro tiempo. Entre las ruinas de que está rodeada, los cabellos que el hombre pierde temprano se ven todavía en ella, y manifiestan que los órganos de esta no pierden jamas de un todo la flexibilidad que formaba su carácter, y que despues de haberse diferenciado en todo del hombre, la muger todavía declina y envejece á su manera.

Los que pretenden tener el talento de esplicarlo todo, encuentran las causas de las alteraciones de la vejez en el encogimiento escesivo de los sólidos que les hace perder su delicadeza. Los movimientos, dicen, se hacen mas difíciles, el juego de los órganos se trastorna, y cesa el ejercicio de las funciones vitales. Esta pretendida esplicacion no lo es, ni es mas que la simple esposicion de la cosa. No se trata de saber que se envejece porque los órganos pierden su flexibilidad y su accion: el punto esencial, si quieren instruirnos, es enseñarnos por que esta fuerza interior, esta energía que nos hace crecer, que nos sostiene, y que nos defiende contra la mayor parte de las enfermedades, no previene tambien este deterioro graduado, que despues de habernos conducido desde la infancia, al traves de las ilusiones agradables de la pubertad, á los goces mas frios de la edad adulta, y de habernos hecho sentir los golpes terribles de la vejez, nos conduce en fin á la decrepitud y á la muerte.

CAPITULO VII.

De los medios naturales que conservan, y de las causas accidentales que pueden variar ó hacer degenerar el temperamento de la Muger.

La naturaleza ha señalado á todos los seres un término á el que son conducidos insensiblemente por pérdidas sucesivas. Cualquiera que sea la causa de esta degradacion inevitable, exige la prudencia no acelerarla por el uso inmoderado de los medios destinados á retardarla cuanto sea posible. El trabajo y los alimentos proporcionados al progreso natural de nuestras fuerzas, las pasiones moderadas, la exacta conformidad con las leyes de la naturaleza son las condiciones esenciales que pueden hacernos gozar de toda la estension de nuestras facultades, y sostener nuestro tempe-

ramento en el estado conveniente de cada época de la vida.

Ya dijimos que hay una (la infancia) en que aquel temperamento mas notable por el agrado que por el vigor, y que hemos llamado sanguineo, era comun al hombre y á la muger. Bien pronto se aleja este de él mas ó menos; pero es indemnizado de esta pérdida por un bien mas precioso, que es la fuerza. Esta compensa en él por el ejercicio de las funciones vitales la ventaja que las mugeres deben á la delicadeza de sus órganos: le es necesaria para soportar los trabajos penosos á que lo sujeta la sociedad, que la aumentan á su vez: ella debe tambien hacer su principal mérito, porque segun las relaciones que la naturaleza ha puesto entre el hombre y la muger, el uno no puede agradar por los mismos medios que la otra.

El temperamento, asi en el hombre como en la muger, puede variar de naturaleza, y de sanguineo hacerse flemático, melancólico ó bilioso. Si los jugos mal digeridos en un aire

comunmente húmedo dan á la sangre una constitucion acuosa, el temperamento llegará á ser flemático. Una sangre espesa, que no puede llegar sino con dificultad á las estremidades de los pequeños vasos ó á las celdillas de que se compone el tejido mucoso, puede hacer que estos pequeños vasos ó estas celdillas se obliteren, y que los vasos mayores se ensanchen en la misma proporcion; y si entónces las agitaciones reiteradas del sistema nervioso, que intentan volver á dar á los humores su fluidez ó su pureza primitiva, acaban de destruir la sustancia mucosa que moderaba la sensibilidad de los órganos, el temperamento tomará el carácter melancólico. En fin otras causas, capaces de dar la actividad y el calor á los humores, y de imprimir la rigidez á las fibras y á la materia espongiosa que las rodea, pueden producir el temperamento bilioso.

Pero las causas que obran sobre el temperamento de las mugeres no son en tan grande número como las que alteran el temperamento

de los hombres : las diferentes artes á que estos últimos se aplican, modifican su constitucion de mil maneras. La existencia civil de las mugeres es menos variada : las ocupaciones de la mayor parte de las que tienen la felicidad de trabajar, son casi generalmente las mismas, y se reducen á labores que no agitando escesivamente el cuerpo ni el espíritu, sirven para facilitar las funciones vitales, y para sostener igualmente la salud y la hermosura. Pero el trabajo, aun el mas escesivo, no es tan temible como una ociosidad absoluta. La necesidad que obliga á ciertas mugeres de la ínfima clase del pueblo á trabajos que parecian estar reservados para los hombres, no las priva mas que de algunas gracias. La escesiva indolencia destruye igualmente la salud, y lo que las mugeres amarian mas que la salud si pudiera subsistir sin ella, quiero decir la hermosura. La medicina tiene tanto que hacer para apuntalar los débiles fundamentes de la una, con o la coquetería para disimular la ruina de la otra

en las mugeres, que su estado ó un gusto pernicioso condena á una inaccion perpetua; porque uno de los males mas difíciles de curar debe ser, sin disputa, el que quita á la naturaleza los medios de que se sirve para combatir todos los demas. Los médicos, ilustrados por una sana práctica sobre el curso ordinario de la naturaleza en las enfermedades, saben que nada se opone tanto á este curso como los síntomas nerviosos que pueden sobrevenir; y estos casi nunca faltan en las enfermedades de las personas cuya sensibilidad primitiva se ha alteradò por el abuso de la opulencia, por la ociosidad y por las pasiones. Esta oposicion entre los movimientos nerviosos y los movimientos ordinarios que la naturaleza ejecuta ó debe ejecutar en las enfermedades, ha inducido á M.r de Bordeu á dar el nombre de *irregulares* á las que tienen el carácter espasmódico. La ociosidad, ademas de impedir que los órganos adquieran aquella firmeza que hace sus movimientos mas eficaces y mas firmes, es causa

de que los humores no esperimenten aquella transmision que los purifica, haciendolos pasar muchas veces por los diferentes coladores y por los diversos vasos : obligados á estancarse por falta de la accion de los sólidos, se alteran por su reposo : se descompone su mistion : los principios que la formaban se separan, y forman combinaciones dañosas.

El ejercicio es pues necesario; pero la constitucion de las mugeres no sufre mas que un ejercicio moderado. Sus débiles brazos no podrian soportar trabajos demasiado recios y continuados por demasiado tiempo : las gracias se acomodan mal con el sudor y la fatiga. Un trabajo escesivo adelgaza y desfigura los órganos, destruyendo por las compresiones reiteradas la sustancia celular que contribuye á la hermosura de sus contornos y de su color. El ejercicio que las mugeres de una condicion mediana encuentran en sus ocupaciones útiles é indispensables, es el mas saludable, porque junta á los efectos naturales del trabajo la satis-

faccion interior que da el cumplimiento de su deber: este trabajo es mas propio para llenar el alma, y para impedir que pese demasiado sobre sí misma, como sucede en las personas dominadas por la pereza.

El paseo, por cuyo medio las gentes ociosas creen sustraerse de la ley general que nos condena á ocuparnos y á obrar, no es un trabajo, sino un descanso del trabajo; ni tiene sus efectos, ni llena sus condiciones. Este género de ejercicio, en lugar de dar un movimiento igual á todo el cuerpo, ó por lo menos un movimiento alternativo á los diferentes miembros, no hace mover mas que las partes inferiores del cuerpo, y todas las superiores quedan sin accion. Los humores, á quien las primeras han dado una viva inpulsion, deben esperimentar de parte de las otras una resistencia considerable que hace su curso poco uniforme y desigual su distribucion. Hay ademas un inconveniente en los paseos, sobre todo en los paseos solitarios de las personas de una salud

débil ó de una constitucion melancólica, y es que les facilitan la ocasion de entregarse á todo el vacío de su alma, á aquella intemperancia de ideas que los encanta, fatigando los resortes de su espíritu, y á las estáticas visiones con que se alimentan: de manera que el fruto que se saca de esta especie de ejercicio, es volver con la cabeza y las piernas cansadas para caer de nuevo en una inercia peor que la que se queria remediar con el paseo. Si se pasea puramente por régimen, no interesándonos el paseo bastante para sacarnos fuera de nosotros mismos, nos deja pensar demasiado en el motivo que nos hace pasear, y por consiguiente llega á ser el paseo el objeto de una profunda meditacion, capaz de impedir el efecto de un tal remedio. Baglivio dice que en pensando demasiado en la digestion no se digiere bien, y lo mismo sucede con otras acciones vitales ó animales que se trastornan en ocupandose de ellas. El hombre necesita de un trabajo real, y el mas ventajoso seria el que ejercitase igual-

mente el cuerpo y el alma, y el que mantuviese un justo equilibrio entre las fuerzas morales y las fuerzas físicas. Despues de un trabajo semejante, es cuando el paseo seria un descanso tan sano como agradable (1), porque en lugar de llevar á él las ideas tristes y negras de un ser ocioso, no se llevaria mas que órganos mas ansiosos de nuevas sensaciones por la impresion del trabajo: entónces es cuando el aire puro, la sombra fresca y el perfume suave de las flores derramarian eficazmente en el alma, con el olvido de las ocupaciones pasadas, las fuerzas necesarias para soportar otras nuevas.

No es pues necesario que el ejercicio sea efecto de un cálculo demasiado escrupuloso, ni ocuparse en él con el relox en la mano; mejor es consultar su gusto actual, ó mas bien el instinto, cuyo impulso es siempre mas seguro que las ideas quiméricas de órden y de regularidad, á las que ciertas personas se so-

(1) Teoría de los sentimientos agradables.

meten servilmente. Un género de vida demasiado compasado, esclavizando al que lo tiene al imperio de la costumbre, lo espone ademas á los ataques de las enfermedades en lugar de armarlo contra ellas. Nuestra máquina no debe estar mas arreglada que el elemento que la rodea : se necesita descansar, trabajar y aun fatigarse, segun lo permita el sentimiento de nuestras fuerzas actuales. Seria una pretension ridícula querer reducirse á una perfecta uniformidad, y guardar siempre la misma situacion, cuando todos los seres con quienes tenemos las mas íntimas relaciones estan en una continua vicisitud. La variacion es tambien necesaria para prepararnos á los sacudimientos violentos, que algunas veces hacen estremecer los fundamentos de nuestra existencia. Sucede á nuestro cuerpo, como á las plantas, cuyo tallo se fortifica en medio de las borrascas, y por el choque de los vientos opuestos.

La equitacion ha parecido un recurso suficiente contra las consecuencias peligrosas de

la poltronería; pero una especie de ejercicio, que algunas veces es necesario por cierto estado de enfermedad, no puede ser el ejercicio ordinario y cotidiano de las mugeres: estas no podrian sacar de él el mismo fruto que los hombres. Se ven obligadas á emprenderlo, ó con demasiado peligro, ó con precauciones que lo hacen inútil; ademas que montando á caballo se despojan de las gracias que les son naturales, sin tomar las del sexo que quieren imitar.

Un ejercicio mas compatible con las gracias propias de las mugeres seria sin contradiccion el baile, si la manera mas de moda en el dia no fuese mas capaz de enervar que de fortificar los órganos. Los antiguos, que tenian el secreto de hacer servir á los placeres de los sentidos en provecho del cuerpo, habian hecho de la danza una parte de su gimnástica; lo mismo sucedia con la música: ellos la empleaban para calmar los movimientos desordenados del alma, y algunas veces para curar las enfermedades del cuerpo, porque los medios que

afectan el uno tienen una accion natural sobre la otra. En el nacimiento de los cuerpos políticos, las diversiones son proporcionadas á la severidad de las instituciones de que estos cuerpos toman su fuerza; pero cuando se ha llegado á hacer de estas diversiones un puro objeto de deleite, ya no son á propósito para llenar las miras del filósofo ni del médico.

Las mismas razones que retiran á las mugeres de un trabajo violento y sostenido, les prohiben tambien los trabajos, todavía mas peligrosos, de un estudio continuado.

La ciencia, que compran casi siempre los hombres con el dispendio de su salud, no podria indemnizar á las mugeres de la deteriora de su temperamento y de sus encantos. Abandonen á los hombres la vana gloria que buscan en esta peligrosa adquisicion: la naturaleza ha hecho bastante por ellas, y seria un atentado marchitar los dones preciosos que le deben. Una profunda aplicacion, dirigiendo ácia la cabeza la mayor parte de las fuerzas vitales,

hace de este órgano un centro de actividad que amortigua tanto mas la accion de todos los otros órganos. Una persona profundamente ocupada no existe mas que por la cabeza: parece que apénas respira: todas las demas funciones se suspenden ó se turban mas ó menos; sobre todo sufre la digestion: los jugos mal elaborados se hacen mas aptos para formar embarazos y malos fermentos, que para reparar las pérdidas que son una consecuencia necesaria del movimiento de la vida. El cuerpo privado de jugos que lo renueven, ó coinquinado por humores escrementicios que se detienen en él demasiado tiempo, se debilita, pierde su hermosura, y cae como un tierno arbolito plantado en un terreno árido, cuyas ramas ha desecado el ardor del sol; ó bien el principio que vela sobre la conservacion de los órganos, fijado por mucho tiempo lejos de ellos por la meditacion ó por la lectura, cuando al fin es llamado allí, encontrando materiales ya degenerados, se trastorna, se agita por arrojarlos,

y abre aquella escena tumultuosa de movimientos irregulares, que se llaman *vapores* ó hipocondría.

Esta afeccion, familiar de los literatos seria una consecuencia mas natural y mas infalible de un estudio serio en las mugeres que se hubieran engañado bastante para entregarse á él. Sus delicados órganos se resentirian mas de los inconvenientes inevitables á que arrastra esta aficion. Asi es que un instinto saludable las separa de ella como de un precipicio, que por estar cubierto de flores no es menos horroroso, y dirige sus gustos ácia los objetos frívolos. Los hombres que quieren lisonjear á las mugeres, dicen que este gusto es obra nuestra, y que les cerramos la puerta de las ciencias para asegurarnos esclusivamente este género de superioridad. Lo único que esto tiene de cierto, es que ellas casi no se inquietan por ello, y tienen razon. Se las quiere alabar el talento que podrian tener, como si no habiera elogios que hacer al que tienen.

Como el principal destino de las mugeres es agradar por las bellezas del cuerpo y por las gracias naturales, se separarian de él, corriendo tras de la reputacion que da la ciencia ó el bello espíritu; porque es infalible que si las ciencias procuran ventajas preciosas á la sociedad, las que resultan de un cuerpo sano y de un espíritu libre ó contento, son raras veces el patrimonio de las gentes que se entregan á un deseo inmoderado de instruirse, ó que se dedican á la funcion penosa é ingrata de ilustrar á sus semejantes. Estos son frecuentísimamente hombres que trabajan sin cesar en enriquecer al mundo con descubrimientos útiles y con nuevas verdades, ó en divertirlo con escritos agradables, consintiendo en ser nulos en él por su persona. Casi siempre fuera de su situacion natural, ó por sus pretensiones, ó por la indiferencia apática que da la meditacion, estan en medio de sus contemporáneos como hombres de otro siglo, ignorando los usos mas comunes y mas indispensables, y

siempre ocupados en otros objetos que los que convienen á su situacion presente. «Esto dice, » Montaigne, los hace ineptos para la conver» sacion civil, y los separa de otras mejores » ocupaciones. ¿Cuantos hombres he visto yo » en mi tiempo embrutecidos por una teme» raria codicia de saber?» El canciller Bacon (1) asegura que este es un inconveniente bastante familiar á los literatos; pero este inconveniente seria mas sensible y mas chocante en las mugeres, cuya afabilidad, y cuyo carácter conciliativo, que se les ha dado para templar la rudeza natural del hombre, no podrian acomodarse con la gravedad del saber. En fin, las ideas de los literatos, aun los mas esentos de estos defectos, tienen siempre un aire de sujecion, que les quita la naturalidad

---

(1) *Aliud vitium litteratis familiare, quod faciliùs excusari potest, quàm negari; illud, nimirum quod non facilè se applicent et accomodent, ad personas quibuscum negociantur aut vivunt.* Fr. Bacon, de augmen. Scient. Lib. I, pág. 22.

y la gracia; y como por lo comun no les pertenecen, se pueden comparar con los despojos que se van á buscar en los sepulcros, que son inanimados y frios como las cenizas de los muertos á quienes se los han robado; ó bien si son suyas, como son efecto del trabajo, se parecen á aquellos frutos abortados sin belleza y sin sabor, que el arte arranca á la naturaleza para lisonjear á la vanidad, ó aliviar la impaciencia de los ricos (1).

Al contrario, el talento de las mugeres inculto, pero fogoso, brilla mucho mas porque no está sofocado por un saber indigesto. Su carácter original lo hace picante, y su libertad le da gracias. Sus ideas nada tienen de sujecion ni de violencia: sus espresiones son la verdadera imágen de su alma, irregulares, pero

(1) No decimos esto para que las mugeres no den á su talento una decente cultura, sino para alejarlas del esceso que las hace con frecuencia ridículas, y que daña casi siempre á su salud. Finalmente los estudios de agrado son los que mas les convienen.

llenas de naturalidad y de vida: su conversacion siempre viva y animada no necesita de la ciencia, y tiene por sí misma un interes que no podrian darle todos los recursos de la erudicion: todo le sirve de alimento: su talento sabe sacar partido de los menores objetos, y se asemeja al fuego que convierte en su sustancia todo lo que toca, y comunica su brillo á las materias mas viles, y que parecen menos susceptibles de él. En fin, como las mugeres son uno de los mas grandes móviles, y uno de los principales lazos de la sociedad, la necesidad de estudiar continuamente cuales son los resortes que hacen obrar á sus miembros, y de resguardar su delicadeza de los choques que el juego de estos resortes necesita, les da aquella sagacidad que sabe cuando y como se debe obrar y hablar, el arte de medir sus pasos, de graduar sus acciones y su lenguage segun las circunstancias, una cierta costumbre de percibir de un solo golpe de vista todas las conveniencias; en una palabra, el talento de se-

ciedad, que muchos creen que es el mejor de todos.

Ademas una muger siempre sabe bastante, no como decia un duque de Bretaña, porque sepa *conocer la diferencia entre la camisa y la casaca de su marido*, sino porque con una memoria fácil y una manera de talento ligero y agradable, tiene el arte de multiplicar los conocimientos, que el comercio de los hombres y algunas lecturas superficiales y pasageras pueden procurarle. No se admirará en ellas la ostentacion científica que haria un hombre que ha perdido su color sobre los libros; pero uno de los encantos de la conversacion de las mugeres, sobre todo cuando no tienen pretensiones, es el parecer saberlo todo sin haber jamas aprendido nada.

¿ Podrian ellas sacrificar tantas ventajas reales á un vano fantasma, entregarse á trabajos en los que tienen todo que perder y nada que ganar, y consumirse con vigilias continuas para adquirir un título que en ellas siempre

debe estar subordinado á otro distinto género de mérito? Su interes es pues el esforzarse en encontrar ejercicios que sean propios para desenvolver y para perfeccionar sus facultades naturales, sin dañar á su temperamento.

Entre los medios que los hombres han inventado para endulzar el peso de una vida entregada al tedio y á la inutilidad, hay uno, que como una plaga contagiosa desola la sociedad y no es menos funesto para las costumbres que para la salud, porque produce el doble efecto de la pereza y de una pasion violenta. La avaricia, que es su alma, para mejor enmascararlo, le ha dado los nombres de *diversion* y de *juego*. Figuremonos á una tertulia de personas clavadas en las sillas al rededor de una mesa, en una atmósfera gastada y corrompida, cuyo cuerpo está inmóvil miéntras que su alma está en una violenta agitacion, conmovidos alternativamente por la esperanza y por el temor, únicamente ocupados de la solicitud de captarse los favores de la ciega

diosa á que se sacrifican, que dejandose arrastrar á merced de la pasion que los anima, olvidan los deberes que los llaman, y las horas que se deslizan; y que en fin no salen de este violento acceso sino para sumergirse en disgustos mas reflexivos; y tendrémos una idea de lo que se llama *juego*. Segun esta idea se conoce que nada es mas capaz de trastornar el órden de las funciones animales y la regularidad de los movimientos vitales, que un semejante defecto de equilibrio entre lo físico y lo moral; que desordenado el curso de los humores por este trastorno no reciben los líquidos las preparaciones necesarias para las secreciones que deben sufrir, y forzados á estancarse en alguna entraña forman en ella obstrucciones peligrosas; ó arrojados como dañosos ácia la piel, bajo la forma de empeines ú otras especies de erupciones, destruyen su pulidez, su delicadeza y su brillo. Es necesario añadir que este estado de agitacion, repetido con mucha frecuencia, debe á la larga hacer contraer un carácter

irascible, y dar á la sensibilidad una energía viciosa, que siempre acarrea el detrimento de la máquina.

Asi es que una muger que tuviera alguna cosa mas que arriesgar que su salud, seria doblemente interesada en evitar el juego: él trae consigo ordinariamente vigilias demasiado largas, que acaloran y postran al cuerpo. Parece á la verdad que las mugeres lo soportan mejor que los hombres, lo que dimana sin duda de que las sensaciones en estos son mas profundas, y de que la atencion superficial con que las mugeres tocan los objetos, las salva de la fatiga que producen sus impresiones.

Puede ser tambien que los trabajos serios y profundos de los hombres hagan mas necesaria para estos la calma benéfica del sueño. Con todo, siempre es cierto que la luz artificial con la que se intenta reemplazar la del sol, daña á los resortes de la vista; y que cuanto mas se multipliquen las luces que estan siempre demasiado cerca de este órgano, tanto mas se

aumentan sus malos efectos, sin corregir su fatigosa uniformidad; porque la luz de las bujías, muy lejos de dejar á los objetos sus colores naturales, como lo hace la luz dulce y variada del astro del dia, al contrario los confunde á todos. La variedad de colores que forma el cuadro del universo, tal vez es una de las causas que nos lo hacen contemplar siempre con placer, y sin producirnos cansancio. En fin, por la prision continua que exige el juego, se carece de las influencias saludables del aire, que es uno de los ingredientes mas esenciales á nuestra existencia; que nos anima y da á nuestros órganos el tono y el resorte convenientes. La frescura de una hermosa mañana, las emanaciones restauradoras de los vegetales y el espectáculo encantador de la naturaleza son perdidos para el que pasa la noche en jugar y el dia en dormir.

Naturalmente nos encontramos conducidos á hablar de los efectos de las pasiones cuando hablamos del amor del juego, que ciertamente

es una de ellas. Las pasiones que tienen su orígen en el principio que pone en movimiento á todos los seres animados, que se llama amor propio, entran en el número de las causas mas destructoras de nuestros cuerpos. Lo que es hecho para conducirnos á la felicidad, llega á ser el instrumento de nuestra ruina por el abuso que hacemos de ello. Las pasiones, en la institucion de la naturaleza, no deben ser mas que unos movimientos precipitados y pasageros. El animal en peligro debia proveer á su seguridad por esfuerzos y medios independientes de la reflexion: un impulso involuntario é irresistible le debia obligar á propagar su especie; pero habiendo pasado estos momentos tan raros como borrascosos, debia volver á entrar bajo la direccion de un instinto pacífico. De esta manera eran necesarias las pasiones. Los hombres han hecho esta arma peligrosa para sí mismos á fuerza de aguzarla. En el estado actual de ciertas sociedades, las pasiones no son mas que un acceso continuo

que agita sus miembros, en lugar de ser como un soplo ligero á propósito para imprimirles un movimiento moderado; han adquirido, chocandose, un grado de actividad tal, que forman una tempestad horrorosa, ó mas bien han llegado á ser un fuego devorador que consume la especie humana. Estas espresiones no son exageradas: ellas solas son las que pueden designar los efectos reales que una pasion viva ó lenta produce sobre la economía animal. Aunque cada pasion tenga un carácter particular, y se manifieste por señales sensibles que le son propias, todas tienen de comun, que pervierten el órden y la sucesion natural de los movimientos de que depende la vida. En las pasiones tristes el alma parece abandonar el cuidado del cuerpo para no ocuparse mas que del objeto que la afecta. Se esperimenta (1) en la region epigástrica una constriccion permanente, una especie de encogi-

(1) Idea del hombre físico y moral.

miento que incomoda la respiracion, quita el apetito, y se opone á la digestion. Todos los movimientos se disminuyen, los humores sometidos á la influencia vital se alteran, y las partes que debian nutrir se deterioran necesariamente.

Las pasiones fogosas, ademas de los sacudimientos irregulares que producen en las diferentes partes del cuerpo, y las revoluciones tumultuosas de los líquidos que son su consecuencia inevitable, causan otro efecto que por mas lento y mas oculto no es menos funesto. Los movimientos del alma ocupada de una pasion fuerte se comunican á todos los órganos: todas sus fibras se agitan: su movimiento tónico se acelera, y la intensidad de este movimiento, sostenida por largo tiempo, exige reiterados frotamientos que destruyen la sustancia mucosa que les sirve de envoltura, á la que deben su union, su delicadeza y su fuerza. Esta sustancia, que las defiende de las impresiones demasiado fuertes de los cuerpos estraños, y

que embota su escesiva vivacidad, de la que los órganos toman su volúmen y la hermosura de su forma sucesivamente aniquilada, los abandona á todos los desórdenes de una sensibilidad desenfrenada: con ella desaparecen la viveza del temperamento y las gracias del cuerpo, á las que suceden un enflaquecimiento, y á una debilidad, frecuentemente incurables. Ciertamente seria mas fácil esponer todos los estragos de las pasiones, que indicar los medios de preservarse de ellos. Cada uno debe consultar sus fuerzas, y á nosotros nos basta presentar algunos de los motivos poderosos que deben escitarnos á hacer de ellas todo el mejor uso posible.

Entre las fuentes mas fecundas de los desarreglos de la economía animal, el abuso de los alimentos y de las bebidas debe ocupar uno de los primeros lugares. Hipócrates, con respecto á la eleccion y á la cantidad de los alimentos que se deben tomar, ha sentado una máxima, que bien entendida comprende todas

las reglas de la dieta. Dice que no se debe dar al cuerpo mas alimentos que los que él pueda digerir y consumir (1). De lo que se sigue que la cantidad de nutrimento necesaria á cada individuo la determinan la constitucion, el temperamento, la fuerza, y el género de vida de este mismo individuo (2). La naturaleza en el bello sexo no debe exigir mas que una cantidad proporcionada á la debilidad de sus órganos, y á los ejercicios poco fatigosos en que se ocupan las mugeres. Pero estas, como igualmente los hombres, en escuchando un apetito engañador ó facticio, traspasan límites tan legítimos sin advertirlo; y cuando se llega á confundir la costumbre ó el placer con la necesidad, no es la naturaleza la que decide sobre

---

(1) *Hæc est ciborum offerendorum occasio, ut eá copia exhibeantur, quam corpus superare valeat.* De locis in homine.

(2) El erudito comentario que M. Sorry ha dado sobre los libros dietéticos de Hipócrates, contiene preceptos muy buenos sobre esta materia.

la frecuencia y la duracion de la mesa: se la solicita ántes que tenga deseos, y se la sobrecarga despues que está satisfecha. Oprimida con un peso escesivo de alimentos superfluos ó dañosos, digiere y asimila lo que puede de ellos. Lo restante, separado, forma en las entrañas, y principalmente en las vias digestivas, focos de corrupcion, que preparan las enfermedades, ó por lo menos llegan á ser en el sitio que ocupan un foco constante de irritacion, que ocasionando incomodidades y produciendo una tension desigual en diferentes órganos, desordena su juego y sus funciones respectivas, y sobre todo altera su forma y su color. Un aspecto consumido y cierta amarillez son los síntomas inseparables del mal estado de las entrañas.

Hay á la verdad personas cuya naturaleza favorecida de un buen estómago, y de una disposicion particular á engordar, llegan al fin á convertir en su sustancia todos los alimentos que se les presentan; pero compran esta ven-

taja por una corpulencia y un esceso de gordura, que no son menos contrarios á la hermosura (1) y tal vez á la salud, que la falta de cárnes, porque quitan al cuerpo sus proporciones naturales, su flexibilidad y su ligereza. Casi todas las personas que su fortuna pone en estado de cometer frecuentes abusos en la comida, se podrian dividir en dos clases: la una formada de gentes escesivamente flacas, y la otra de gentes estraordinariamente gordas.

---

(1) Cuando decimos que el esceso de gordura es contrario á la hermosura, entendemos las ideas convencionales de hermosura recibidas entre nosotros. Porque hay pueblos, como los Egipcios, entre los que la gordura es un mérito, pues sus mugeres hacen todo lo posible por procurarsela. Prospero Alpino (Medicin. Ægyptior.) nos enseña los medios de que se sirven para llenar este objeto. « Ellas estan en el » uso, dice, cuando se bañan, de tomar una sopa » hecha con una gallina cebada con mucho esmero, » y de comer despues toda la gallina en el mismo » baño. » El autor citado no dice si esta receta surte buenos efectos, pero convendrémos por lo menos que ni es difícil ni repugnante.

La regla de Hipócrates no se limita á la superabundancia de los alimentos; se estiende tambien á su calidad asi como á la de la bebida. Un filósofo de este siglo ha dicho que se podria juzgar del carácter de los pueblos por la naturaleza de los alimentos de que se nutren. En efecto, el carácter depende de la constitucion física, y esta determina la eleccion de los alimentos que á su vez refuerzan el carácter. Hay tal pueblo que necesita comidas y bebidas fuertes, como mas análogas á la constitucion vigorosa de que está dotado. Hay otros, cuyos individuos enervados por el calor del clima, se encontrarian abrumados con estas mismas comidas: alimentos acuosos y ligeros son mas acomodados á la debilidad de sus órganos. La constitucion de las mugeres se aproxima á la de estos últimos. Asi su gusto en general, cuando no está depravado, propende á dar la preferencia á los manjares y á las bebidas que no exigen un grande dispendio de las fuerzas digestivas, cuyos principios constitutivos no tienen

una accion demasiado fuerte sobre las fibras delicadas de sus sólidos : los vegetales, las frutas, los lacticinios, etc. son por lo comun las comidas que prefieren.

No obstante, no es raro que algunas mugeres se apasionen por las comidas de gusto fuerte, y por los licores espirituosos y aromáticos. Es verdad que las mas de estas mugeres son delgadas y de temperamento bilioso; tan cierto es que el gusto no es siempre una guia segura para determinar la eleccion de los alimentos. La naturaleza va siempre declinando con relacion á las sensaciones que determinan sus apetitos. En general, ella es ansiosa por las que nos mueven vivamente. Como la agitacion es un carácter inherente á la vida, y en consecuencia, como nunca tenemos un sentimiento mas íntimo de nuestra existencia que cuando estamos agitados, corremos tras de todo lo que puede producir en nosotros esta agitacion agradable. Y este es el orígen de aquel gusto incorregible que tienen ciertas gentes por los

alimentos salados ó picantes, por los licores espirituosos, por el café, por el tabaco, etc. Pero todas estas cosas nos destruyen lisonjeándonos; porque obran solo aumentando el movimiento de las fibras que estimulan, y la conmocion que causan produce una postracion que nos hace cada vez mas necesario su uso á punto de no poder existir sin ellas. Se sabe que el café quita el sueño á muchas personas, y que aun las que estan mas acostumbradas á su uso esperimentan, despues de haberlo tomado, una especie de movimiento ligero de calentura, que es precisamente la causa de aquella satisfaccion, ó mas bien de aquella embriaguez momentánea que produce esta bebida seductora. Como un viento obsequioso disipa todas las nubes que ofuscaban el alma, reanima los resortes adormecidos del pensamiento, y da á nuestras ideas un curso mas rápido y mas desembarazado. El es la fuente donde muchos literatos van á purificar su fantasía, y beber aquel ardor que los dispone á

producir: él es el *hipócrene* de muchos poetas. Pero el fin que se propone con su uso, y el efecto real que produce, prueban que conviene poco al sexo y á la edad destinados á brillar por las ventajas del cuerpo, mas bien que por los talentos del alma.

Al esponer los efectos de la ociosidad, de las pasiones y de la intemperancia, hemos manifestado las causas mas activas y mas universales de las alteraciones del temperamento. Hay otras sin duda menos generales y mas accidentales; pero estas exigirian un detalle que no entra en nuestro plan. Nos contentarémos con decir algunas palabras del uso demasiado frecuente que hacen las mugeres de ciertos medios que se llaman *cosméticos* (1),

(1) Cosmético viene de la palabra griega *cosmos*, que significa *ornamento*, ó de *cosmeia*, *adornar*. Los cosméticos ó remedios que se destinan para perfeccionar la hermosura, forman uno de los ramos mas lucrativos de la charlatanería. Las mugeres, que hacen depender su existencia de la hermosura, deben ser

porque estos tienen la hermosura por objeto, y su administracion es casi siempre abusiva, porque no se debe esperar que sobre una cosa que les interesa tan de cerca sean mas moderadas que en todo lo demas. Cuando los medios que ponen en uso no tienen por objeto mas que el simple aseo, no pueden dejar de ser útiles. Ciertamente es una práctica tan sana como saludable, quitarse de tiempo en tiempo la basura y las materias escrementicias que deja sobre la piel la traspiracion; sobre todo si solo se emplea el agua, cuando mas ligeramente acidulada con cualquier ácido que se puede todavía debilitar mezclandole alguna sustancia mucilaginosa. No obstante, lo mas seguro es no añadir ningun ingrediente al agua pura, porque un licor cuya accion se limite á dar tono y elasticidad á la piel en ciertos su-

---

tan crédulas sobre lo que interese un punto tan esencial para ellas, como los hombres lo son en general cuando se trata de su salud.

getos hará sobre otros mas sensibles el efecto de un licor estíptico, y los espondrá á las consecuencias frecuentemente incómodas de aquellas tentativas inprudentes que se aventuran con mucha frecuencia para librarse de alguna deformidad: como son las que se emplean para quitar de la piel las manchas, las pecas, las costras herpéticas que empañan su brillo.

De estas diferentes imperfecciones, unas son indelebles, porque dependen de la constitucion primitiva de este órgano: otras son necesarias, porque son el producto escrementicio de las últimas digestiones, ó el fruto del impulso activo del principio vital que arroja á fuera y ácia un órgano, cuyas afecciones interesan poco la vida, una materia que llegaria á ser una causa infalible de corrupcion si permaneciese largo tiempo en órganos mas esenciales. Esta materia eruptiva, que aun degradando la piel manifiesta el vigor y la actividad vigilante de la naturaleza, debe evacuarse necesaria-

mente; y por mas preciosas que sean las gracias que quita, no deben ponerse en balanza con los inconvenientes inseparables de su supresion. Los medios ordinarios que se usan para disipar las manchas que produce, han sido remedios que por su accion astringente sobre la piel hacen retroceder ácia las partes internas la materia peligrosa de que la sabia naturaleza trataba descartarse. No pudiendola arrojar por la via mas favorable, intenta desembarazarse de ella pôr otros emuntorios, donde esta misma materia deja casi siempre señales funestas, y que altera ó desnaturaliza tarde ó temprano; y el efecto menos temible que resalta de este trastorno de los movimientos naturales, es un estado de languidez peor cien veces que los defectos superficiales, y cuando mas incómodos que se querian evitar.

La esperanza demasiado crédula de enmendar á la naturaleza ha hecho tambien inventar medios mecánicos para prevenir ó corregir defectos que por lo ordinario se atribuyen á

sus errores, pero que muy frecuentemente se podrian imputar tal vez con mas razon á nuestros vicios. La naturaleza sencilla y abandonada á su curso recto y uniforme produce pocos jorobados, cojos, y todos esos seres deformes en que hormiguean todos los lugares, en donde continuamente es ultrajada por costumbres que ella misma reprueba. Asi es que en estos lugares es donde el uso de las cotillas ó corsés está mas en boga. Por este socorro artificial se pretende perfeccionar el talle, y muy al contrario se degráda ó se impide su formacion. Los médicos y los filósofos han clamado con tanta fuerza como razon contra el abuso de estas cotillas, las han representado como un obstáculo que se opone en los niños á su desenvolvimiento, y en las personas ya formadas puede impedir de tal manera el ejercicio de las funciones, que trastorne su órden y altere la forma natural de los órganos; en fin, como una cosa que choca aun á las ideas de gracia que se esperan de ella. Una grande prevencion contra

las cotillas, es que en los pueblos que ningun uso hacen de ellas, las mugeres tienen el talle mas ventajoso y son mejor formadas que las de los paises donde se mira este suplemento ó correctivo como necesario á la obra de la naturaleza, y que piensan que los hombres pueden ser manejados como los materiales que el arte somete al cepillo y al escoplo. Los pocos buenos sucesos de esta práctica deberian ilustrarlos sobre la falsedad de las ideas en que se funda, inspirarles mas confianza en las operaciones sencillas de la naturaleza, y convencerlos de que estas son saludables y felices cuando no se contrarian, y que son imperfectas é irregulares cuando intentamos mezclar con ellas nuestros procedimientos y nuestros caprichos.

He aquí en general los medios por los que nos apresuramos á marchitar un temperamento que debe brillar solo algunos instantes, y como se arruinan las facultades naturales, queriendo extender demasiado su uso, ó queriendo las

elevar á una perfeccion quimérica. Es inútil cuanto se haga: nunca se escederán los límites que la naturaleza ha señalado á las cosas. El partido mas conveniente y mas seguro es conformarse con su curso siempre moderado, en lugar de que fatigandose y consumiendo la vida en conseguir algunos bienes imaginarios, se atraen mil males efectivos; y el deseo demasiado vivo de multiplicar los goces hace con mucha frecuencia que no se goce nada.

SEGUNDA PARTE.

DE LAS DIFERENCIAS PARTICULARES QUE DISTINGUEN A LOS DOS SEXOS.

CAPITULO PRIMERO.

De los órganos, y de los medios particulares por los que la Muger concurre á la generacion.

Hay (1) autores que han creido ver mucha semejanza entre las partes de la generacion de la muger y las del hombre. Dicen: que si fuera posible introducir interiormente los órganos que se presentan al esterior en el hom-

(1) Rodericus à Castro. Universa muliebr. Morb. Medicina, lib. I, cap. 11.

bre, y que se colocasen en el lugar que ocupan las partes mas ocultas de la muger; ó si por el contrario se sacaran á fuera los órganos que la muger emplea en la generacion para darles una posicion tan manifiesta como la que tienen los del primero, se veria entre unos y otros cierta analogía y cierta conformidad de estructura. Se puede asegurar que estos autores han sido seducidos por relaciones falsas ó poco profundizadas. Solo la diferencia de las funciones del hombre y de la muger, en la importante obra de la generacion, basta para desechar toda idea de semejanza entre los órganos con que cada uno coopera á ella; y se concibe naturalmente que las partes destinadas para recibir, no deben estar hechas como las partes cuya funcion es dar, prescindiendo de los efectos, que no siendo propios mas que de la muger, exigen en ella ú órganos particulares, ú órganos diferentes. Asi es que de cualquier modo que se miren, de cualquier manera que se coloquen las del hombre, jamas se encontrará en ellas

nada que pueda admitir, conservar, y en fin dar á luz un nuevo ser. Trastornense tambien el sitio y las funciones de los órganos de la muger, será mas difícil todavía percibir en estos ningun carácter que indique en ella un sexo activo y poderoso. El hombre y la muger son, pues, dos individuos, que unidos á la misma especie por los rasgos generales se diferencian no obstante por el sexo; que destinados á llenar juntos un mismo objeto, lo hacen con instrumentos diferentes, segun la diferente manera con que cada uno debe concurrir á él.

La matriz en la muger es el órgano cuyas afecciones y cuyos usos son mas conocidos. Está colocada en la parte inferior del vientre, entre la vejiga y el último intestino. En las muchachas que todavía no son casaderas, es pequeña, dura y aplastada, y su cavidad apénas contendrá una pequeña almendra; pero cuando al acercarse á la pubertad pone la naturaleza á este órgano en ejercicio, los humores que llegan á él y que lo penetran, varían su con-

sistencia, su volúmen y sus dimensiones, y se pone mas blando, mas redondo y mas grande. El comercio de ámbos sexos y sus consecuencias hacen sus relaciones todavía mas sensibles; pero el mayor grado de espansion que recibe es el que tiene en los últimos meses del embarazo.

Este órgano se parece bastante á una pera hueca: la parte puntiaguda que presenta, y que se llama el hocico de la matriz, está horadada por una abertura transversal, y se avanza ácia la vagina: por esta abertura y por este conducto viene el niño al mundo, como igualmente por ellas es por donde el amor ha estado á darle el ser. A la estremidad opuesta, que se llama el fondo de la matriz, se une la *placenta*, que es aquella especie de plasta casi toda formada de vasos, y por la que se comunica la madre con el feto y sus envolturas. Del fondo de la matriz salen dos conductos que por su figura se llaman *trompas de Falopio*, y cuyo uso todavía es muy problemático. Por su estre-

midad mas ancha, que por esto se ha llamado *pabellon*, se aproximan sin unirse á dos cuerpos ovalados y planos, que se encuentran poco distantes del fondo de la matriz. Estos cuerpos se han llamado *ovarios ó testículos*, segun el sistema dominante que les ha dado el nombre: ovarios, en la hipótesis de que el embrion se forme de un huevo; y testículos, cuando se supone efecto del concurso de los sémenes.

Todas estas partes, como igualmente todos los órganos destinados á ejecutar grandes movimientos, estan compuestas de diferentes órdenes de fibras. Las tienen tendinosas diversamente dispuestas, para que su accion pueda variar segun la necesidad.

Las partes que deben en la máquina humana adquirir un ascendiente tan singular como el que tienen los órganos de la generacion, cuya sensibilidad debe, por decirlo asi, dominar á la de todas las otras partes, y llegar á ser un centro poderoso de movimiento y de accion, deben estar provistas de una gran cantidad de

nervios; y esto sucede respecto á las partes de la generacion.

Las partes esternas presentan una multitud de variaciones, que son consecuencias de la organizacion de los órganos interiores y de los usos á que los ha destinado la naturaleza : las que se encuentran en un sexo, no las hay en el otro ; las partes esteriores del hombre tienen un carácter de utilidad manifiesto, en lugar que las de la muger no parecen mas que simples órganos de placer. Las que existen en ámbos sexos son enteramente diferentes, como los pechos que en el hombre apénas estan bosquejados ; y podria pasar muy bien sin este borron, pues que ningun uso hace de ellos. El volúmen y la forma que este órgano tiene en la muger, son evidentemente relativos á la obligacion natural que le ha impuesto la naturaleza de alimentar á sus hijos.

En estas diferencias, en las que la fria razon solo encuentra un objeto de utilidad y una simple conveniencia de instrumentos, residen,

no obstante, el lazo invencible de que se sirve la naturaleza para aproximar á los dos sexos, y aquel atractivo poderoso que los impele mutuamente á unirse. Nosotros somos escitados á la conservacion de nuestra especie por un sentimiento tan vivo, tan involuntario, como el que nos liga con la conservacion del individuo. Funciones tan interesantes no debian depender de las incertidumbres de una voluntad caprichosa; debíamos ser impelidos á ellas por un movimiento, cuya presencia hiciese callar todos los demas intereses. Cada individuo tiene en sí mismo los medios de conservarse, pero no los de reproducirse : para llenar este grande objeto, tiene necesidad del concurso de otro individuo que se le parezca por su especie, y que sea diferente por su sexo. De esta necesidad nace la dependencia recíproca de ámbos. Al momento que llegan á conocer sus verdaderas relaciones, ya no les es permitido mirarse á sangre fria; el uno no vé en el otro mas que un medio de felicidad y el comple-

mento de su ser : se arrojan el uno ácia el otro con una vivacidad proporcionada á la fuerza con que la naturaleza les habla en favor de la especie ; y para encadenarse mutuamente, el uno emplea la súplica, y el otro un tierno artificio. Tal es el encanto inconcebible anexo á la diferencia de los sexos, que si los deseos naturales hacen buscar esta diferencia como el término donde deben cesar, tambien ella reanima estos mismos deseos cuando estan apagados, les sirve de alimento, y todavía es un placer cuando el primero de todos se ha desvanecido. El desgraciado para quien un fatal cuchillo parece haber hecho inútil el otro sexo, vé todavía en él, sino la felicidad, por lo menos una imágen de la felicidad : anda temblando al rededor de este fantasma, y se arrima á él, y no puede alejarse, y goza por lo menos de sus tentativas en defecto de un verdadero gozo (1).

(1) Se nos podria decir, que en este caso no exis-

Por mas que querramos formarnos una ilusion sobre el orígen de las punzadas penetrantes que esperimenta un sexo en la presencia del otro, no se puede menos de conocer que ni es ni puede ser mas que la percepcion de una

---

tiendo la relacion instrumental, deberia tambien cesar su efecto; y que los eunucos, que sobreviven á su nulidad, deponen contra nuestro principio. Se responde á esto, que la impulsion primitiva que recibimos de la naturaleza no se aniquila jamas, y subsiste independientemente de los accidentes que nuestro cuerpo puede esperimentar. Un hombre que ha perdido una parte de un brazo, no cesa de referir á la parte de que está privado las sensaciones que recibe la que le queda. Se nos puede privar del uso de nuestros miembros; pero no se puede destruir la propension natural del principio que los hace obrar. Asi Orígenes, que se engañó como moralista, porque queriendo destruir la fuente de las pasiones, se quitó el mérito de vencerlas, no se engañó menos como físico, empleando un medio insuficiente. Se vé por esto cuanto peca tambien la hipótesis, que hace derivar la inclinacion al acto venéreo de las diversas impresiones del licor seminal, de su cantidad y de su acritud. Estas causas, que no pueden dejar de ser accesorias, son precisamente las que los mecánicos eligen siempre para hacer la base de sus esplicaciones. ¡Que discernimiento!

cierta conformidad de los medios con una necesidad urgente que satisfacer. El hombre vé en la muger, y la muger en el hombre, la única cosa en el mundo que puede cambiar sus inquietudes en placeres. No es maravilloso que un interes, tan vivo como tierno, los impela desde el principio el uno ácia el otro, y que conduciendolos por grados la pasion á prestarse mutuamente una importancia esclusiva, lleguen en fin á no ver mas que á sí mismos en toda la naturaleza. En este estado, que es el último período del amor, el hombre no es ya un mortal, es un Dios, y la muger una divinidad. La imaginacion impetuosa del primero acumula sobre todo en favor de la otra todas las perfecciones posibles; se estravía deliciosamente con las ideas quiméricas y misteriosas de lo bello para elevar al objeto de su delirio. Pero cuando despues de haber andado un camino inmenso en el pais de las abstracciones, llega en fin á la realidad, tal vez se vé admirado de encontrarse al lado del salvage mas

estúpido, ó del animal entregado á sus puras sensaciones.

La belleza, este móvil poderoso, cuyo nombre ningun mortal sensible pronuncia sin conmocion, no es pues á los ojos del filósofo, que puede un momento escaparse á sus prestigios (1) y contemplar con ojos serenos los trastornos y las tempestades que escita en el universo, mas que una simple relacion de los medios apropiados á un efectó natural; pero una relacion, que teniendo por objeto una necesidad imperiosa, debe á la pasion su principal fuerza, y á la imaginacion humana los rasgos seductores que la embellecen. Lo que prueba que la belleza no es un ser absoluto,

---

(1) Demasiado se sabe que la filosofía no pone siempre á cubierto de sus tiros. Dicen que Demócrito, tiranizado por la vista del bello sexo, y no pudiendo soportar mas la fuerte impresion que le causaba, tomó el partido de hacerse ciego. Desearíamos por el honor de las damas, y por otras razones, que el hecho fuese cierto. Esta víctima no desluciria su martirologio.

sino relativo, es que si uno de los términos que componen esta relacion llega á variar, deja de subsistir la hermosura. Si el hombre mas perdidamente enamorado cae enfermo, á medida que se aleja de su estado natural, vé disiparse la magia que lo hechizaba, perder su poder los actractivos encantadores que lo habian seducido, y descender al nivel de todas las demas á la muger que los poseia. Si todavía subsiste unido á ella, es por otro género de lazos, como los de la costumbre ó los de la amistad. No obstante ninguna mudanza ha sucedido en ella: él solo ha cambiado: la relacion sola que resultaba de su primera situacion se ha alterado: en fin ella no es ya hermosa á sus ojos, porque ya no tiene deseos. Pero la belleza volverá á recobrar sus derechos cuando estos mismos deseos, renaciendo con la salud, hagan esperimentar al hombre de nuevo la lisonjera ilusion que la enfermedad habia suspendido.

Nunca hay belleza sin el brillo de la salud:

cuando falta esta cualidad, todas las demas gracias hieren débilmente; porque un juicio pronto y rápido que nos sugiere el instinto, nos advierte que una muger cuyo individuo no presenta todos los caracteres de una perfecta salud, está en una disposicion poco favorable para el plan de la naturaleza, relativo al mantenimiento de la especie.

Como nunca son mas ventajosas las disposiciones para este objeto, que en los primeros años de la juventud y en el tiempo de la pubertad, ninguna muger hay que no agrade en esta época; y Lachausse ha dicho con razon que:

De quince años y fea,
Imposible es que sea.

Su belleza en esta edad consiste en ser muger: toda nuestra prevencion, todas nuestras ideas convencionales sobre lo bello no podrán impedir á la muger, aunque no tenga otro motivo, que brille entónces un momento; y si

es corto su reinado, es porque lo eclipsan los objetos de comparacion que toman todo su valor de las preocupaciones establecidas, cuando le falta esta ventaja natural y pasagera que la sostenia contra ellos.

Las cualidades que hacen la belleza de un sexo, afearian al otro. Aquel aire masculino y aquellos rasgos bien pronunciados de que el hombre toma su lustre, en la muger harian una impresion desagradable, porque equivocarian la verdadera relacion en que debe estar esta con aquel. Una delicadeza blanda y unos rasgos finos desagradarian en un hombre, porque se oponen al papel que se espera de su parte. Todo lo que tiene un aire de fuerza seduce naturalmente á las mugeres; lo que se conoce fácilmente por las cualidades y por el estado de las personas que determinan ordinariamente sus elecciones. Y nada tiene de maravilloso, que la debilidad busque un apoyo contra las necesidades que la acompanan, ó contra los peligros que el miedo la hace imaginar.

La belleza no varía solamente con relacion á los sexos; varía tambien segun los individuos de un mismo sexo. Las mismas cosas que son capaces de inflamar á unos, enfrian á otros. todos los dias se encuentran hombres que confesando que tal muger es hermosa, porque reune en sí todo lo que forma el género de belleza mas generalmente apetecido, se deciden no obstante en favor de otra cuyas facciones son menos regulares.

Esta diferencia de gustos procede de que cada uno tiene en sí mismo un modelo con el que compara los objetos que le afectan; y este modelo varía segun la disposicion que tenemos para mezclar mas ó menos de moral á lo físico del amor, ó segun las imágenes con que el deleite se ha ofrecido á nosotros por la primera vez. El impulso físico puede ser tan fuerte que nos separe de todas las conveniencias morales para ofrecernos solo los objetos materiales. En este caso tambien puede suceder que se sacrifique la elegancia de estos á otras relaciones mas

íntimamente unidas con la vivacidad de los deseos, ó con el sentimiento que se tiene de su poder. Al contrario, cuando la accion de estas últimas causas es mas moderada, se buscará en lo moral un suplemento á los placeres de la naturaleza; y las cualidades del alma, anunciadas asi siempre por los rasgos esteriores de la persona, por el modo de andar, por el semblante, por el sonido de la voz, harán una impresion tanto mas viva cuanto mayor analogía tengan con nuestro carácter.

Lo mismo sucede á las personas cuyo gusto han fijado el acaso ó circunstancias particulares. Descartes decia: que todas las mugeres vizcas le gustaban, porque era vizca la primera que habia amado. La mayor parte de nuestras inclinaciones no tienen otro orígen que las primeras impresiones agradables que hemos esperimentado: estas llegan á ser la regla con la que medimos todas las que recibimos en lo sucesivo; de manera que tan pronto como algun nuevo objeto viene á despertar estas

impresiones adormecidas, se arroja el alma ácia él con impetuosidad, como ácia el solo bien que le conviene. Sobre relaciones semejantes sin duda se fundan aquellas pasiones súbitas y violentas que produce algunas veces el primer aspecto de una muger. Muchos quieren encontrar un misterio en esto; pero nosotros nada encontramos en ello que no sea fácil de côncebir. Todos los dias se ven ejemplos de personas cuya alma se afecta fuertemente con relacion á algun objeto, ya en materia de amor, ya de repugnancias. En el primer caso, se penetra el alma profundamente de la idea de ciertas conveniencias que la han movido otras veces: conmovida igualmente la imaginacion, se ocupa al momento de ellas, las aumenta, las exagera, y hace en fin que el objeto en quien residen se considere como único en toda la naturaleza. La pasion lo presenta como la única fuente de la felicidad, y todos los hombres como otros tantos concurrentes que pueden robarsela: una sola mano

puede hacernos felices, y otras mil como ella pueden cautivarnos: creciendo asi el deseo con la incertidumbre de obtener, y atizando el miedo unido al orgullo el fuego del amor, dan á este último sentimiento aquella energía estraordinaria que manifiesta algunas veces. De este modo, en algunas especies de animales el furor con que los machos se arrojan al acto por el que se multiplican, es tanto mayor cuanto menor es el número relativo de las hembras, y cuanto mas córto es el intervalo de tiempo en que las hembras reciben á los machos.

Pero cualquiera que sea la forma que tome la pasion, y por mas actividad que le den ciertas circunstancias que no son generales, siempre tiene por objeto una relacion cuya base la forma la utilidad. Si se examina la mayor parte de los atributos que constituyen la belleza: si la razon analiza lo que el instinto juzga de una sola mirada, se encontrarán estos atributos unidos á ventajas reales para la espe-

cie. Una talla delicada, los movimientos flexibles, de donde nace siempre la gracia, la hermosura y el brillo, son cualidades que agradan porque anuncian el buen estado del individuo que las posee, y el mayor grado de aptitud para las funciones que debe llenar. Nada puede reemplazar estas cualidades: ellas dan valor á las que no tienen mas fundamento que la imaginacion y el capricho: en fin ellas solas son la belleza; todo lo demas es verosímilmente arbitrario.

En cuanto á los diversos géneros de belleza, que son el objeto del gusto de diferentes pueblos, no se puede dudar que estan fundados sobre el mismo principio. Si la naturaleza, dando á cada nacion una forma, un color y unos rasgos particulares, le ha designado un carácter de belleza particular, es absolutamente necesario que una piel negra y una nariz aplastada concurran tanto á la hermosura de un Negro, como una piel blanca y una nariz recta y bien sacada contribuyen á la be-

lleza de un Blanco. Y siempre que la conformacion del uno ó de la otra desfigure las relaciones naturales que caracterizan su especie, no podrá menos de nacer la idea de algun defecto en el alma de los que son competentes para juzgar de él. Puede ser tambien que las cosas, que en la belleza parece que dependen únicamente de la fantasía, provengan de esta causa; y que la impresion que hacen en nosotros no tenga en el fondo otra regla que el sentimiento de la utilidad física.

Si se someten á un examen profundo todos los demas objetos que nos representan la idea de la hermosura, se verá que siempre entra en este examen la idea de la utilidad: esta se mezcla siempre por una de aquellas operaciones rápidas de nuestra alma, que de muchas ideas parece que no forma mas que una sola. Todo el mundo conviene en que los objetos para ser hermosos deben ser grandes, es decir, tener toda la magnitud relativa que cabe en su especie; porque el mas pequeño objeto puede ser

hermoso comparado á sus semejantes. Una rosa es hermosa cuando tiene toda la magnitud y todo el brillo que puede tener una rosa: entónces la impresion que hace sobre nuestros sentidos es mas viva y mas agradable. Un caballo no es hermoso sino en cuanto su talla, la flexibilidad de sus piernas, una piel lustrosa, un cuello noble y elevado, y el fuego que sale de sus ojos y de sus narices manifiestan su vigor y su ligereza. El autor del artículo *Bello* de la Enciclopedia, se sirve del ejemplo de un hermoso caballo para combatir al autor del *Ensayo sobre el mérito y la virtud*, que refiere el principio de lo bello á la utilidad. Un hermoso caballo, dice, que pase por la calle, parece hermoso á todos los que lo ven, aunque no tengan ninguna esperanza de poseerlo jamas. Esta objecion es poco reflexiva: cuando admiramos la belleza de un objeto que ninguna relacion parece tener con nosotros, una ilusion momentánea nos pone en lugar del que está en estado de gozar de él. Este giro de

nuèstro entendimiento, ó mas bien de nuestra sensibilidad, se repite á cada instante de la vida; y verosímilmente de esta manera es como la naturaleza nos ha ligado á los seres que nos rodean, pues de otro modo seríamos indiferentes para todos. Asi cuando un campo nos parece hermoso por su estension, nos identificamos por un momento con el que recoge sus frutos. La belleza del universo nace del órden que percibimos en él, y sobre todo de las ventajas que de él resultan para los seres sensibles que encierra, en el número de los cuales nos colocamos.

Tanto en las producciones del arte como en las de la naturaleza, la belleza consiste en las ideas de la magnitud y de la relacion exacta de la ejecucion con un designio útil, que aquellas producen en nuestra alma. La idea de la màgnitud escita comunmente la del poder. ¡ Ah ! ¿ y quien no sabe por que esta última tiene tantos atractivos para los hombres ? ¿ Se querria ser poderoso sin el provecho que re-

sulta de serlo? La magnitud y la pequeñez serian maneras de existir enteramente indiferentes sin las ventajas inseparables de la una, y los inconvenientes que acompañan siempre á la otra.

Las proporciones de un hermoso edificio nos lisonjean, porque llenan con rectitud un fin propuesto, y porque concurren á la magnitud y á la solidez de la obra todavía mas que á su gracia. Los capiteles corintios mas delicados y mas finos nos harian poca impresion sobre columnas cuyas dimensiones no nos asegurasen acerca del peso de las masas que tienen que sostener. Los adornos no producen un buen efecto, sino cuando se encuentran reunidos á cualidades mas esenciales; se desdeñan los goces frívolos, cuando no hay los que son indispensables: un techo pintado por las manos de Miguel Angel no haria las delicias de un hombre que temiera á cada instante verlo caer sobre su cabeza. Por iguales impresiones, aunque menos desenvueltas, es como juzgamos ordinariamente de los objetos, aun sin que nuestra

alma parezca percibirlo. La arquitectura gótica nos choca, porque los adornos de que está sobrecargada, juntos á un defecto sensible de proporcion en los medios, prueban todavía menos el mal gusto del artista que la fragilidad del edificio; porque ocupando el capricho el lugar de las reglas, ofrece á la vista distraida una infinidad de objetos sin designio, y porque las figuras multiplicadas que se encuentran en ella, en lugar de representarnos á la naturaleza, solo parecen propias para desfigurarla, y hacen por consiguiente sufrir á nuestra imaginacion.

Pero se dirá, que si todo consiste en la magnitud y en la solidez, nada es mas fácil que procurarse estas ventajas: esto seria una idea falsa. Estas ventajas dependen de una cierta proporcion en los medios empleados para obtenerlas: si se prodigan estos medios, dañan al objeto que se propone, é impiden el uso que se quiere hacer de ellos. Esta relacion precisa de los medios con un fin útil y grande,

es por consiguiente la que hace á una cosa bella; y esto es lo que nuestros sentidos perciben de repente, cuando son heridos por algun objeto en el que se encuentra esta feliz relacion.

Por lo que respecta á las otras artes de imitacion, y á las obras del talento, á las que se concede el título de bellas, su objeto es procurarnos nuevas sensaciones, añadir seres posibles á los seres existentes, y crear por decirlo asi un nuevo mundo para nosotros; ó bien lisonjear las pasiones que mas amamos, prestandolas colores capaces de hacerlas mas seductoras todavía que lo que son. ¡Que podrá pues interesarnos mas vivamente que estas artes ó sus producciones! Ademas de esto, en el juicio que hacemos de ellas, nada es mas fácil que confundir nuestra admiracion por el artista con el placer real que nos produce su obra, y dar el nombre de hermoso á lo que muy frecuentemente no tiene otro mérito que el de una dificultad vencida. La moda, la aficion y las pretensiones contribuyen tanto á

hacer incierta y arbitraria la idea de lo bello, como á oscurecer las reglas que nos enseñan á descubrirlo. Tambien aumentan la dificultad de reducir á un principio general todo lo que tiene relacion con la hermosura, las falsas aplicaciones que se hacen continuamente de estos términos: cada uno da indistintamente esta calificacion á los objetos mas simples y mas comunes, segun la importancia con que los mira. Un botánico se entusiasma de muy buena fé á la vista de una planta ruin que pisan las personas que no entienden su finura. Un artesano da el nombre de hermosas á las producciones que salen de sus manos, por mas groseras y por mas viles que sean. Mas de estas diferentes maneras de aplicar esta palabra, resulta que la belleza no está fundada sino sobre ideas relativas, entre las cuales la de la utilidad ocupa el principal lugar: de manera que nada es bello si no es bueno, sino para nosotros por lo menos para otros, con los que nos identificamos por el pensamiento.

Pero todo lo que es bueno no es hermoso; parece que este nombre se da solo á los objetos cuyas relaciones se perciben fácilmente. Sin duda por esta razon nunca se han llamado hermosos los que son del resorte del gusto y del olfato; las cualidades que los hacen agradables á estos dos sentidos, estan fundadas sobre proporciones que se nos escapan. Asi es que la idea de las proporciones entra necesariamente en la de la belleza. Toda proporcion supone muchos términos correlativos, de la disposicion de los cuales es el resultado. Esta disposicion puede variar á lo infinito: las partes que constituyen cada ser difieren en cada especie por su colocacion, su masa, sus estructuras, sus conexiones; y estas diferentes relaciones no son por consiguiente en sí mismas ni hermosas, ni feas, pues que no podrian tener un modelo comun: ellas no llegan á ser tales, sino á los ojos del que está en estado de juzgar si llenan el fin para que parecen establecidas, ó si convienen para los usos que se

pueden hacer de ellas. La belleza de los objetos es pues una manera de ser, que se refiere á nuestros placeres, á nuestras necesidades, á nuestra organizacion, ó al interes ilusorio y momentáneo que nos une á estos objetos.

En fin la belleza moral nos ofrece á la virtud en todo su esplendor, al lado de las ventajas que resultan de ella para la sociedad á quien da honor: el sacrificio continuo del interes particular por el bien general es el orígen de aquellos transportes sublimes que la virtud escita siempre en las almas honradas, y en las que la admiracion se confunde con el reconocimiento.

Se ha visto en la corta digresion que acabamos de hacer sobre los diferentes géneros de belleza, que no hay bello absoluto esencial: que esto á lo sumo es una abstraccion do nuestro entendimiento, y que la belleza de cada objeto depende de ciertas conveniencias que percibimos en él. Las que caracterizan la del sexo no son equívocas segun lo que hemos

dicho. Pero es necesario observar que las conveniencias generales no nos afectan en la muger, sino porque nos aseguran otras particulares : estas son el centro al que vienen á parar todas las demas; y el grande objeto de la generacion, al que la naturaleza ha unido tan estrechamente nuestra existencia, hace que todo lo que tiene alguna relacion con él deba movernos poderosamente.

De cualquiera manera que la naturaleza hubiera provisto á la conservacion de la especie, es indudable que siempre hubiera encontrado el secreto de interesarnos en ella ; pero parece que el atractivo que nace de la variedad de los medios que los sexos emplean, presta mucha fuerza al que se deriva de su conveniencia. Un hombre tendria tal vez menos inclinacion á una muger, si se le pareciese mucho; de manera que la curiosidad entra por alguna cosa en el gusto natural que tienen el uno por el otro. No obstante, la diferencia que da orígen á esta curiosidad debe tener límites : si fuera estre-

mada y se estendiera hasta borrar el carácter comun que los hace semejantes en ciertos respectos, perjudicaria al objeto mismo para que se ha establecido, porque destruiria el interes que une á los individuos de una misma especie. Esto es sin duda lo que hace que las diferentes especies, irrevocablemente encerradas en su esfera, no emprendan las unas sobre las otras: difieren demasiado entre sí para buscarse. Si el encanto de la variedad es uno de los medios destinados para cimentar la union de los dos sexos, el abuso de los placeres anejos á esta union, destruyendo el efecto de esta variedad, conduce algunas veces al hombre y á la muger á una uniformidad criminal, á aquel gusto vergonzoso que los degrada, engañando la naturaleza, que hace que cada uno de ellos busque en su propio sexo placeres sin objeto, y que para ser legítimos debian estar repartidos entre los dos.

A las conveniencias físicas que ha puesto la naturaleza en la muger para escitar al hombre

á aproximarse á ella, ha unido dos cualidades morales, que aunque opuestas por sus efectos contribuyen igualmente para hacer valer á las primeras: estas cualidades son el *pudor* y la *coquetería*, que son como dos resortes que obran en sentido contrario. El uno hace nacer los deseos que la otra rechaza para aumentar su actividad, á manera que algunas gotas de agua redoblan la de la llama: la una por atractivos artificiosos empeña el combate, que el otro procura hacer durar para que la victoria sea mas dulce, y la derrota mas honorífica. La coquetería hace buscar lo que rehusa el pudor; y el infalible efectó de estos dos medios combinados de esta manera es el de aumentar el precio del objeto que se defiende, al mismo tiempo que el ardor del que lo persigue. Tambien es verosímil que los deseos contenidos algun tiempo por los obstáculos que les opone el pudor, se hacen mas propios para producir su efecto, y que una cierta demora contribuye á dar el grado conveniente de preparacion y

de madurez á los materiales que debe emplear la naturaleza en la produccion de un nuevo ser. Por esto, con razon ha dicho M. Montesquieu (1), que abandonarse á una vida disoluta, que siempre ha sido funesto á la poblacion, no es seguir las leyes de la naturaleza, sino violarlas; y por lo mismo queria Licurgo que los hombres no se juntasen con las mugeres, sino á hurtadillas.

El pudor en un ser inteligente como el hombre no produce solamente el efecto de una resistencia física, tambien hace nacer en él la idea de una virtud; y la estimacion que la acompaña es entónces un nuevo lazo que viene á reforzar á los demas. Es cierto que el disimulo se encuentra en las mugeres al lado de esta virtud; pero los que declaman contra el carácter disimulado de las mugeres no saben lo que quieren, porque querer que las mugeres no sean disimuladas, es exigir una cosa impo-

(1) Espíritu de las leyes, lib. 16, cap. 12

sible y al mismo tiempo peligrosa: ¡tan cierto es que nuestros vicios frecuentemente no son mas que virtudes estremadas!

Este rubor amable en la muger tal vez tiene su orígen en una cierta desconfianza de su propio mérito, y en el temor de encontrarse inferior á los mismos deseos de que ella es el objeto, y que ella misma intenta escitar (1).

---

(1) Todos saben que este sentimiento es mas difícil de vencer en las mugeres, cuando estas tienen alguna imperfeccion que ocultar. El famoso Raimundo Lulio, de la ilustre familia de los Lulios de Barcelona, filósofo, teólogo, médico, alquimista y monge (*se dice*), amaba perdidamente á una española, llamada Leonor, que unia todos los encantos de un talento delicado y vivo á todas las gracias de una figura interesante y noble. El era amado, y lo sabia: una tan tierna correspondencia le prometia una próxima felicidad; pero aunque al parecer la iba á alcanzar, era con todo incesantemente desviado de ella. El prodigaba todos los recursos de un amante en la desesperacion para rendir á Leonor: todo fué inútil. Advirtiendo que el combate entre su amor y el pudor de su querida duraba mas tiempo que lo que naturalmente debia durar, emprendió profundizar un misterio que le parecia enteramente singular: despues de muchas averigua-

Cualquiera que sea la naturaleza de este sentimiento, él se parece á la modestia cuando resiste, y á la complacencia cuando cede.

La *coquetería*, otro sentimiento natural, pero opuesto al pudor, es *un deseo vago de agradar, y de cautivar la atencion de todos los hombres sin fijarse en ninguno*. Este sentimiento es tan inherente al bello sexo, que nada lo puede borrar: lo que ha hecho decir á M. el Duque de la Rochefoucault, que *las mugeres menos pueden vencer su coquetería que su pasion*.

La coquetería parece inseparable de aquel

---

ciones, de muchas tentativas, y de muchos ardides amorosos, supo que la encantadora Leonor tenia un cancer en el pecho. Entónces el amante generoso olvida su propia felicidad para ocuparse solamente de la salud de su querida; busca por todas partes el remedio que le conviene: oye decir que en Africa un árabe tiene secretos admirables, y vuela allá. La historia nos dice que aprendió allí muchas cosas, que encontró tambien la piedra filosofal: pero el específico del cancer, que necesitaba, es lo que ni encontró ni se ha encontrado todavía.

carácter movible que da á la muger la estrema sensibilidad de sus órganos, como el pudor procede sin duda de la timidez que es el efecto de su debilidad. La perfeccion de la muger exige que esta sea precisamente como pinta Virgilio á Galatea, coqueta y tímida (1), y que estos dos sentimientos se equilibren y se contengan mutuamente en ciertos límites: cuando el uno adquiere demasiada energía, se debilita el otro en la misma proporcion. Irritada continuamente la coquetería por las sugestiones peligrosas de la vanidad cuyo carácter toma tarde ó temprano, ínterin que el pudor se alimenta solo de privaciones penosas, debe á la larga caer sobre este, y al fin usurparle sus derechos. Esta depravacion es y debe ser mas frecuente en donde las ocasiones multiplicadas, la rivalidad, el ejemplo y las tentaciones del amor propio despiertan continuamente á la

(1) *Malo me Galatea petit lasciva puella :*
Et fugit ad salices, et se cupit ante videri.

coquetería, y la escitan á sacudir una sujecion importuna por medio del sacrificio del pudor. En estos lugares, donde el amor no sirve casi mas que de velo al interes y al orgullo, será estremada la coquetería, y ninguno el pudor.

Pero suponiendo que todo esté en órden, y que la coquetería, lejos de separarse de la institucion de la naturaleza, se limite al contrario á llenar sus miras, entónces contribuirá mucho á la dulzura y al agrado de la vida, sobre todo en los paises donde las mugeres viven con los hombres, y no estan separadas de ellos por las murallas que los celos orientales ponen entre ámbos. Teniendo libertad en estos paises para dar curso á su gusto natural por todo lo que puede aumentar sus atractivos, cultivarán con fruto las artes agradables, sin intentar abusar de ellas: se adiestrarán en sacar del tocador recursos, tal vez mucho mas necesarios que frívolos (1): se aplicarán á adquirir

(1) Es indudable que el gusto moderado de ador-

gracias, que, por encontrarse algunas veces unidas á los vicios, no son incompatibles con la prudencia, y difundirán una emulacion general por agradar, que dará necesariamente á la sociedad un aspecto mas risueño y mas animado. Si las gracias del cuerpo atraen, las del alma fijan y encadenan: las mugeres pues

---

narse añade algo á los demas medios de agradar. Residiendo la hermosura en los objetos materiales y en una forma determinada, debe haber un arte independiente de la opinion y de la moda para presentar estos objetos con ventajas, empleando adornos estraños que los hagan resaltar, como ciertas figuras sirven en un cuadro para dar realce á las demas. Sobre todo tambien hay un principio físico de gracia en la distribucion de los colores; ademas de que se aumenta su hermosura por oposiciones bien distribuidas, producen en el órgano de la vista una conmocion agradable, que nos dispone favorablemente ácia la persona que adornan. He aquí por que hay gentes aficionadas esclusivamente á ciertos colores mas análogos á su organizacion que los demas. El oro, la plata y los diamantes no producen tambien este feliz efecto, y parecen mas á propósito para ostentar la opulencia, que para realzar los encantos de la muger que los usa.

tendrán tambien en estos lugares mas ejercitado el entendimiento: la necesidad de provocar y de repeler los ataques continuos de los hombres, y de tomar por consecuencia todas las maneras y todos los tonos segun las circunstancias, lo hará en ellas mas sutil, mas penetrante, mas estenso, y por la misma razon mas agradable. Como entre los seres sociables la felicidad que un sexo espera del otro depende de ciertas cualidades morales que aseguran su duracion, harán las mugeres sus esfuerzos por adquirirlas, é impondrán á los hombres con su ejemplo la obligacion de tenerlas: de manera que trabajando los unos y las otras en hacerse felices, se verán obligados á hacerse mejores. En fin, como la virtud que honra mas á las mugeres, porque parece mas propia para calmar las inquietudes de los hombres, es un medio de los mas poderosos para agradar, podria muy bien suceder que sean algunas veces virtuosas por coquetería.

Estos son los medios de que se ha servido

la naturaleza para sus planes: estas son las medidas que ha juzgado á propósito tomar para llegar á sus fines. Este sistema no está en ejercicio hasta que la muger toca á la edad de la pubertad. Entónces se manifiesta en ella una nueva funcion que no aumenta sus gracias, pero que las sostiene; y si las eclipsa un momento, es para despues hacerlas brillar mejor, como frecuentemente una tormenta hace al aire mas puro y mas sereno.

CAPITULO II.

Del flujo periódico mensual que sufre el bello sexo.

En la constitucion actual de la especie humana está sujeta la muger á un flujo de sangre que repite exactamente todos los meses (1), y cuyos retornos periódicos desde la pubertad, es decir, desde la edad de catorce á quince años hasta la de cuarenta y cinco á cincuenta, son una funcion característica y necesaria al sexo, y á la que todas las demas funciones parecen subordinadas. Durante este intervalo de la vida, este flujo es en la muger la senal, y por decirlo asi, la medida de su salud. Sin él no hay hermosura, y si la habia, se marchita

(1) Escepto durante el embarazo.

y se pierde: se altera el órden de los movimientos vitales; el alma cae en la languidez, y el cuerpo en la estenuacion.

Aunque este flujo se presenta generalmente todos los meses, pues que de esta regularidad ha tomado el nombre de reglas, no obstante hay casos, aunque bastante raros, que derogan este órden general.

Hay mugeres que menstruan dos veces al mes, y en otras este flujo sigue en sus retornos un período diferente del mensual, sin que de esto les resulte ninguna incomodidad.

En otras tambien coinciden las reglas con las fases de la luna; y este hecho ha servido de fundamento á la opinion popular que admite la influencia de este astro sobre el flujo periódico de las mugeres. Puede ser que la supersticion se haya aprovechado de lo maravilloso que presentaba esta idea, sin examinar, segun su costumbre, lo que podia tener de verdadero. Pero algunos autores que se precian de muy filósofos, desechando enteramente esta idea,

¿son tan sabios como querian dar á entender por esta decision magistral? Ciertamente no los justifica la dificultad de percibirse las relaciones entre las revoluciones de la luna y las de la economía animal. Ademas de que en general nunca puede ser una razon legítima negar un hecho por no poder esplicarlo, no seria imposible, en el caso particular de que se trata, demostrar por inducciones sacadas de la física, que la luna puede estender sobre el cuerpo humano la accion que tiene sobre muchos cuerpos sublunares. Todo el mundo conoce la obra de *Mead*, en la que este autor inglés prueba bastante bien esta verdad. No hay mas que consultar á las personas atacadas de las enfermedades crónicas, y se encontrarán muchas que confiesen esperimentar mudanzas considerables bajo ciertos aspectos de la luna. *Floyer*, á quien debemos un tratado del asma, que no es otra cosa que la espresion de lo que él mismo ha sentido (porque padecia esta enfermedad), dice que sus accesos es-

taban tan subordinados á los movimientos de este astro, como las mareas del Océano.

Defendiendo esta opinion, estamos distantes de considerar á la luna como el principio eficiente del flujo menstrual; solo sí la miramos en las mugeres que estan sometidas á su curso, como una causa ocasional que por las modificaciones que produce regular y periódicamente en la atmósfera, y que de esta se transmiten á sus órganos, despierta en ellas á la naturaleza, hace volver una época en que ha sido consolada, y la determina á hacer esfuerzos semejantes para satisfacer la misma necesidad de la misma manera que otras causas la determinan en las mugeres que menstruan de diferente modo. En estas últimas no son menos reales estas causas por ser insensibles. Hay una infinidad de objetos que se escapan á nuestro entendimiento, y que hieren fuertemente al instinto. ¡Cuantas impresiones sordas, cuantas reminiscencias confusas modifican y mudan sin nuestro conocimiento el estado natural de nues-

tra máquina! Este es el principio de aquellos retornos fijos y de aquellos accesos periódicos que se ven en un gran número de enfermedades, y que los médicos, que no admiten mas que esplicaciones físicas, han intentado vanamente sujetar á sus sistemas. Este fenómeno es uno de los que sirven de base á la teoría sencilla y luminosa de Stahl, la que únicamente puede esplicar de una manera satisfactoria una infinidad de hechos relativos á la economía animal, y que sin ella hubieran sido siempre incomprensibles para todo talento libre del juicio de la prevencion. Por otra parte, el flujo menstrual, segun este autor, es una especie de crísis, y las crísis siguen una marcha septenaria. El mes lunar está compuesto de cuatro semanas; no es pues maravilloso que en algunas mugeres correspondan las reglas á las revoluciones de la luna.

La evacuacion menstrual dura comunmente desde tres hasta seis ó siete dias, y la cantidad de sangre evacuada se estiende desde ocho

hasta diez y seis ó diez y ocho onzas. Esta evacuacion se aproxima mas ó menos al estado de enfermedad, segun que se desvía mas ó menos de estos límites naturales, á no ser que los estravíos que pueda sufrir esten fundados en la constitucion particular del sugeto, ó en alguna otra circunstancia que los escuse.

¿ Es la sangre de las reglas de la misma naturaleza que la de la masa general de que se deriva? ¿ ó es menester creer lo que Aristóteles, Graaf, Verheyen, y una infinidad de autores han dicho de las cualidades maléficas de la sangre menstrual? Como los hombres no pueden ser indiferentes sobre lo que pueda interesar á las mugeres, las opiniones relativas á la constitucion de este sexo han debido tambien ser estremadas. Hemos dicho ya que se las ha mirado algunas veces como el órgano mas digno de la divinidad, y por una de aquellas contradicciones bastante compatibles con el carácter del espíritu humano, se las ha representado otras veces como animales peligro-

sos y pérfidos. Plinio (1) dice que hay en la Escitia mugeres cuya vista solamente es capaz de matar á los hombres cuando estan coléricas. El mismo espíritu que habia dado curso á semejantes opiniones, produce sin duda la que ha hecho creer que la sangre menstrual de las mugeres era venenosa. Parece que los hombres, mas libres en esta crísis pasagera, en que los encantos de la muger estan oscurecidos por una ligera nube, han querido aprovecharse del interregno que les dejaba, para sublevarse y ultrajar lo mismo que se ven obligados á adorar en otros tiempos.

Para no dar en ningun estremo, nos inclinamos á creer que la sangre menstrual puede recibir nuevas combinaciones en el órgano que la derrama, como las recibe en todos los demas (2), y que las cualidades que adquiere

(1) Lib. 7, c. 2.

(2) La idea de los fermentos, introducida por Paracelso, no es tan ridicula y tan absurda como algu-

allí, pueden exaltarse algunas veces por circunstancias particulares, ó en sugetos de una constitucion estraordinaria, á términos de hacerla susceptible de los efectos maravillosos que se le han atribuido; pero nada de esto se verifica en el estado natural de las cosas.

Los vasos de la matriz, y algunas veces los de la vagina, parece que son las fuentes inmediatas de la sangre menstrual. Las cualidades sensibles de esta sangre hacen presumir que las venas son las que la suministran, pero las razones de los autores sobre esta materia hacen

---

nos médicos modernos quieren persuadirnos. Tal vez tiene un fundamento mas real, que la del pretendido mecanismo que se le queria substituir. Un hecho que no se puede poner en duda, y del mayor peso en favor de la primera opinion, es que cada órgano del cuerpo tiene una mistion y cualidades particulares, tan sensible al gusto y al olfato como á la vista. ¿Que tendria pues de maravilloso que en virtud de esta mistion y de estas cualidades cada órgano alterase ó mudase las de los humores que llegan á él, como una levadura comunica las suyas á las materias que se le añaden?

tambien ver que no hay de esto una prueba demostrativa. M.r Astruc ha fundado una hipótesis de la menstruacion, suponiendo la existencia de unos vasos particulares para ejecutarla, ó unos apéndices de los de la matriz. La existencia de estos apéndices está desmentida, y es probable que no son mas que las señales que quedan despues del parto de los puntos que unian la placenta á la matriz; porque no se encuentran mas que en las mugeres recien paridas, ó en las preñadas. Mas no obstante, este autor cree este órden de vasos tan necesario para la menstruacion, que le parece no puede verificarse sin ellos, porque dice que si se hiciese de otro modo, no podia ser sino por la rotura de los vasos pequeños de la matriz, rotura segun él siempre temible, y siempre espuesta á las mas funestas consecuencias. Parece que no ha considerado que hay otros órganos sujetos á hemorragias, tambien periódicas, que no son seguidas de ningun accidente incómodo. Segun su principio, seria tambien

necesario suponer en estos órganos el mismo aparato de vasos que ha establecido en la matriz; suposicion que hasta el dia ninguna observacion anatómica ha autorizado. Este autor hace como muchos filósofos, que reducen la naturaleza á esta alternativa, ó á hacer mal lo que hace, ó á seguir las ideas de que estan preocupados. Pero nosotros esperimentamos continuamente que en la mayor parte de sus operaciones emplea medios en que jamas hemos pensado, y todos los dias nos ofrece hechos que derogan las disposiciones frívolas á que creemos que debe prestarse.

Si yo hubiera de elegir entre los sistemas en que se propone desenvolver el mecanismo de las secreciones en general, y el de la menstruacion en particular, me fijaria en el que supone entre las estremidades arteriales y las últimas ramificaciones de las venas un espacio donde la sangre, esenta de la opresion de los vasos que la han conducido, no tiene mas barreras que la accion tónica del tejido celular:

de manera que puede la naturaleza, segun sus miras y sus necesidades, dejar escapar la sangre, de que se encuentra sobrecargada, al traves de las celdillas de aquel tejido, cuyos movimientos siempre dirige á su agrado. M.r de Bordeu (1) ha hecho ver que de todos los órganos que componen la máquina humana, este es susceptible de mayor número de modificaciones. Se puede pues creer que en el tiempo de las reglas dispone la naturaleza la porcion de este tejido, que entra en la estructura de la matriz de la manera mas conveniente para la escrecion que prepara; y lo mismo hace con respecto á todas las demas escreciones.

En cuanto á la rotura de los vasos pequeños que se cree temible, la esperiencia diaria nos enseña cuan mal fundado es este miedo, y que solo es temible la ligadura ó la rotura de los grandes vasos. No sucede lo mismo con los

(1) Indagaciones sobre el tejido mucoso

primeros : casi estinguida la accion del corazon, cuando llega á las últimas ramificaciones de las arterias, está bastante contrabalanceada por el resorte y la resistencia activa de esos pequeños vasos, para asegurarnos sobre las consecuencias de su ruptura.

M.r Astruc, así como otros muchos médicos, piensa que el flujo menstrual no es mas que lo superfluo de la linfa destinada al acrecentamiento ántes de la pubertad, y á la nutricion despues de la pubertad. La linfa, ó las moléculas orgánicas se acumulan, dicen ellos, durante el espacio de un mes en los vasos vermiculares de la matriz (1); cuando estos vasos estan enteramente llenos, comprimen necesariamente las venas de este órgano. Detenida la sangre en su curso por esta compresion, se vé forzada, segun M. Astruc, á arrojarse sobre las producciones que salen lateralmente de los

(1) M. Astruc, Enfermedades de las mugeres, t. I. cap. 2.

troncos venosos, y que se abren en la cavidad de la matriz. Estas producciones son los apéndices de que se ha hablado ya, y cuya existencia es todavía problemática.

Los que hacen depender un efecto tan constante como la menstruacion, de una causa tan precaria y tan incierta como la plétora local y graduada, parece que no han examinado las relaciones que presenta esta funcion: todas las circunstancias que la acompañan desmienten evidentemente el principio mecánico á que se la quiere sujetar. Todo anuncia en los órganos que la ejecutan una accion momentánea, muy diferente de los fenómenos que se seguirian al acumulamiento sucesivo de la linfa lacticinosa. Este acumulamiento del jugo nutritivo en la matriz supone que todas las demas partes sobreabundan en él; pero todos los dias se ven mugeres estenuadas, que no dejan de menstruar, y aun con demasía. Hemos dicho ya que en muchas jóvenes la evacuacion menstrual se adelanta al entero desarrollo del

cuerpo. En cuanto á la tension, el dolor y la hinchazon súbita, que preceden algunas veces á la menstruacion, nada cuadra menos que estos síntomas con una causa tan lenta como la plenitud graduada de la matriz. Estos síntomas y los males de cabeza, y la opresion del pecho, que se presentan algunas veces, no indican una plétora, ó una superabundancia universal de humores en los sugetos que los padecen; pues que algunas personas, que no pueden considerarse pletóricas, no estan esentas de ellos: son pues el efecto de los diversos movimientos espasmódicos que concurren á la determinacion de las reglas.

Por otra parte, la cantidad de sangre que se evacua en el flujo menstrual, escede con mucho á la que puede contener la matriz. Es absolutamente necesario juntar á la causa mecánica á que se ha recurrido, alguna otra causa auxiliar que determine un torrente de sangre ácia las partes por donde se hace esta evacuacion. Ahora bien, si se tiene necesidad de

recurrir á una causa activa cuyos efectos sean mas rápidos y mas constantes, es por lo menos inútil la causa mecánica cuyos efectos son tan lentos y tan inciertos; y si á esta cualidad junta el defecto de no convenir en nada con los síntomas que caracterizan la menstruacion, debe desecharse como falsa.

La opinion mas verosímil sobre esta funcion, es la que la hace depender de una accion particular del órgano destinado á ejecutarla, favorecida algunas veces por el esfuerzo simpático de los demas órganos; esfuerzo que produce la dificultad de la respiracion, los males de cabeza y otros diferentes síntomas, segun la distinta direccion de los movimientos espasmódicos. Esta es la idea de M. de Bordeu, que se encuentra desenvuelta en una de sus obras (1), que es sin contradiccion de todos los libros de fisiología que conocemos, el que á nuestro parecer ofrece las nociones mas

(1) Indagacion sobre las glándulas

exactas sobre algunos puntos de los mas interesantes del sistema animal, como las secreciones y las escreciones.

Se cree comunmente que la naturaleza en el flujo menstrual no tiene mas objeto que la fecundidad. Como en efecto no se presenta este flujo sino cuando está la muger en estado de parir, y por lo comun queda estéril cuando cesa esta evacuacion, se ha debido naturalmente pensar que la sangre mensual suministraba el nutrimento del feto, y por consiguiente se han debido mirar las reglas como una de las condiciones esenciales para la fecundidad de las mugeres. No obstante se deberia haber observado que la ley, que somete al sexo á esta evacuacion, no es general segun la relacion de los viageros (1), pues es desconocida en muchas naciones salvages. Las hembras de los animales, que se multiplican por la misma via que el hombre,

(1) En el Brasil no estan sujetas las mugeres á la evacuacion periódica del sexo.

no la sufren, á menos que no se dé el nombre de reglas (lo que seria abusar escesivamente de los términos) á aquel humor cristalino y á veces rojizo, que destila de las partes irritadas de estos animales durante el corto intervalo de su calor. La evacuacion menstrual tarda mas, y es menos abundante en las mugeres del campo, sin duda porque participan menos de los vicios de las grandes sociedades. En fin se encuentran mugeres fecundas que jamas han tenido meses.

Todos estos hechos nos inducen fuertemente á conjeturar que ha debido existir un tiempo en el que las mugeres no se han sujetado á este tributo incómodo; que el flujo menstrual, lejos de ser una institucion de la naturaleza, es al contrario una necesidad facticia contraida en el estado social. Los hombres reunidos han procurado siempre estrechar los lazos de la cordialidad en los festines. El regocijo es mas vivo, y los desahogos mas tiernos en aquellos momentos en que se reanima la máquina con

un nuevo alimento, y entónces agradan mas las gentes, porque cada uno está mas contento de sí mismo: la falta de los cuidados deja entónces á la naturaleza en la libertad de gozar de todos sus derechos, y aun de abusar de ellos; porque sucede frecuentemente, que no distinguiendose ya la sensacion de los manjares de la impresion de la alegría, esta suple por aquella, y se sobrecarga de alimentos mucho tiempo despues de haberse satisfecho la necesidad. Estas comidas, ideadas al principio por la amistad y por la necesidad de verse y de estar reunidos, las ha reiterado despues la intemperancia para satisfacer la sensualidad. Los sencillos y naturales sabores de los alimentos, que bastan para los que no tienen que contentar mas que su apetito, nunca podrán convenir á las gentes que quieren comer sin él. Fué pues absolutamente necesario recurrir á los pérfidos refinamientos del arte para despertar un paladar difícil y desdeñoso, y para hacer agradable á la boca lo que el estómago rehu-

saria sin este incentivo engañador. Poco á poco se formó una costumbre general, que obligó á los hombres á tomar mucho mas alimento que el necesario para reparar las pérdidas diarias del cuerpo. Este debió encontrarse oprimido por una superabundancia escesiva de jugos nutricios cuyos inconvenientes debiéron aumentar la ociosidad y la falta de ejercicio. Atenta la naturaleza á mantener aquella justa compensacion de pérdida y de ganancia que sostiene la vida, trató de desembarazarse de un superfluo peligroso por evacuaciones convenientes. Los efectos de esta disposicion fuéron comunes á los dos sexos. Asi los hombres como las mugeres, en general, se encontráron en un estado de plétora habitual, que en los unos y en las otras necesita de flujos diferentes á la verdad por su forma, pero que fuesen los mismos por su principio.

En los hombres ha suplido la naturaleza á las reglas por hemorragias agudas que se hacen por diferentes órganos segun las diversas eda-

des (1). Cuando no vienen estas hemorragias en los sugetos que las necesitan, resulta de esta falta una larga serie de males, ó una disposicion mas ó menos próxima á ciertas enfermedades, como las diversas afecciones de pecho, el reumatismo, la hipocondría, el cálculo, la gota, el asma, la apoplegía, etc. Es casi imposible eludir esta alternativa peligrosa, á no ser con un régimen de vida propio para prevenir ó destruir la causa de que depende.

Las mugeres por su manera de vivir sedentaria é inactiva son menos capaces de eximirse de esto: la naturaleza de sus ocupaciones favorece la superabundancia de humores que les es comun con los hombres, en lugar de disminuirla; pero tambien ellas tienen un colador mas cómodo para descartarse de los humores superabundantes, y por consiguiente dañosos. Los animales que no se han eximido del imperio de la naturaleza, y que todavía siguen

---

(1) Stahl, Dissert. de morbis ætatum.

al instinto por guia, no tienen necesidad de este recurso (1): ellos no estan sujetos como el hombre á las hemorragias, ni por consiguiente á las enfermedades á que estas sirven de fundamento. Estas hemorragias han llegado á ser una funcion necesaria, que está íntimamente unida con la constitucion de la especie humana: de manera que en el estado actual de las cosas una muger nace con la disposicion á tener reglas á una cierta edad, como nace con la disposicion de pasar las viruelas; porque una nueva necesidad se puede contraer de la misma manera que se contrae una nueva enfermedad. Si se pudieran ver todas las alteraciones por las que ha pasado la especie humana desde su orígen hasta nuestros dias, se veria tal vez que no ha estado siempre sujeta á las mismas necesidades, á las mismas funciones, y á las mismas enfermedades. Pero

---

(1) Stahl. *Dissert. de frequentia morborum in homine prae brutis.*

cuando ella ha contraido una vez algun vicio ó nuevas afecciones (lo que indudablemente tiene lugar en todas las especies de animales), este vicio ó sus afecciones se trasmiten de generacion en generacion, y se perpetúan hasta que alguna causa contraria viene á destruirlos; y he aquí por que degeneran las razas, y por que se encuentran alteradas despues de muchos siglos. De la misma manera, una vez introducida la evacuacion menstrual en la especie humana, se habrá comunicado por una filiacion no interrumpida; de modo que se puede decir que una muger tiene al presente las reglas, solo por la razon de que su madre las ha tenido, como tal vez seria tísica si lo hubiera sido su madre: y aun hay mas, puede estar sujeta al flujo menstrual, aunque no subsista en ella la causa primitiva que introdujo esta evacuacion. Y en efecto, muchas mugeres menstruan sin estar pletóricas ó sobrecargadas de humores. El flujo menstrual en estas mugeres depende solo de la direccion

habitual de los movimientos de la naturaleza, como las hemorragias periódicas que sufren algunos hombres estenuados.

Haciendose la hemorragia particular del sexo por el órgano destinado para perpetuar la especie, no puede principiar hasta la edad en que la naturaleza principia á ocuparse de este grande objeto. Desenvolviendo y preparando los instrumentos que deben servir para esta funcion, dirige ella tambien ácia el lugar en que debe ejecutarse, los humores de que se quiere desembarazar. La evacuacion que establece es menos la causa que un signo de la fecundidad. Una muger no es estéril porque no menstrua, sino porque la naturaleza no ejerce sobre la matriz el grado de accion que la dispone á concebir, porque sus movimientos, en lugar de conducirse ácia esta parte, se encuentran dirigidos ácia otro órgano, en el que la sangre, que sigue la misma direccion, se acumula y se manifiesta por resultados que son los mismos en los dos sexos. Los hombres

que han padecido hemorragias habituales, cuando estas faltan, esperimentan, del mismo modo que las mugeres en quienes se han suspendido las reglas, derrames y congestiones humorales en diferentes órganos, segun los progresos de la edad; y otras afecciones, como los males obstinados de cabeza, la tísis, el histérico ó hipocondría, el cólico, el cálculo, la gota, y un gran número de otras enfermedades, de las que exime á las mugeres el flujo menstrual bien establecido y bien ordenado. Esta evacuacion debe ser doblemente necesaria, cuando la causa primitiva, que la ha hecho nacer, concurre con la habitud hereditaria que la propaga: asi serán mas abundantes las reglas en las personas que tomen mayor cantidad de alimentos, y que hagan menos ejercicio: asi las mugeres que habitan las ciudades, en donde la intemperancia y la ociosidad reunen estas dos condiciones, estan en este caso mucho mas frecuentemente que las de los campos acostumbradas á un régimen

mas simple y mas conforme á la naturaleza.

El flujo menstrual no puede, pues, principiar hasta la edad de la pubertad, sino está trastornado el órden de las funciones. Aliviada una vez la naturaleza por esta escrecion, la repetirá en la misma época, al principio por una memoria confusa del beneficio que habrá recibido de ella, y despues por una especie de costumbre, si la muger no tenia ya esta última disposicion al salir á luz. El flujo menstrual no es la única funcion sobre la que tiene una influencia incontestable la costumbre. Nuestra máquina tiene una inclinacion singular á producir ciertos actos á horas determinadas. ¿Quien ignora que el apetito y el sueno se adelantan comunmente á la necesidad, y que casi siempre son provocados por la costumbre? Si se reflexionase sobre esto, se veria que muchos de nuestros movimientos interiores se arreglan por este mismo principio, y casi nadie ignora que nuestras mas groseras y mas sensibles funciones siguen unos períodos mas ó menos no-

tables. Esta disposicion para repetir los mismos movimientos en tiempos fijos y determinados, hace, como hemos dicho ya, que las mugeres que no estan pletóricas menstruen como si lo estuvieran. Entónces sucede con estas mugeres, como con aquellos enfermos en los que se sostiene la calentura por una especie de impulso habitual, aun despues de haberse destruido el principio material que la fomentaba. Este caso sucede frecuentemente en las calenturas intermitentes: algunas veces continúan los accesos sin interrupcion, como si todavía existiese la causa material que las producia; lo que equivoca con frecuencia á los médicos que no tienen esta consideracion.

Sea lo que quiera de las causas y del objeto del flujo menstrual, no se puede dudar que este es una incomodidad en todas las mugeres, y en muchas de ellas un trabajo que se aproxima mas ó menos al estado de enfermedad. No obstante, este trabajo previniendo afecciones mas graves, ha llegado á ser el fundamento de

la salud del sexo, como lo son en muchos hombres las almorranas y otros flujos habituales (1). Tal es actualmente la desgracia de la especie humana, que las enfermedades mismas son para ella socorros tan necesarios, que no le queda mas que la eleccion de los males.

---

(1) Si los hombres, generalmente hablando, estan menos sujetos que las mugeres á flujos de sangre, verosímilmente es porque un género de vida mas ejercitado y mas activo los hace menos necesarios para ellos que para ellas; tambien puede ser porque los primeros no tienen órgano tan á propósito para esta suerte de escrecion como el de las mugeres: de manera que no pudiendo evacuarse la materia de esta escrecion, llega á ser en los hombres un germen de enfermedades crónicas, que no existe en las mugeres cuyos meses no han sufrido un desarreglo considerable. Esto es sin duda lo que hace que el asma, el cálculo, los dolores nefríticos, la gota, la paralisis, la apoplegía y otras enfermedades sean mas frecuentes en los hombres que en las mugeres.

CAPITULO III.

De la influencia que tiene la Muger en la obra de la generacion.

El flujo menstrual es un signo tanto menos equívoco de la fecundidad, cuanto que siempre camina con los deseos que deben realizarla. Las mudanzas que sufre entónces el carácter de la muger, tal vez no son menos sensibles que las alteraciones físicas que se manifiestan en su cuerpo. Los autores acostumbrados á referirlo todo á esplicaciones mecánicas (1), creen que el orígen de la inclinacion al amor depende en los hombres de la abundancia del licor seminal, y en las mugeres de la tumefaccion de los ovarios. Se fundan en que se ha

(1) Haller, Elementa fisiolog., tomo 7, lib. 24, sect. 1, p. 8.

encontrado esta última parte muy hinchada en las mugeres que han padecido lo que se llama *furor uterino*, y en que los animales á quienes se les habia estirpado, no volvian á sentir el estímulo que los incita á multiplicarse.

Estos hechos no son tan concluyentes como se podria imaginar. Una parte engruesa en proporcion de la cantidad de humores que envia á ella la naturaleza; en las personas frecuentemente atormentadas por deseos, los órganos destinados á satisfacerlos se encuentran naturalmente mas llenos y mas hinchados que los otros, porque los licores que contribuyen á darles la disposicion conveniente para sus funciones, se detienen en ellos mas largo tiempo, los nutren mas, y aumentan por consiguiente su volúmen. Asi es que con mucha mas razon podria considerarse la hinchazon de los ovarios, como la consecuencia que como la causa de los deseos relativos al acto venéreo. En cuanto á la estirpacion de esta parte, muy bien puede algunas veces agotar su fuente;

pero este medio no siempre es eficaz. Cierto es que en la mayor parte de los animales que se mutilan, llega la naturaleza á ser enteramente indiferente para una funcion que conoce que no puede llenar por falta de instrumentos: no obstante, como hemos dicho ya hablando de los eunucos, hay algunos que parece que desafian su misma degradacion; la naturaleza en estos se inclina tanto á conservar su especie, que por un error, que le oculta su impotencia, se obstina en un combate al que nunca puede llevar mas que armas inútiles.

El sistema animal consiste en una serie de operaciones sucesivas; y cada edad (1) está caracterizada por funciones peculiares. En la pubertad se desenvuelve la que tiene por objeto á la conservacion de la especie. Entónces prepara la naturaleza todos los materiales necesarios, y hay fundamentos para creer que estos son precedidos por los deseos, bien lejos de

(1) Stahl, de morbis ætatum dissert.

producirlos. Hay un tiempo en que estos deseos no son todavía mas que impulsos sin fin, y movimientos vagos de un instinto que busca un objeto sin conocerlo. Si esta necesidad al principio hace esperimentar algunas veces las impresiones de una dulce melancolía (1), otras parece que se irrita contra todo lo que le es estraño, y que se consuela con los violentos desvíos de un humor feroz. Pero este último sentimiento se endulza cuando su objeto llega á ser mas conocido y mas determinado; entónces se hace mas tratable, y quiere asociar todos los seres á su pasion para que esta sea mejor mirada. Y asi los amantes por lo comun son generosos, humanos y benéficos, sea porque apreciando solo al objeto que los ocupa, estiman poco el bien que hacen á otro, ó bien

(1) Uno de los síntomas ordinarios que caracterizan esta disposicion, es un cierto gusto por la soledad y el retiro, que nunca deja de verse en los jóvenes, y al que M.r de Segrais llama *la viruela del alma*.

porque la necesidad que esperimentan los dispone á sentir mejor las de los demas.

Se ha dado demasiado valor á las causas materiales, y que estan íntimamente unidas á la conformacion de las partes, para esplicar los actos de un amor desordenado: parece que se ha desestimado el poder que tiene sobre nuestra alma una infinidad de causas morales, como la lectura repetida de los libros amatorios, la imaginacion detenida por largo tiempo sobre imágenes voluptuosas, la memoria penetrante de una felicidad perdida sin remedio, ó de un placer apénas percibido que ya no existe, una dulce costumbre frustrada por la viudedad ó por una separacion cruel. Una vez inflamados los sentidos por cualquiera de estas causas ó por todas al mismo tiempo, no nos presentan los objetos como son en sí, sino como convienen al sentimiento que nos domina: ocupada el alma en una sola idea, refiere á ella todas las sensaciones que recibimos; provocadas al mismo tiempo todas las facultades

mudan la naturaleza de las impresiones que esperimenta : cualquiera cancion que otras veces se hubiera oido sin atencion y con indiferencia, produce entónces una dulce languidez, ó despierta la actividad del deseo. Si el color de las flores nos ofrece contrastes agradables, ó comparaciones que no les dan nunca la ventaja, su olor causa en nuestra imaginacion un trastorno que se comunica á todo el cuerpo y derrama en él la impresion del deleite. ¡Que de lazos no se encuentran para un amante en la sombra y en el silencio de un bosque! en este caso se afecta el sentido del tacto mas viva y mas singularmente. Si por casualidad una mano se encuentra con otra, ¿cual es el mágico efecto de este contacto? El amante que lo ha percibido no respira : su corazon palpita; un torrente de fuego circula rápidamente por sus venas : ya no se conoce á sí mismo. En fin todo toma la tinta de la pasion de que está agitado, y parece que la aumenta solo se vé esta pasion, y no se oye mas que su

voz. ¿Es admirable que en esta crísis apénas puedan oirse los gritos de la razon? Ciertamente no es necesario para encontrar la causa de este fenómeno, suponer un vicio orgánico en las partes que sirven inmediatamente para la generacion.

La naturaleza nos impele á esta funcion por el atractivo del placer. Como sobre todo se ha disputado, tambien se ha querido saber si el que sienten las mugeres es tan vivo como el que esperimentan los hombres. Ociosa cuestion, digna de estudiantes, y tan inútil como imposible de resolver. Es esencial sin duda, y propio del deber de un ser inteligente y sensible, no querer ser feliz sin estar asegurado de que lo son los demas: pero es una vana sutileza querer determinar con exactitud la cantidad de felicidad que tiene cada uno. ¿Que importa el mas ó el menos? Debe bastarnos saber que la naturaleza no ha sido madrastra para nadie.

El ardor impetuoso con que el hombre busca á la muger para unirse á ella, parece que debia

escluir en él un gusto estravagante y contradictorio, que algunas veces turba su reposo. Cuando ha llegado á vencer todas las dificultades que estorbaban su pasion, cuando ha allanado todas las barreras, cuando despues de haber caminado de victoria en victoria, se encuentra señor de todo y no le falta mas que gozar, todavía quiere encontrar un obstáculo que lo detenga de repente; quiere que esté cerrado el paso que mas ansia franquear. La existencia de esta cerradura es un objeto de disputa entre los anatómicos. Hay algunos que dudan que la película que se llama *himen*, y que se dice que cierra la entrada de la vagina, exista en el estado natural de la muger, y no admiten mas que una duplicatura de la membrana que tapiza la parte interior de este conducto. Esta duplicatura, segun ellos, solamente estrecha el calibre de la vagina hasta que se borra ó se oblitera por el ejercicio reiterado de esta parte. Otros mas favorables á las preocupaciones corrientes, engañados tal

vez por falsas apariencias ó por producciones contranaturales, aseguran que el himen se encuentra en todas las mugeres en las que no lo ha destruido algun accidente ó alguna imprudencia.

La importancia de esta parte, verdadera ó supuesta, no es la misma en todos los paises. En algunos pueblos del norte, en donde la imaginacion helada no sabe añadir nada á lo que los sentidos perciben, y en donde no presenta los objetos sino con sus cualidades reales, el *himen* ha debido ser tenido por lo mismo que es en efecto cuando se le considera físicamente, esto es, por un estorbo. Tambien en estos pueblos, se dice que la pereza voluptuosa de los ricos paga algunas veces á la robusta indigencia para que los escusen de un trabajo penoso, y les preparen el camino á placeres fáciles. Al contrario, en los pueblos del mediodia, donde el sentimiento del amor tiene una energía prodigiosa, donde los hombres no contentos de lo presente quisieran

tambien gozar de lo pasado, se ha debido dar el mas alto valor á la señal que patentiza la integridad de las mugeres. Ellos la miran como un bien precioso, y nada dejan de hacer para asegurarse de su existencia; sus celos, siempre dispuestos á alarmarse, no podrian encontrar su seguridad, sino en las precauciones brutales ó en las inquisiciones odiosas que hacen gemir al pudor. En fin, su estravagancia les hace creer que la misma naturaleza prestandose á sus caprichos tiránicos les ha dado el modelo de sus cerraduras (1).

Las ideas orientales, própagadas hasta nosotros sin interrupcion, habian tambien reducido á arte en nuestro pais el modo de descubrir la virginidad. Ha habido durante largo tiempo una jurisprudencia fundada sobre este arte, de la que aun nos quedan algunos actos.

(1) Asi se llama una tela membranosa que algunas veces se estiende de alto á bajo de la vagina, y que cierra en parte su entrada: *columnam virginitatis*, la coluna de la virginidad.

Se puede ver en Joubert y en Venette (1) algunas relaciones jurídicas concebidas en los términos técnicos, y segun la jerga ridícula que empleaban las matronas: estas contaban catorce signos por los que, segun decian, se podia reconocer si una doncella habia sido desflorada; pero nosotros remitimos al lector y á las matronas al proverbio de Salomon.

Ya es tiempo de concluir un preámbulo tal vez demasiado largo. ¿Como concurre la muger á la produccion de un nuevo individuo? ¿Que influencia tiene en una funcion que no puede ejercer sin el concurso del hombre? Aquí se abre un campo inmenso á las opiniones de los hombres, que como vanos sueños que se destruyen sucesivamente el uno al otro, ofrecen al alma algunas débiles luces para sumergirla despues en una oscuridad profunda ó en un vacío humillante. Con todo parece que la primera mirada que los hombres han

---

(1) Pintura del amor conyugal.

dirigido sobre sí mismos, ha sido en esto, como en otras muchas cosas, la mas segura y la mas feliz. El resultado de sus primeras observaciones es todavía el monumento mas honroso para la razon humana. El sistema de Hipócrates sobre la generacion es aun en el dia el mas claro y el mas verosímil, á pesar de nuestros pretendidos adelantamientos. De manera que se puede decir que en el espacio de mas de dos mil años no han cesado los hombres de engañarse y de retrogradar : se han agotado todos los errores, todos los descubrimientos, y todas las ilusiones para repetir lo que habia dicho Hipócrates; y tantos tiempos de errores nos han vuelto á traer al camino que este grande hombre nos habia enseñado.

Su modo de pensar sobre la manera con que la especie humana se conserva y se propaga, ha sido reproducido por un célebre naturalista de este siglo (1), que lo ha hermoseado con

(1) M.r Buffon.

los encantos de su elocuencia, pero que no lo ha hecho mas sólido añadiendole accesorios poco compatibles con las ideas de los antiguos. Tambien se podria decir que el sistema de Hipócrates ha perdido mas que ha ganado con el barniz de la física moderna. Este médico consideraba el sémen en el hombre y en la muger como un estracto de todas las partes del cuerpo, y creia que el licor seminal del hombre, mezclado con el de la muger en la cópula, y colocado por la naturaleza ó por una *facultad generatriz* (1), formaba un nuevo ser. Tal vez se dirá que esta palabra *facultad generatriz* está destituida de sentido, que no nos

---

(1) Ningun médico duda que las obras de Hipócrates estan algunas veces oscurecidas con la mezcla adúltera de las ideas que formaban la física de su tiempo, y los editores mal advertidos han dejado pasar. Se debe leer con cierta meditacion el lugar en que dice que el calor de la muger espesa los licores seminales. Lo que hay mas constante y mas seguro, es que Hipócrates admite por lo comun una naturaleza, que todo lo dirige.

da ningun conocimiento real, que es una de aquellas espresiones vagas que sustituian los antiguos á las mas precisas esplicaciones que exige la sana filosofía. Confesamos que la idea de esta facultad generatriz nada nos enseña sobre su modo de obrar; pero creemos que una vez admitido este principio, cuya existencia, establecida por la antigüedad, se halla tambien confirmada por muchos modernos, nos escusamos de todos los errores á que necesariamente nos inducen los razonamientos físicos aplicados á los cuerpos organizados: y tambien creemos que él hace desaparecer todos los vacíos y todas las dificultades que se ofrecen á cada paso en los diferentes sistemas físicos sobre la generacion.

Si no se admite un principio activo que se introduzca en nuestras funciones corporales, es necesario suponer un encadenamiento de causas cuyos movimientos ligados entre sí se terminen por resultados precisos, exactos, siempre idénticos, como los que producen los

resortes de un relox. Ahora bien, no solamente contradice la esperiencia esta suposicion, sino que basta el mas simple examen para hacer ver su imposibilidad respecto á los cuerpos organizados que se ofrecen continuamente en blanco á una infinidad de agentes que los rodean, y que deberian variar á cada instante su determinacion. Ellos tienen pues necesidad de ser gobernados por un principio independiente hasta un cierto punto de las causas físicas, y que camine á su fin sin que nada lo desvie de él; y esto es lo que hace el principio que anima los cuerpos vivientes. Los diferentes períodos que dividen la vida guardan siempre con corta diferencia el mismo órden: la época de la denticion, la de la pubertad, el tiempo en que cesa la facultad de engendrar, vienen siempre casi á un mismo tiempo, sea el que quiera el estado del individuo, grueso ó flaco, débil ó robusto.

Si el sémen, como se pretende en una hipótesis moderna, no fuera mas que el cebante

de la materia destinada para hacer crecer y nutrir las diferentes partes del cuerpo, se verian con mucha frecuencia niños aptos para la generacion; porque es indudable que muchos de ellos tienen jugos nutricios superabundantes, y por el contrario otros muchos siempre flacos y desprovistos de materia orgánica superflua, nunca llegarian á la pubertad: en fin, si fuera verdadero el principio que sirve de fundamento á esta hipótesis, todo seria confusion en el mundo organizado, y todo estaria en él subordinado al acaso.

Sin pretender examinar hasta que punto son probables las relaciones de atraccion, segun las que se supone que se deben colocar recíprocamente las diferentes partes que han de formar el cuerpo del feto, nos contentamos con notar que esta suposicion hace la concepcion muy precaria, porque para que saliese bien la obra de la generacion, se necesitaria siempre una cantidad determinada de sémen. Si de la cantidad de licor seminal que debe

entrar en la matriz, se estravía ó se detiene en el camino la parte que debe formar la cabeza, los brazos, ó cualquier otro órgano, saldrá falta la concepcion; y como la cantidad precisa de sémen necesario para formar un hombre ó un animal, y la exacta reunion de todas sus partes, se encontrarán raras veces en una materia líquida, cuyas partes deben tener poca adherencia entre sí, se pasaria toda la vida en ensayos inperfectos é inútiles.

Se ha pensado que la simple atraccion de las partes no formaria un todo variado en su forma, como el cuerpo humano, si estas partes fueran homogéneas; y ha sido necesario suponer que las moléculas orgánicas, que deben entrar en la estructura de cada miembro del feto, han sido de antemano amoldadas en el del padre ó en el de la madre, y han recibido en él la configuracion que las distingue: lo que se parece un poco á la idea de Hipócrates, y mucho mas á la de Anaxágoras.

M.r Bonnet (1) nota muy bien, que es imposible que estas moléculas hayan sido amoldadas, porque siendo lo superfluo del nutrimento que se ha recibido en los moldes, no han podido entrar en ellos, ni por consiguiente tomar las formas que deben tener.

La manera con que los cuerpos se nutren y crecen, es muy difícil de concebir. En el sistema de que se trata, se dice que es por *intus-suscepcion;* por consiguiente se ha supuesto que los moldes que admiten la materia orgánica son moldes *interiores*, es decir, que se ha intentado esplicar una cosa oscura por otra cosa que repugna.

Nada es mas arbitrario en esta hipótesis que la manera con que se quiere que se formen la placenta y las demas dependencias del feto. En efecto, ha debido ser muy embarazoso decir algo satisfactorio sobre la formacion de unas partes que no tienen ningun modelo ni

(1) Cuerpos organizados.

ningun molde, ni en el hombre ni en la muger.

La facultad generatriz de los antiguos, ó el alma arquitecta, que no es mas que las *formas plásticas* de Cudworth, admitida por muchos modernos, y sobre todo por Stahl, desata fácilmente todas las dificultades. De forma que el sistema de Hipócrates nos parece en todos respetos mas luminoso y mas verdadero que el sistema moderno que se ha querido levantar sobre él.

Los antiguos, para dar razon de la diferencia del sexo, decian que el macho y la hembra tenian cada uno un sémen fuerte y otro débil: que si el sémen del macho ya por su cantidad, ya por su actividad, era superior al de la hembra, resultaba un macho; y por el contrario, si lo sobrepujaba el sémen de la hembra, resultaba una hembra. Esta distincion de los diversos grados de actividad en los licores seminales del macho y de la hembra no está fuera de toda verosimilitud.

Ellos esplicaban la semejanza de los hijos

con su padre ó con su madre, como se esplica en el dia en el sistema de las moléculas orgánicas: la tomaban de la naturaleza y de la constitucion de los humores, cuyas partes se ha supuesto que tienen la misma forma, y que toman la misma colocacion que tenian en el cuerpo del padre ó de la madre. Esta era la idea comun de todos los antiguos médicos y físicos (1).

No es fácil concebir como un hombre de los conocimientos de *Mr. Astruc* ha podido decir (2), que adoptando el sistema de Hipócrates sobre la generacion, se caeria *en el mismo error que se reprendia á los Epicúreos de haber creido que el universo se habia formado por el concurso casual de los átomos agitados en el vacío*. Primeramente Hipócrates no ha pretendido que los licores

(1) Valerio Máximo, lib. II, cap. 15.

(2) Tratado de las enfermedades de las mugeres, tom. V, pág. 51.

seminales debiesen su union á un encuentro casual. En segundo lugar, el mismo acaso hay en la colocacion de los átomos de Epicuro, que en las composiciones químicas que resultan de la mezcla de muchos mistos. Epicuro suponia átomos redondos, puntiagudos, retorcidos, como algunos físicos han supuesto que los álcalis tenian la forma de una vaina, y los ácidos la de agujas puntiagudas, en virtud de las cuales formas obraban los efectos que se les vé producir. Por otra parte, el acaso no es mas que el encadenamiento de causas que nosotros ignoramos, y bajo este respecto no merecen menos el nombre de acaso las causas que el mismo M.r Astruc admite para esplicar la generacion, como todas las que pueden adoptar los demas médicos y los demas filósofos.

El sistema de Hipócrates, ó mas bien de los médicos antiguos (porque es verosímil que él lo habia recibido de sus predecesores), se alteró muy poco por los filósofos y por los

médicos que le siguiéron. Aristóteles no necesitó variarlo mucho para hacerlo cuadrar con su sistema general de física. Decia este filósofo que la causa eficiente de la generacion estaba en el sémen del macho que vivificaba el de la hembra, es decir, segun su modo de hablar, que el macho suministraba la *forma*, y la hembra la *materia*. Este sistema, asi modificado, siguió la suerte de todas las demas opiniones de este filósofo, y tuvo la misma fortuna entre los físicos. Los médicos continuáron admitiendolo tal como habia salido de las manos de Hipócrates, hasta que vino la anatomía á variar las ideas.

Esta ciencia, que investigando la estructura de los órganos y la naturaleza de los resortes que hacen mover á los animales, se propone, como si esto fuera posible, hacernos conocer todas sus propiedades: esta ciencia, que engrandeciendo el dominio de la física, ha estendido tan poco el de la medicina, y cuyos descubrimientos han sido señalados por un

número mas ó menos considerable de errores, cuando descubrió los ovarios, dió motivo á creer que eran huevos las vexiculas redondas que se ven en ellos. El entendimiento humano quiere naturalmente encontrar semejanzas, porque esto alivia su debilidad: muchos hechos reducidos á uno solo le oprimen menos que si se encuentran separados; ademas de que la semejanza, que se creyó encontrar en los diversos modos con que se multiplican los hombres y los pájaros, debió chocar por su singularidad. Ignoramos si las mugeres se acomodáron á un sistema que las asemejaba á las gallinas; pero segun este sistema ellas tenian la mayor parte en la obra de la generacion, y se consideraban las depositarias de todo el género humano: se supuso que el huevo contenia al feto enteramente formado, y que el sémen del hombre no hacia mas que darle el impulso que debia producir su desarrollo.

Como era difícil comprender como se ha-

bia formado el feto en el huevo, se intentó resolver la cuestion, haciendola retroceder: se hizo remontar la formacion del feto al principio del mundo, en el que se supuso que Dios habia embutido unos dentro de otros todos los huevos y todos los fetos de los que debia salir la especie humana. Los huevos hembras contenian no solamente una hembra, sino tambien con ella otros huevos que contenian ó machos sin huevos, ú otras hembras con sus huevos, que disminuian siempre de magnitud en la misma proporcion que la primera hembra con su huevo. Asi es que las mugeres tenian entónces la mayor influencia en la generacion.

Un nuevo descubrimiento anatómico, y por consiguiente un nuevo sistema, vino á despojarlas de esta ventaja. M.r Hartsoecker, habiendo examinado con el microscopio el sémen de varios animales, descubrió en él una multitud innumerable de animalillos que se agitaban en diferentes direcciones, y nadaban

como peces. Este descubrimiento admiró al orbe literario; ya no se dudó que estos animalillos eran los gérmenes de los hombres futuros, y se creyó haber encontrado el secreto buscado desde tan largo tiempo.

No obstante, á medida que la cosa se examinaba mas de cerca, y que calmaba la primera efervescencia de los espíritus, nacian las dudas en tropel. Estos supuestos animalillos no tenian la forma humana; su prodigiosa cantidad espantaba la imaginacion. Era difícil resolverse á creer que la naturaleza establecia la existencia de un animal sobre la destruccion de muchos millares de otros animales; y que ninguno de estos animalillos podia vivir, sino sacrificando, como un cruel sultan, todos los que tenian los mismos derechos que él. Esta consideracion entristecia: era sensible haber recibido la vida á tal precio: se acusaba á la naturaleza de pródiga. Es verdad que en la produccion de las plantas se veia un ejemplo de esta escesiva fecundidad, y se

sabia que perece un millon de gérmenes para que uno salga á luz; pero esta analogía tomada de los vegetales, considerados comunmente como insensibles, no nos consolaba enteramente.

Los físicos y los médicos, en los que habia hecho una grande impresion el descubrimiento de los animalillos, quedáron convencidos de que estos eran el fundamento y el orígen de todas las generaciones futuras. En el sistema de los huevos, se habia creido que todos los huevos y todos los hombres estaban encerrados en el primer huevo; y en el nuevo sistema, se creyó que todos los animalillos estaban envainados los unos en los otros: con esta diferencia, que en esta hipótesis el animal macho contenia todos los machos y todas las hembras que debia producir, ínterin el animalillo hembra estaba limitado á su propio individuo: de manera que en este nuevo sistema los hombres tenian la superioridad que los huevos habian dado á las mugeres.

Algunos autores prevenidos en favór de los huevos, y que no se atrevian á negar los animales espermáticos, tratáron de conciliar las dos hipótesis. Supusiéron que introducidos en la matriz, los animalillos se insinuaban arrastrandose por las trompas de Falopio que los conducian hasta los ovarios; que allí el mas feliz ó el mas diestro era recibido en el huevo mas dispuesto por su madurez para darle asilo: que el huevo desprendido del ovario caia en la trompa, de donde descendia á la matriz para unirse á ella, crecer y desarrollarse; en fin, que la pluralidad de fetos dependia de la plu alidad de huevos prontos para recibir otros tantos animalillos.

Si no todos los físicos creyéron que las partes activas del sémen eran verdaderos animales, tambien hubo otros que desconfiáron tan poco de su imaginacion, que no solo creyéron la existencia de estos animalillos, sino que levantáron muchas fábulas ridículas sobre su pretendido sexo, sobre su cópula, y sobre

las demas funciones. Lo que aseguraban los unos de buena fé, lo confirmaba desde Mompeller M.r Plantade para divertirse con los sabios; y bajo el nombre de Dalempacio, publicaba observaciones supuestas, en las que él sobrepujaba á los cuentos que corrian sobre los animales espermáticos.

M.r de Buffon piensa que no son verdaderos animales las partes que se han tenido por tales animalillos, pero sí son los materiales activos que deben formar un animal. Sapone que el licor seminal contiene en pequeño todas las partes necesarias para un feto, esto es, ojos, brazos, estómago, pulmon, corazon, etc.; y que estas partes las han suministrado otros órganos semejantes del padre y de la madre, que ninguna ventaja le lleva la muger al hombre con respecto á esto; y que el sémen del uno y de la otra contienen igualmente todo lo que se necesita para la formacion del feto. Desde luego se ofrece la duda de por que sea necesaria la reunion del

licor seminal del macho y del de la hembra, si cada uno tiene todas las partes que deben constituir el embrion. Se conoce que faltandole al macho un lugar propio para su desarrollo, es decir la matriz, tiene necesidad del socorro de la hembra; pero no se conoce por que no puede engendrar la hembra sin el socorro del macho, teniendo la materia y el lugar propio para hacerlo germinar.

En este sistema se esplican las semejanzas de una manera muy especiosa. Se supone, como hemos dicho ya hablando de los antiguos que pensaban del mismo modo, que las partes análogas suministradas por el padre y la madre guardan en el feto la misma forma, la misma colocacion, y la misma postura respectiva que tenian en los órganos del padre y de la madre. Para dar razon de la diferencia de los sexos, se dice que el feto toma el del individuo que ha suministrado la mayor cantidad de materia orgánica. Si esta idea halaga y satisface á la imaginacion, le falta to-

davía mucho para que se conforme con ella la razon, y para que convenga con todos los hechos. Segun este sistema, es necesario no solamente que el sémen entre en la matriz, sino que tambien entre en suficiente cantidad. Seria inútil prevalerse de los ejemplos que se refieren de ciertas mugeres, que, segun se dice, han concebido sin sufrir la intromision de parte del hombre, porque estos hechos son damasiado raros y bastante apócrifos, para tener derecho de negarlos; pero nadie ignora que todas las esperiencias de Harveo, y todas las aberturas multiplicadas que ha hecho de las hembras de diferentes especies de animales, inmediatamente despues del acto venéreo, jamas le han hecho percibir la menor gota de licor seminal en sus matrices.

Si nos fuera permitido mezclar nuestras conjeturas con las de tantos sabios sobre un punto de historia natural tan interesante y tan oscuro, confesaríamos que los huevos nos parece que han sido el fruto de una semejanza imper-

fecta, suministrada por las vexiculas de los ovarios, como los animalillos lo han sido de una induccion demasiado precipitada que se ha sacado de un hecho mal reflexionado. Pensamos con M.r Buffon, que las moléculas vivientes del sémen no son animales, sino una materia propia para llegar á ser ún animal. ¿Se necesita ademas que ella contenga en pequeño los órganos que deben entrar en la estructura del feto? Infinitas dificultades se oponen á semejante suposicion. ¿No se podria sustituir á esta otra suposicion que tal vez no tuviera los mismos inconvenientes, y que ciertamente se acomodaria mejor con las esperiencias de Harveo, las únicas que podrian ilustrarnos sobre el misterio que es su objeto, si este descubrimiento estuviera reservado para el entendimiento humano?

¿Seria contra las reglas de una exacta analogía conceder á cada parte del sémen del macho las propiedades que tienen aquellas especies de gusanos acuáticos, cuya singúlar his-

toria debemos á M.r Trembley? Tal vez es suficiente que la mas pequeña parte del sémen penetre en la matriz para que desplegue en ella las facultades que tiene, y adquiera las que le faltan, supuesto ademas que por su parte la matriz esté dispuesta para favorecer su desarrollo; porque esta disposicion respectiva es necesaria en todas las especies en las que se obra la generacion por el concurso de los dos sexos.

Los pólipos seminales, que indudablemente son de naturaleza mas complicada que los pólipos de agua dulce, tienen necesidad de despojarse en la matriz de alguna traba que impide su actividad, ó de recibir en ella alguna adicion en su estructura, necesaria para el nuevo género de existencia de que van á gozar. Si cualquiera partícula sensible del sémen es un punto viviente, como hay apariencias para creer, la mas ligera emanacion de la materia seminal del macho bastará para fecundizar á la muger. Esto hará mas verosímil lo que han dicho los

autores del espíritu seminal, *aura seminalis*, el cual se pretende que introducido al traves de los poros en los órganos de la generacion de la muger, puede por sí solo ponerla en estado de concebir, sin que se perfeccione la cópula. Se conoce fácilmente que la energía del licor seminal puede ser tan fuerte en ciertos hombres (1), y el ardor de engendrar tan vivo en ciertas mugeres, que el mas pequeño átomo de este licor que encuentre una abertura por donde penetrar en la matriz, ó en cualquiera otro lugar propio para llenar el mismo objeto, se fijará en él para vegetar y llegar en fin al estado de hombre.

En este caso ya no se tratará de la cantidad

(1) Tambien puede pensarse que hay circunstancias que hacen al sémen mas ó menos apto para la generacion. Se dice que el veneno de la víbora es mas activo cuando este animal ha sido irritado. ¿Por que no sucederá lo mismo al licor seminal? Vease lo que ya hemos dicho de los efectos del pudor, y lo que dirémos de la imaginacion.

de sémen que debe entrar en la matriz, bastará que entre y sea la que quiera. Los esperimentos de Harveo, que jamas han podido descubrir el menor vestigio del sémen en las matrices de las ciervas y de las conejas que ha disecado, no tendrán ya nada de maravilloso, porque un átomo seminal escondido en las pequeñas lagunas de la matriz puede ocultarse en ellas á la vista del observador, hasta que haya atraido ácia sí y haya asimilado bastante sustancia de la madre para llegar á ser sensible. En efecto, Harveo no ha visto en el principio mas que un punto animado, al rededor del cual se van colocando sucesivamente los diferentes miembros que componen el animal (1); asi como un pólipo mutilado recobra todas las partes que ha perdido. Cierto es que se dice que las partes del embrion estan formadas ántes que se las pueda percibir, y que Harveo ha creido muy fuera de propósito que se formaban en el

(1) Harv. *De cervorum et damarum coitu exercit.*

instante en que principiaban á ser sensibles; pero como esto es una suposicion, no podrá tener la menor fuerza contra una consecuencia natural, deducida de un hecho que los sentidos han descubierto á Harveo. Este autor, que con un buen microscopio ha visto un punto viviente tomar por grados una forma y revestirse de unos órganos que no tenia, ha tenido razon para afirmar que la cosa sucedia como él la habia visto, y sus adversarios no la tienen para suponer lo que nadie ha podido ver todavía. Por otra parte, esta formacion del feto en detalle no tiene nada que choque, y se halla conforme con otros hechos naturales. Se sabe que las piernas de los cangrejos se regeneran. el pólipo al que se han cortado la cabeza y la cola, y que las recobra, nos da el ejemplo de un animal que puede adquirir nuevos órganos.

Ademas de que es muy difícil creer que todas las partes de un animal tan compuesto como el hombre puedan estar siempre dispuestas para unirse y colocarse en un estado de flui-

dez, como el que deben tener cuando se supone que todas estan ya formadas en el sémen, ¿no bastará el menor sacudimiento para destruir su reunion? ¿El menor soplo no las separará de la esfera de atraccion que las tiene reunidas, lo que haria la concepcion demasiado incierta y casual?

En nuestra suposicion, el sémen, en lugar de ser un conjunto de órganos bosquejados, será una materia animalizada, de la que cada parte será capaz de llegar á ser un centro de actividad, como cada uno de los trozos de un pólipo puede llegar á ser un pólipo. Esta materia arrojada en la matriz se unirá á ella, ó toda, ó alguna parte; y este órgano herido por la sensacion que deseaba, y que le procura la presencia de esta materia, se apoderará de ella al momento, y le añadirá lo que le falte para formar un feto; la cubrirá de las envolturas que deben ponerla al abrigo de los accidentes, y concurrir con los otros medios á darle el grado de perfeccion que debe recibir allí.

Nadie debe dudar que la matriz es un órgano activo, dotado de un instinto particular inesplicable, el cual no solamente añade algo á la materia suministrada por el macho, sino que tambien la modifica, y la coloca de una manera relativa y conveniente á cada especie. Parecerá tal vez maravilloso que un instinto ciego pueda formar órganos regulares; ¿pero lo es menos el ver á los pájaros construir nidos de la estuctura mas delicada y mas precisa, sin haber aprendido jamas á hacerlos? ¿Por que las operaciones interiores del instinto serán menos seguras que las que el mismo produce esteriormente? ¿Por que la matriz no podrá formar las telas que envuelven al embrion, como ciertos insectos hilan ellos mismos la tela en que deben envolverse, y cuya materia suministran tambien?

El lugar en que se fija el embrion no está determinado. Las diversas oscilaciones de la matriz hacen que la materia seminal vaya á herir ya á un lugar, ya á otro: todos ansian

igualmente concebir, pero no todos son igualmente propios para conducir á un término feliz el fruto de la concepcion: los fetos cuyo asiento está en las trompas de Falopio, ó en los ovarios, no salen á luz. Ademas de que estas partes son un sitio demasiado estrecho que se opone á su perfecto desenvolvimiento, les falta tambien salida favorable para darlos á luz. Tambien se ha visto embriones que se habian caido, y que habian crecido en la cavidad de la pelvis; y se sabe que en esta hay todavía menos recursos para ellos. Felizmente estos casos son muy raros: son errores de la naturaleza, en los que la pueden precipitar algunas veces el trastorno y la agitacion del alma. Se ha observado que las doncellas y las viudas estaban mas espuestas á estas concepciones irregulares, y la razon de esto no es muy difícil de alcanzar.

La materia seminal del macho puede derramarse en toda la matriz, y cada porcion de esta materia puede llegar á ser un nuevo vi-

viente, si tiene la matriz bastante ardor ó aptitud para adoptarlas todas, y para hacerlas participar igualmente de su influencia. Cada punto animado llegará á ser un feto. En la especie humana, ordinariamente no se adhiere la matriz mas que á una porcion de esta materia viviente.

En uno y otro sexo, cuando las partes que forman el sémen estan todavía esparcidas en el cuerpo y confundidas con los demas humores, conservan el carácter general y el grado de vitalidad de que gozan todas las demas partes. La actividad particular que adquieren despues está entónces encadenada. Llegan despues á ser mas libres, y á revestirse de sus atributos específicos, pasando por el órgano en el que se dice que se prepara el licor seminal.

Los hombres y los animales que carecen de este órgano, jamas pueden desplegar ni manifestar las señales que deben distinguirlos y caracterizarlos : son seres imperfectos, consagrados á una eterna impotencia, inútiles para

la especie, estrangeros de todos los sexos, y el horror de la naturaleza.

Las partes seminales, para tener la energía que las hace capaces de concurrir á la formacion de un nuevo animal, tienen pues necesidad de pasar por el órgano destinado á su elaboracion. Este órgano aun no está bien determinado en la muger, lo mismo que el licor que suministra. Se dice, y no se sabe con que fundamento, que es mas fluido y mas diáfano que el licor seminal del hombre.

Pero aunque se ignore su naturaleza, tenemos no obstante las mas poderosas razones para creer que existe. No se sabe tampoco por que el licor seminal de la muger debe unirse al del hombre, ó el de este al de la muger, para consumar la obra de la generacion. La solucion de esta dificultad es inseparable de circunstancias ocultas todavía para nosotros.

Se puede no obstante conjeturar que la materia seminal tiene una manera de ser y unas cualidades relativas al sexo de cada individuo,

como tiene otras que se refieren á la especie. El licor seminal de la muger tiene pues un carácter, una manera de obrar, un genio en fin que le es propio. Si en la mezcla que debe sufrir con el del hombre toma el principal ascendiente, el nuevo ser que resultará de él será regido por su accion, le será sometida su organizacion, y tomará en fin la constitucion, las costumbres, los rasgos y el sexo de la muger; y recibirá el sexo del hombre, si domina el sémen de este. No pretendemos derivar este ascendiente tan solo de la mayor cantidad de sémen suministrada por los dos, sino de ciertas cualidades que hacen que el sémen del uno tome el carácter y la manera de ser del sémen del otro; como los miasmas contagiosos nos hacen tomar la manera de ser de los que estaban infestados de ellos ántes que nosotros, y nos los han comunicado.

La semejanza de los hijos con los padres está fundada sobre el mismo principio. Ella no es el efecto de una colocacion mecánica

de partes semejantes, como suponian los antiguos; depende mas bien del carácter de la fuerza activa que preside á las funciones vitales del hijo. Si, como es verosímil, está dispuesta esta fuerza á producir en él los mismos movimientos que se verifican en el padre ó en la madre, asimilará la materia orgánica que debe nutrir y hacer crecer los diferentes miembros del hijo, de la misma manera con que está asimilada en los últimos: lo que debe producir una semejanza de rasgos y de carácter mas ó menos perfecta entre ellos y su hijo.

Los niños se parecerán en parte al padre y en parte á la madre, segun las diferentes porciones de materia seminal que el uno ú la otra haya suministrado, y que hayan concurrido á la formacion del feto. Si el licor seminal de la muger llega á ser el principio dominante, las funciones generales del nuevo individuo serán determinadas por su impulso, dejando subsistir hasta un cierto punto la accion particular de las partes seminales del macho en los órganos

en que han entrado para alguna cosa. Al contrario, si el licor seminal del macho tiene la principal influencia, este dará el carácter general á los órganos del feto, sin borrar enteramente las impresiones particulares que le podrán haber hecho algunas moléculas seminales de la muger.

Hay hijos que no se parecen á su padre, y se parecen á su abuelo : este hecho es embarazoso en todas las hipótesis, pero sobre todo en la de las moléculas orgánicas. No obstante podríamos decir que las partes seminales que son el fundamento de esta semejanza, y que han sido trasmitidas por el abuelo, no habiendo podido ejercer su actividad en el padre por el que han pasado, porque algunas circunstancias difíciles de determinar las han tenido en él aprisionadas, han encontrado una ocasion mas favorable para desenvolverse en el hijo. Lo mismo sucede con la semejanza de los sobrinos con los tios y las tias. Los hermanos y las hermanas reciben de su padre

partes seminales semejantes, que quedan sin accion en unos, y que despliegan su energía en otros. Los primeros harán hijos mas semejantes á los segundos que á ellos mismos, si las moléculas, que habian quedado en ellos sin accion, pueden ejercer en sus hijos las propiedades de que estan dotadas, y que se habian manifestado mejor en el tio ó en la tia.

Estas propiedades consisten principalmente en una cierta disposicion para producir en el hijo ó en el sobrino la serie de movimientos vitales que hay en el padre ó en el tio, ó en cualquiera otro pariente. Lo que prueba que las semejanzas estan fundadas en el órden de estos movimientos, es que las disposiciones hereditarias siguen el de las enfermedades particulares de cada edad. Un niño que nace tísico ó gotoso, no esperimenta las impresiones de estas enfermedades hasta la edad propia para ellas. Si la semejanza del hijo viniera de una colocacion de las moléculas semejantes, igual á la que tienen en el padre,

un padre tísico haria un hijo con los pulmones ulcerados al nacer, y un gotoso produciria un hijo que hubiera ya sentido los dolores de la gota en el vientre de su madre: lo que está desmentido por la esperiencia. Hay mas: ningun hijo se parece á sus padres al nacer; la semejanza de los rasgos esteriores y corporales que el hijo debe tener con el padre ó con la madre, no existe cuando viene al mundo, sino que la adquiere sucesivamente. Ningun animal nace con los atributos que debe tener á una cierta edad. Las plumas de los pajaritos, y el pelo de los cuadrúpedos pequeños, jamas se parecen á los de los padres. Esta semejanza es una adquisicion que hacen creciendo: es el fruto de la misma serie y del mismo encadenamiento de funciones sobre las que está fundada la existencia de sus padres.

Tales son las conjeturas que hemos creido poder presentar acerca de una materia sobre la que no se puede todavía decir nada de positivo. Nuestras observaciones han sido limitadas

en este capítulo, casi solo á lo que pertenece á las cualidades del sémen: vamos á examinar en el siguiente, si la imaginacion de la madre puede estender su accion sobre el feto.

CAPITULO IV.

De los efectos de la imaginacion de la madre sobre el hijo.

Es opinion comun que la concepcion es mas segura cuando los dos individuos que cooperan á ella se estravían á un mismo tiempo en los transportes que la producen. Esta corta enagenacion, en la que su alma parece que por un momento pasa toda entera al nuevo ser que debe resultar de ella, y las circunstancias físicas que la preceden, son tal vez una condicion necesaria, un acto propio para imprimir el sello de la vida á la obra de la generacion: á la manera de un cuerpo que se electriza, las moléculas del sémen reciben tal vez por ella nuevas propiedades que no tenian todavía.

Se pretende que la disposicion moral en que

puede encontrarse entónces la muger tiene mucho poder en la formacion del feto, ya para modificar de diversas maneras su constitucion física, ya para determinar el carácter y el temple de su alma. Dijimos en otra parte, que es verosímil que los diferentes estados de los humores influyen mucho sobre la manera de ser actual de esta, bien por la impresion local que pueden hacer sobre las partes sensibles, ó por la percepcion general que el alma tiene de ellos. Como entre esta y el cuerpo hay una correspondencia íntima y constante, puede ser tambien que refluyendo los movimientos del alma sobre los humores, causen en ellos alteraciones momentáneas, y aumenten ó disminuyan su vitalidad. Si esto es asi, sucederá principalmente al sémen en un momento en que parece que todas las facultades del alma se reunen para vivificarlo, y que toda la sensibilidad se concentra en el órgano que lo suministra. Por lo menos es cierto que no es imposible que la imaginacion de la madre, y

puede ser que tambien la del padre, tengan alguna influencia sobre la concepcion.

Una tradicion vulgar quiere que los hijos ilegítimos tengan mas talento y mas sagacidad que los que no lo son. M.r le Camus creia (1) esta tradicion, é intenta esplicar el hecho que tiene por objeto. Dice que, por lo comun, los hijos ilegítimos son el fruto de un amor industrioso; que el talento de sus padres, continuamente escitado por las astucias necesarias á una pasion rodeada de estorbos y de continuos obstáculos, ejercitado en los artificios propios para engañar los celos de un marido ó la vigilancia de una madre, ilustrado por la necesidad de sustraerse á la opinion pública que condena estos placeres, debe necesariamente transmitir á los hijos que provienen de ellos una grande parte de los talentos á que deben su existencia: en lugar de que los hijos nacidos en la indolente seguridad de un amor

(1) Medicina del entendimiento, tomo I, pág. 310.

permitido, deben resentirse de esta especie de abandono, de esta inercia de alma con la que se les ha dado el ser. En fin, la mayor parte de las gentes (y no son siempre despreciables las ideas del vulgo) piensan que la manera con que el alma de la muger está afectada en el acto de la generacion, no es una cosa indiferente para el hijo.

Este despues de la concepcion no debe participar menos de las afecciones de la madre: él ha llegado á ser una parte de su individuo: ella lo ha asociado á su ser: ella le suministra la materia propia para que se nutra y para que crezca: él está animado por su calor, y vive tanto de la vida que ella le comunica, como de la suya propia. No será pues maravilloso que las pasiones, que pueden agitar á la madre, estiendan su influencia hasta el hijo. La comunicacion que hace á esto posible existe, porque el hijo está íntimamente unido á la matriz por la placenta y por el cordon umbilical. No se ven, es verdad, nervios en estas dos úl-

timas partes; pero para que la vida circule y se comunique de un lugar á otro, no es necesario que esten unidas las partes por tramos nerviosos: basta que haya entre ellas una libre continuidad. Los nervios son unos cordones necesarios en los animales, y destinados para producir grandes movimientos y para mover grandes masas; pero todos los cuerpos organizados no tienen necesidad de ellos. Uno de los fenómenos que pueden servir para probar este comercio recíproco y esta comunidad de movimientos vitales que existen entre la madre y el feto, es el de los fetos acéfalos, es decir, que nacen sin cráneo y sin cerebro: estos mueren en el momento de nacer, porque estas partes son esenciales y necesarias al hombre que vive de su vida propia; y el feto vive sin ellas, porque debe á la madre una parte de la fuerza que lo anima, y que suple á los órganos que le faltan.

Uno de los autores menos dispuestos á creer los efectos de la imaginacion de la madre sobre

el hijo (1), despues de haber agotado toda la jerga de la anatomía para probar la imposibilidad de la transmision de los efectos de la madre al hijo, se vé forzado á confesar que algunos niños durante su vida han padecido convulsiones, porque durante el embarazo habia sufrido la madre un fuerte terror ó cualquiera otra pasion viva. Este mismo autor habia dicho que por falta de nervios que establezcan una comunicacion entre la madre y el feto, que son los únicos medios por los que se pueden transmitir á lo lejos los movimientos del alma, no puede la madre hacer esperimentar al hijo las impresiones que siente. Mas si por su propia confesion una madre ha comunicado á su hijo las convulsiones que le habia causado un fuerte terror, es evidente que la madre puede hacer participar al feto de sus afecciones, sin el socorro intermedio de los nervios.

---

(1) Haller, Elem. physiolog. corp. human. tom. 8, lib. 26, pag. 450.

Mallebranche ha dado, como todos saben, la mayor estension al poder de la imaginacion de la madre sobre el hijo. Muchos autores han emprendido refutarlo, pero los medios de que se han servido son muy viciosos: los han sacado de la anatomía de las partes, y de las relaciones mecánicas que hay entre los órganos. Si se quisieran esplicar los fenómenos de la electricidad por las leyes generales del movimiento, se veria que no cuadran con estas, tal vez dependen de ellas; pero como no son sus efectos inmediatos, y como estan subordinados á otras causas intermedias, seria necesario conocer estas, para ver la union que tienen con las primeras. Lo mismo sucede con los fenómenos de la vida y con los de la vegetacion. Cada órden de seres tiene su mecánica particular; y querer juzgar de los efectos relativos á un órden por las leyes de la mecánica propia del otro, es uno de los mayores errores de lógica que se pueden cometer. Asi cuando se asegura que las impresiones de la

madre no pueden transmitirse al hijo por medio de los humores que esta le suministra, los cuales, segun se dice, no podrán comunicar nada de moral, nos parece que se confunden los objetos; y que considerandola solo como una simple máquina hidráulica, todos los razonamientos que se deduzcan de aquí estriban sobre un principio falso.

M.r Maupertuis (1) nos parece que se ha aproximado mas á la verdad: «Que una muger, dice, trastornada por alguna pasion violenta, que se encuentre en un grande peligro, que haya sido asustada por un animal horroroso, para un hijo contrahecho, nada hay en esto que no sea muy fácil de comprender. Hay ciertamente entre el feto y la madre una comunicacion bastante íntima, para que una agitacion violenta en los espíritus ó en la sangre de la madre se transmita al feto, y cause en él desórdenes á los que pueden resistir las partes

(1) Venus física, primera parte, cap. 15.

de la madre, y á los que sucumben las partes demasiado delicadas del feto. » No admitimos nosotros la posibilidad del hecho, porque lo esplique M.r Maupertuis, pues hay mucho que decir sobre la esplicacion que le da, sino porque es un accidente demasiado comun para que se pueda poner en duda. Añade el mismo autor que cuando vemos padecer á alguno participamos nosotros de sus dolores, y que no ha encontrado la naturaleza otro medio mas eficaz para hacernos compasivos con los demas, que hacernos esperimentar en nosotros mismos una parte de sus males: que cuando un hombre recibe delante de nosotros algun golpe violento en un miembro, nos sentimos al mismo tiempo heridos en el mismo lugar: y que por consiguiente nada tiene que no sea fácil de concebir la historia de una muger que parió un hijo, cuyos miembros estaban rotos de la misma manera que la madre los habia visto romper á un criminal.

Hay otra clase de fenómenos que se refie-

ren á la imaginacion de las madres, y consisten en las figuras impresas en el hijo, del objeto que les ha causado espanto, ó de la fruta, ó de cualquiera otro manjar que han deseado durante el embarazo. Este órden de hechos es mas difícil de esplicar que el precedente, y esto ha determinado á M.r de Maupertuis (1) á no darles crédito. Nosotros pensamos que cuando una cosa es inesplicable solo por su oscuridad, y porque ignoramos las circunstancias, que sabidas nos darian la llave de su esplicacion, la duda debe ser el recurso mas digno del sabio.

Lo que no se podrá negar, es que el alma de las mugeres embarazadas está singularmente modificada. Sus deseos, sus caprichos, sus repugnancias prueban que ellas estan dominadas por sensaciones interiores que nacen del nuevo estado en que se encuentran: los deseos sobre todo, que entónces son en ellas

(1) Venus física, part. I, pág. 83.

una especie de delirio, pueden muy bien venir del sentimiento de alguna necesidad que esperimente el hijo. El instinto alarmado se aficiona á objetos estravagantes que cree propios para asegurarlo; pero hasta estos errores hacen ver con cuanto interes vela sobre la conservacion del depósito que se le ha confiado.

En el capítulo siguiente verémos en que relaciones se encuentra el hijo con la madre durante el espacio de nueve meses; esto es, cuales son los fenómenos del embarazo.

CAPITULO V.

Dèl embarazo.

Como el instante en que concibe la muger no se manifiesta por ninguna señal bien caracterizada; y como las consecuencias de este acto quedan por algun tiempo cubiertas de un espeso velo; el espíritu de inquietud, que hace que el hombre, poco satisfecho de lo presente de que podria gozar, se abalance siempre ácia lo porvenir que tal vez no llegará á ver, lo impele á buscar con ansia las señales, todavía ocultas, del embarazo, y á preguntar á la naturaleza mucho tiempo ántes que se digne contestarle. Podrian escusarse los tormentos de esta impaciencia inútil, pues que no se podrá ni acelerar, ni retardar su objeto. Seria tanto mas racional esperar tranquilamente que los signos naturales anunciasen por sí mis-

mos el embarazo, cuanto que las tentativas por las que se intenta vanamente prevenirlos, pueden incomodar á las mugeres, demasiado fáciles para someterse á ellas, sin ilustrar nada sobre el motivo que las ha hecho intentar.

Estas tentativas son la obra de un charlatanismo descarado que las solicita, y que se burla de la honestidad y de la decencia para establecer su imperio sobre las ruinas de una virtud á la que el bello sexo debe los mas sólidos fundamentos de la suya. Nos creemos obligados en este lugar á decir á las mugeres, que los que se emplean en esta suerte de ensayos las engañan fingiendo conocimientos que no pueden tener. Todos los que suministra el tacto son demasiado inciertos. Nada se puede asegurar, sino con el concurso de los signos esteriores y sensibles, como el volúmen del vientre y el aumento de los pechos, precedidos de conatos de vomitar, de inapetencias, y de la supresion de los meses. Pero el mas decisivo, aun por la confesion de todos los

comadrones, el único demostrativo consiste en los movimientos del feto, que se sienten ácia el cuarto mes del embarazo. Asi es que las mugeres pueden por sí mismas conocer si estan embarazadas mejor que nadie; y los comadrones, que se ven obligados á convenir en esto, deberian suprimir en sus tratados de partos las impertinentes reglas que dan sobre los reconocimientos. Para dar una idea de la solidez y de la sabiduría de estas reglas, no citaré mas que una, tomada de una obra de uno de los mas célebres comadrones: « Cuando se trata, dice, de reconocer á una doncella por alguna sospecha de embarazo, se debe desde el principio llevar el dedo con circunspeccion por el temor de desflorarla, si no lo está ya. » ¿ No es el mayor de los absurdos querer sobre la simple sospecha de un mal, que puede ser imaginario, producir otro mal real; esponerse, por saber si una muger ha cometido una falta, á hacerle mas fáciles todas las que puede cometer en lo sucesivo, arroyando el primer dique

que se opone en ella al vicio: desflorar, en fin, una doncella por conocer si ha sido desflorada? Y por desgracia todavía para la regla el medio que indica es insuficiente para llegar al conocimiento que se desea.

Del tiempo solo es del que se debe esperar este conocimiento. Tres ó cuatro meses de paciencia nos ilustrarán mejor que una práctica peligrosa, cuyos ensayos deshonrosos son peores que las sospechas que se quieren disipar. Aunque los inconvenientes de esta práctica no sean tan considerables para las casadas como para las solteras, no les harémos la injuria de creer que no sea penoso para ellas consentir en un examen que debe humillarlas á sus propios ojos, y que algunas veces puede envilecerlas para los de los otros: ellas pueden eximirse de esta ceremonia oprimente, aun cuando no hubiera otra razon que su inutilidad para el objeto que las obliga á sujetarse á ella.

Esperando que la muger embarazada se

convenza sobre su estado y salga de él, examinemos como se nutre y crece el individuo que se le ha agregado. Este fenómeno de la nutricion del feto, tan agitado por los fisiólogos, se verá esplicado por sí mismo, cuando hayamos espuesto las relaciones y conexiones físicas y morales que tiene con la madre.

El feto está en la matriz contenido en una bolsa doble que se parece bastante á un huevo sin cáscara. Harveo ha visto la bolsa esterior que se llama *corion*, formarse como una tela de araña. El ha percibido los primeros hilitos, estendidos desde un ángulo de la matriz al otro, entrelazarse formando al principio una red clara, y apretandose poco á poco la trama, formar despues un tejido firme y apretado: lo que prueba que es la obra de un trabajo particular de la matriz, como lo hemos dicho en otra parte. Esta bolsa está inmediata, pero sin estar unida á otra interior mas delgada, que se llama *amnios*.

Estas dos bolsas estan llenas de un licor, en

el que nada el feto, de una naturaleza linfática, dulce en el principio del preñado, pero acre y salino en su fin. La cantidad relativa de este licor es tambien mayor en los primeros tiempos del embarazo que en los últimos. El orígen de estas aguas es sin duda el mismo que el de los humores que riegan todas las cavidades del cuerpo: verosímilmente son el producto de una exudacion de todas las partes que forman las secundinas. Puede ser que la orina del feto contribuya tambien á ellas, porque en la especie humana no hay el mismo recurso que en otros animales, en los que el feto vierte su orina, por un canal nombrado *uraco*, en una especie de vejiga que se llama *alentoides*, situada entre el corion y el amnios. La utilidad de las aguas de las secundinas es demasiado evidente para que perdamos el tiempo en demostrarla. El contacto de cualquiera otro cuerpo que un fluido sin duda hubiera sido peligroso para un ser tan delicado como el feto, que él mismo principia por ser casi fluido. El está sus-

pendido libremente en este licor, al abrigo de los choques y de los accidentes destructores.

El corion no se adhiere inmediatamente á la cavidad de la matriz; hay entre él y esta entraña un cuerpo esponjoso, vascular, grueso en su centro, y que se adelgaza ácia su circunferencia. Se llama la *placenta*, porque tiene la forma de una torta. La matriz y la placenta estan unidas por cavidades y tubérculos que se prestan simultáneamente la una á la otra. Estas ligaduras, suficientes al principio para el feto todavía pequeño, se hacen mas sólidas á medida que este crece. Se pretende que limitandose en el principio á transmitir á la placenta un humor lacticinoso para el mantenimiento del feto, degeneran despues en venas para suministrarle sangre pura. Esta última opinion no está unánimemente admitida: muchos creen que nunca pasa de la matriz á la placenta mas que un licor lacticinoso. La placenta lo envía al feto por el cordon umbilical.

Este cordon, cuya forma, longitud y gor-

dura varian frecuentemente, está unido por una parte al ombligo del feto, y por la otra á la placenta. Está formado de tres vasos sanguineos, dos arterias y una vena, situadas las mas veces paralelamente, y algunas enroscadas, lo que en este último caso da al cordon una forma nudosa. Estos vasos estan encerrados en una túnica comun, que parece ser una continuacion del corion y del amnios. En los animales, contiene tambien este cordon al uraco: en el feto humano, no pasa el uraco del ombligo, y nó se descubre mas allá ningun vestigio de él.

Las arterias umbilicales llevan la sangre del feto á la placenta, en donde forman muchos ramos que se subdividen en una infinidad de pequeñas arterias. Repartidas estas por todas las partes de las secundinas se abocan con una infinidad de venas capilares, que reuniendose sucesivamente forman en fin la vena umbilical, la que vuelve la sangre al feto; pero con la sangre le lleva tambien los jugos lacticino-

sos, suministrados por la madre para su mantenimiento y nutricion.

Esta especie de circulacion, fuera de los órganos del feto, es un fenómeno cuyos usos no nos son bien conocidos. Ciertamente es absolutamente necesario que el niño reciba un nuevo nutrimento por el cordon umbilical; pero no parece esencial que la sangre del feto salga de su cuerpo para distribuirse en la placenta. Es necesario, ó que la sangre arterial que pasa por el cordon umbilical esté destinada á nutrir y hacer crecer las secundinas, lo que podria muy bien ejecutar la matriz, pues que ella ha hecho los primeros gastos, ó que el fin de su pasage sea el de preparar en la placenta los humores maternales que llegan á ella, y hacerlos allí mas análogos á los del hijo en el que van á entrar. Tal vez seria un salto demasiado rápido y que dañaria á las dulces graduaciones por las que marcha la naturaleza por lo comun, si pasasen rápidamente al feto los humores animalizados en el cuerpo de la madre.

Tal vez era necesario que estos se modificasen en la placenta por la mezcla de la sangre del hijo, para que pareciesen menos estraños cuando los recibieran los débiles órganos de este último. En este caso la placenta servirá de estómago al feto, y digerirá los jugos lacticinosos que la madre le envía; y el producto de esta digestion singular será conducido por la vena umbilical al hígado, como en los demas individuos es en parte conducido el quilo por las venas mesentéricas.

Despues de lo que acabamos de esponer, no se debe ya preguntar como se nutre el feto en el vientre de la madre: es claro que esto sucede por los humores que esta le suministra, digeridos en la placenta, y transmitidos á la vena porta por la vena umbilical. Es maravilloso que se haya puesto en cuestion si el feto tomaba su alimento por la boca. El feto tiene muchos órganos de los que no debe hacer uso, sino cuando esté separado de la madre, y que son inútiles á su existencia actual. Su

boca, su estómago, sus intestinos estan sin ejercicio, como tambien sus pulmones: todas estas cavidades estan entretanto humedecidas por un humor que impide su reunion, y que se espesa en ellas hasta un cierto grado. En los intestinos se mezcla con la bílis, y forma con ella lo que se llama el *meconio*. Asi es que preguntar como se nutre el feto, es lo mismo que preguntar como se nutre la matriz, el hígado y el bazo de la madre. El feto está unido á estas partes por la placenta, y es como un órgano añadido á los de la madre; tiene el mismo alimento que los demas, con la preparacion posterior que este alimento sufre en la placenta ántes de llegar al hijo.

En efècto, la placenta, la matriz, las envolturas del feto, el cordon umbilical, el feto, todo esto se nutre y crece al mismo tiempo. Los canales que llevan el nutrimento á este último aumentan de calibre á medida que se estienden su volúmen y sus necesidades.

No obstante, se puede conjeturar que el feto,

como ser individual y en virtud de su existencia, asimila y dispone por sí mismo los jugos ya vivientes y asimilados que le envía la madre; pero será demasiado difícil determinar hasta que punto el hijo crece por su propio impulso, sin que el de la madre contribuya á ello, y si la actividad del feto puede estenderse hasta sus envolturas y la placenta, que parece pertenecer mas al hijo que á la madre; ó si la vegetacion de estas partes es enteramente la obra de esta. Si este último punto es problemático, por lo menos es verosímil que el hijo no tiene ninguna accion sobre la matriz, que crece y sigue los progresos del feto. En cuanto á este, hay apariencia de que su acrecentamiento es el efecto combinado de la accion vital de la madre y de su propia actividad. Es racional creer que la madre no está con respecto á esto en un estado tan pasivo como muchos piensan; y si ella lo lleva y lo nutre, esto es en ella el efecto de un instinto vigilante. Con mucha frecuencia parece este instinto tan

ocupado del bienestar del feto, que olvida por él el cuidado de los órganos de la madre, y trabaja en la gordura del primero á espensas de la otra. Stahl cree haber observado que las mugeres que enflaquecen durante el embarazo paren con frecuencia muchachos muy nutridos, miéntras que es comun ver mugeres que conservan su gordura dar á luz hijos desdichados. En fin es verosímil que el feto y sus dependencias estan bajo la tutela y bajo la salvaguardia del principio activo que anima á la madre, y que su acrecentamiento es el fruto de un trabajo dirigido por este principio.

Esta direccion, sin la cual se desplomaria á cada instante la obra de la generacion, puede trastornarse por las falsas ideas que se han formado de la preñez. Se cree comunmente que porque la muger nutre un hijo en su seno, tiene necesidad de comer, segun el dicho vulgar, por dos; y que para no incomodarle con sus movimientos, debe condenarse á no mover ni piés ni cabeza.

Por lo que respecta á la cantidad de alimentos necesaria á una muger embarazada, puede ser que nadie hubiera sospechado que necesita menos que cuando está libre, si no estuviéramos convencidos por la observacion. Los conatos de vomitar, la opresion que una muger preñada esperimenta durante largo tiempo, la necesidad que la obliga á recurrir á sangrías frecuentes, anuncian en ella una superabundancia de humores que desarreglan su curso. Asi es que por lo comun el instinto le inspira aversion á los alimentos demasiado nutritivos, como las carnes. Hemos visto mugeres que no han cesado de vomitar durante todo el embarazo, y que apénas han conseguido detener en su estómago algunos bocados ligeros, que despues han parido hijos bien constituidos. Tambien hemos visto otras, que sin el menor inconveniente para los hijos que han parido, se han sustentado todo el tiempo de su prenado solo con café, en el que mojaban algun pedazo de pan. Estos ejemplos no son

dignos de imitarse; pero prueban que una muger embarazada y su hijo pueden vivir con un nutrimento muy escaso, y que es aun mucho mas temible el estremo opuesto. Esta es una de las principales causas de los accidentes frecuentísimos á que estan sujetas las mugeres, cuyo estado las proporciona un alimento abundante y escogido. Las mugeres del vulgo, que cuando estan embarazadas viven como tenian de costumbre ántes de estarlo, se ven menos espuestas á las catástrofes que son demasiado comunes en las primeras.

Las mugeres del vulgo sacan tambien una grande ventaja del trabajo á que las sujeta su condicion: ellas encuentran en él un ejercicio necesario é indispensable, del que se privan las mugeres ricas por falsos raciocinios; porque los respetos que exige el embarazo no les impide mas que los esfuerzos violentos. ¿Y si un ejercicio moderado conviene para la salud de la madre, por que será dañoso para la del hijo? Los humores que esta le suministra serán

sanos en tanto que hayan sido depurados por una ligera agitacion del cuerpo, en lugar que dejandolos estancarse por la inaccion, se les permite contraer cualidades viciosas que necesariamente se comunican á los del hijo. El preñado y la lactancia, funciones incompatibles con los trabajos forzados, debiendo llenar el mayor intervalo de la vida de la muger, determinan el género de ocupaciones mas propio de cada sexo; y de este diferente destino, verosímilmente nacen en parte las inclinaciones, los gustos y la mayor parte de las demas diferencias morales que distinguen al hombre y á la muger.

Uno de los mayores bienes que produce el trabajo, es el de sustraernos del imperio de las pasiones: en la calma y en la tranquilidad del cuerpo, es donde fermentan, y donde ejercen su furia: y si turban por lo comun las funciones vitales, no son menos funestas á la que se le debe la conservacion de la especie. Ellas son el orígen de la mayor parte de los abortos;

y he aquí por que este accidente es mas comun entre las mugeres, que la sociedad en que viven y el estado en que se encuentran colocadas esponen á los sacudimientos violentos de las pasiones. Los malos partos de las mugeres del campo son casi siempre causados por esfuerzos violentos, ó por caidas; raras veces son producidos por las causas morales. Los animales que todavía estan mas al abrigo de estas últimas causas, no se ven sujetos al aborto, sino cuando este es solicitado por la violencia de los hombres.

No son solamente temibles aquellos accesos de las pasiones, tanto mas terribles cuanto mas cortos, que trastornan en un instante toda la máquina; tambien se deben temer los efectos de aquella tristeza habitual que alimentan ciertas almas, que hace que se indignen de todo, y que el menor objeto las ofenda. Este carácter irritable, siempre pronto á rechazar todo lo que se le aproxima, es muy capaz de trastornar las operaciones de la naturaleza

ocupada del cuidado del feto : puede muy bien suceder que en ciertos momentos de inquietud, en que todo parece que la importuna, pierda de vista el objeto mas querido, y lo arroje afuera como un peso que la oprime. Se ha observado que las mugeres mas espuestas á malparir, son delicadas, sensibles, y fáciles de irritarse. Hay esto de particular, que el imperio de la costumbre, de que se ha tratado en otra parte, se manifiesta tambien aquí; y las mugeres que esperimentan muchas veces este funesto accidente, lo sufren casi siempre en la misma época de su embarazo.

Asi es que la moderacion, la sobriedad y el ejercicio deben reglar la conducta de las mugeres embarazadas. Ellas deben estar mas sujetas á esta conducta, que cuando no estan en este estado; lo que les es tanto mas esencial, cuanto que puede dispensarlas de recurrir á los remedios empleados con demasiada frecuencia en las embarazadas, previniendo las causas que los hacen necesarios. Las sangrías

y las purgas son mas bien recursos contra las consecuencias de un mal régimen, que contra el preñado que no es una enfermedad; al contrario entra en el sistema del hombre sano. Las hembras de los animales, y las mugeres cuya constitucion no ha sido depravada por la molicie, no estan enfermas durante la gestacion. Esta no es una enfermedad sino para las mugeres, cuyos órganos enervados hacen penosas todas las funciones para aquellas máquinas delicadas y frágiles, en las que cada digestion es una corta enfermedad. Las demas llegan por lo ordinario al término de su preñado, sin mas enfermedad que la sujecion inseparable de este estado.

CAPITULO VI.

Del término natural del parto.

La duracion del preñado no es la misma en las diferentes especies de animales. En una es de once meses, en otra de cinco, en esta de seis semanas, en aquella de un mes, y en la especie humana comunmente es de nueve meses. Seria ultrajar á la razon recurrir á la autoridad de Hipócrates y de Aristóteles para establecer un hecho tan generalmente admitido, y que toca tan frecuentemente á los ojos de todos. Si el voto de estos autores es de algun peso y merece alguna consideracion, es cuando se trata de hacer ver la realidad de alguna escepcion del órden constante de la naturaleza. Estos hombres y los que se les parecen, mas ejercitados en seguir las diversas inflexiones de su marcha, estan tam-

bien mas al alcance de percibir los estravíos que se escapan á los ojos distraidos de los demas: en este caso, se puede prestar á sus decisiones aquel grado de consentimiento que se debe á la relacion de un hombre ilustre y desinteresado en una materia que no admite mas que probabilidades, y nunca una prueba física. Cuando Hipócrates, Aristóteles, M.r Lieutaud, M.r de Buffon, M.r Petit, y tantos otros escritores capaces de imponer por su sabiduría y por la superioridad de sus talentos, nos dicen que la duracion del embarazo se prolonga algunas veces hasta el décimo, undécimo, y duodécimo mes, se los puede creer; no porque lo han dicho ellos, sino porque un hecho que no repugna al entendimiento, y que no choca con la precision y el órden natural de las ideas, atestiguado por hombres instruidos, debe ser creido, si no se tiene una prueba completa y demostrativa de lo contrario.

Los que sostienen la imposibilidad de los

nacimientos tardíos, tienen toda la desventaja del que defiende una proposicion negativa, y asi sus raciocinios se resienten de la debilidad y de la incertidumbre de los principios sobre que fundan sus pretensiones. Unas veces dicen que las leyes de la física se oponen á los partos tardíos; que el órden de la naturaleza, que ha fijado la duracion del preñado á nueve meses en la especie humana, es invariable; y otras, ocupandose poco sobre si existe ó no el hecho, y no atendiendo mas que á sus consecuencias, aseguran que si el término del parto pudiera variar, el desórden y la confusion se apoderarian de la sociedad. Mudando asi de cuestion, é invocando en un principio las leyes de la física que no se conoce, y un órden cuyos resortes son ocultos, y queriendo despues decidir sobre la realidad de un hecho natural por las consecuencias morales que pudiera tener, se parecen á unos hombres que, caminando sobre un terreno infiel y poco seguro, dirigiesen temblando sus pasos aquí y

allí, sin fijarlos en ninguna parte; ó á aquellos artesanos torpes, que escogiendo entre malos instrumentos desechan sucesivamente los que se les presentan, y acaban por tomar el peor de todos.

La mayor parte de los médicos y de los naturalistas antiguos pensaban que el término natural del parto no es tan fijo en la especie humana como en los animales; y verosímilmente habian observado mejor y con mas filosofía, que los modernos que los contradicen, bajo el pretesto de que los siglos en que vivian no estaban todavía ilustrados por la antorcha de la física. Sin duda que la física nos ha enseñado muchas cosas, pero falta mucho para que nos haya descubierto la razon de los períodos que tienen los cuerpos vivientes en sus operaciones. Todavía nos deja ignorar por que los accesos de las calenturas vuelven todos los dias, ó de dos en dos, á la misma hora; por que las crísis de las enfermedades se preparan y se maduran en un tiempo de-

terminado; por que vienen los dientes á una cierta edad; por que la facultad de engendrar principia y cesa en épocas señaladas: en fin, la física no nos ha instruido mejor sobre la causa que fija la duracion del embarazo á nueve meses, que sobre la que señala veinte y un dias á la incubacion de un pollo.

Los médicos que impugnan la opinion favorable á los nacimientos tardíos, no podrán indicar una ley de física, de la que se deduzca necesariamente que el hijo debe venir al mundo nueve meses despues de la concepcion. Si de que sucede asi lo mas frecuentemente, concluyen que debe suceder siempre, se engañan deduciendo esta consecuencia. La frecuencia de un hecho no prueba que se repetirá siempre, ni de ella podrá resultar mas que probabilidades é inducciones morales, siempre insuficientes para una demostracion.

Las autoridades con que intentan reforzar su opinion, son un recurso igualmente impotente; y la calidad de los sujetos que citan, es

enteramente indiferente para el hecho que se quiere probar. M.r Astruc, que no admite los embarazos prolongados, no ha dejado de hacer uso de su erudicion en una materia que nó exige mas que lógica. Segun la costumbre de los sabios, que son mas solícitos en citar que delicados sobre la eleccion de sus citas, saca sobre la escena á Menandro, á Plauto, á Terencio y á Virgilio, para contrarestar la opinion de los filósofos y de los médicos antiguos y modernos, que sostienen que el parto puede algunas veces retardarse mas allá del décimo mes. Probablemente Virgilio no pretendia resolver un problema de historia natural, cuando decia en términos poéticos y armoniosos á un niño, que él habia costado diez meses de disgustos y de penas á su madre (1); pero si tuvo esta intencion, su testimonio no tendrá mas fuerza ni será mas competente para es-

(1) Matri longa decem tulerunt fastidia menses. Eglog. IV.

tablecer la imposibilidad de los partos tardíos.

M.r Astruc mira sobre todo como un argumento sin réplica la disposicion de las leyes rômanas, que cierran la sucesion á los hijos nacidos diez meses despues de la muerte del marido de su madre. Pero no se sabe por que las leyes han de ser mas decisivas que la relacion de los autores mas graves : siendo las leyes la obra y la espression de la voluntad de los hombres, no podrán tener mas valor para aclarar una cuestion de filosofía, que tienen todos los demas testimonios humanos.

No es este el caso de mirar una ley como un oráculo que debe recibirse con una sumision respetuosa. Si ella tiene un carácter sagrado, es para los lugares y para los tiempos en que se ha hecho, y relativamente al objeto sobre el que se ha establecido. Ademas, los motivos que hacen establecer una ley, frecuentemente se fundan menos sobre la verdad física de las cosas, que sobre la relacion que estas pueden tener con el interes de la sociedad. Se

ha querido que los hijos que naciesen mas de diez meses despues de la muerte de su padre, no tuviesen el derecho de sucesion. Esta ley puede ser muy sabia, porque es bastante raro que una muger para despues del décimo mes de su embarazo, para que sean muy temibles los efectos de esta disposicion; en lugar de que los inconvenientes que resultarian de un término indefinido para el parto, tal vez se repetirian á cada instante : la incertidumbre sobre el orígen de los ciudadanos traeria mucha confusion sobre sus derechos, sembraria la desconfianza en el seno de las familias, aflojaria los lazos de la sangre, y por consiguiente los que nos unen á la patria. Los legisladores han querido mejor esponerse á cometer algunas injusticias particulares, que dejar un camino abierto á la corrupcion de las costumbres, y esponerse á ver perecer todo el cuerpo. Asi es que decidiendo que el término del parto se fije en los diez meses, no han pretendido que naturalmente no pueda este escederlo,

sino que el bien de la sociedad exige que no haya mas partos legítimos que los que se hacen en este término.

Pero hay gentes, mas severas que la ley, que han decidido desde su tribunal, que el parto debia hacerse en el término preciso de nueve meses cabales; y otros han tenido la indulgencia de conceder diez dias mas. Será siempre admirable, que unos hombres que ignoran todavía las causas físicas de las funciones mas sensibles y mas familiares del cuerpo humano, que tal vez no sabrán jamas la verdadera razon que hace mover su pié, se hayan atrevido á tomar el tono mas magistral y mas decidido sobre una materia que deja apénas algun lugar á las mas modestas conjeturas; á pronunciar dogmáticamente sobre lo que es ó no es posible; á designar límites á la naturaleza como si conociesen perfectamente sus resortes, y á sujetarla á una precision matemática que tal vez ella no conoce.

Quieren apoyarse en el órden aparente que

siguen las diversas producciones vegetales y animales, y en la pretendida igualdad de los intervalos que estas tienen en las diferentes épocas de su desarrollo. Pero, ademas de que les es muy difícil hacer ver una exacta igualdad en el tiempo que los individuos de cada especie gastan en desenvolverse, es un raciocinio vicioso servirse del ejemplo de los vegetales y de los animales, para decidir una cuestion relativa á la especie humana. Parece que no conocen la diferencia que hay entre la verosimilitud que resulta de una simple analogía, y la fuerza triunfante de una prueba física. Ademas les ha faltado hacer una distincion esencial que se ha escapado tambien á sus adversarios.

Todos los seres que componen el universo estan unidos entre sí por relaciones generales y por propiedades comunes, en virtud de las cuales siguen algunas leyes que son las mismas para todos. Pero algunos tienen propiedades particulares, que les dan una tendencia especial y propia; de manera que aun arrastrados

por el impulso general, estan sometidos á otro particular: de lo que resulta en ellos una marcha, unos movimientos y unos efectos particulares. Cuanto mas tienen los cuerpos de estas propiedades particulares que los distinguen de la materia comun, tanto mas independientes parecen de las leyes generales que dirigen á esta. Los vegetales, por ejemplo, son superiores á ella por su organizacion, á la que deben unas cualidades que dependen poco de los atributos generales de la materia bruta é inerte; no obstante, como tienen mas relacion con esta que los animales que se diferencian de los vegetales por el movimiento progresivo, y por los diversos grados de moralidad que los caracterizan, estan subordinados mas sensiblemente á su marcha uniforme y constante. Las plantas para germinar, crecer, desarrollarse y reproducirse, tienen necesidad del impulso periódico y regular del sol, que pasando sobre nuestro hemisferio viene á despertarlas del sueño profundo en el que tal vez quedarian

sepultadas sin su influjo, y no obstante se puede observar que todas sus operaciones y todos sus movimientos no estan de tal manera proporcionados y unidos á la accion de este móvil, que no tengan ellas movimientos propios què dependen del grado de sensibilidad de que estan dotadas. Por otra parte, las plantas estan destinadas á vegetar siempre sobre el mismo suelo y en el mismo clima, de lo que se sigue que debe ser bastante regular el órden de su desarrollo.

Los animales parecen enteramente independientes del principio que regla la marcha de las plantas; ellos viven, crecen, y se reproducen en todos los climas y en todas las estaciones. No obstante, siguen unas leyes bastante constantes; sus funciones se ejecutan con bastante regularidad, porque el principio vital que las dirige no se ocupa mas que de este objeto, y porque exigiendo cada una de estas funciones un espacio de tiempo determinado, mide él sus movimientos con arreglo á esto. En la

especie humana, tiene algunas veces la moral tanta actividad y tanto imperio sobre los movimientos físicos del cuerpo, que detiene, acelera ó pervierte su curso; lo que debe variar mucho el órden y la cantidad de tiempo que exigen las diversas funciones vitales y animales. El pensamiento y la voluntad parece que separan al hombre de la grande cadena que lo une á todos los demas seres; y los hilos imperceptibles que lo atan á ella son bastante flojos para permitirle algunas veces alejarse de la marcha exacta y recta que aquellos estan obligados á seguir. Asi se ha observado (1) que en los hombres sencillos y cuyas pasiones estan en calma, tales como los habitantes de los campos, las crisis que son una de las grandes funciones vitales del estado de enfermedad, se hacen de una manera exacta y conforme á lo que los antiguos nos han dicho de ellas. En los hombres ocupados largo tiempo de las pasiones

(1) Baglivio, *Praxeos medicae*, lib. 2, cap. 12.

fuertes, la turbacion y el desarreglo del alma se comunican al cuerpo, alteran sus funciones, y lo disponen á aquella multitud de enfermedades que distinguen tan cruelmente á la especie humana de todas las demas (1). Los movimientos vitales deben ser en ella en tanto precipitados, en tanto remisos, segun la diferente situacion en que se encuentre el alma y el diferente carácter de la pasion que la domine.

La gestacion es una funcion animal, sujeta á los mismos accidentes que todas las demas, y puede ser adelantada ó retardada. En efecto, el aborto es más comun en la especie humana que entre los animales, y esto debe suministrar una induccion racional para los nacimientos tardíos. Cuando estos se verifican, se pueden atribuir á la irregularidad de los movimientos de la naturaleza, ó adormecida ó trastornada por algun afecto desordenado, con mucho

---

(1) Stahl, *de frequentia morborum in homine præ brutis.*

mas fundamento que á las razones tomadas del volúmen ó de la imperfeccion del hijo: porque parece que decir que el hijo nace á los diez ú once meses, porque á los nueve no ha adquirido todavía todo el aumento y todo el volúmen que lo ponen en estado de solicitar á la matriz para que se desembarace de él, es servirse de la razon que alega Rabelais para el nacimiento de Gargantua (*), que él hace nacer á los once meses.

Esta razon no se podrá proponer seriamente, tanto mas que el estado de los hijos que nacen en los diferentes tiempos del embarazo no la justifica. Los partos prematuros que se hacen ántes del séptimo mes, no presentan por lo comun mas que resultados imperfectos, seres cuyos órganos no estan todavía bastante formados, ó bastante fuertes para conservar la vida que han recibido: por consiguiente no se

(*) Hombre extraordinariamente grande, que se ha fingido para cuentos de diversion.

puede decir de ellos que el volúmen de su cuerpo ha escitado á la matriz á contraerse y á precipitar el parto. Los hijos que nacen á los nueve meses no son siempre bien conformados, bien sanos, y bien voluminosos; los hay entre ellos tan ruines, que no deberian haber visto la luz hasta el undécimo ó duodécimo mes, si la naturaleza arreglase su marcha á la perfeccion que deben recibir sus obras.

El carácter de sus operaciones es ser ejecutadas con corta diferencia en determinados intervalos de tiempo, ya sea que salgan bien, ó ya sea que se terminen mal: no es el buen suceso el que decide de su duracion. En las crísis de las enfermedades, combate la naturaleza los principios de muerte que amenazan á la máquina, y este combate acaba siempre en dias señalados, ora que salga victoriosa, ora que sucumba. Lo mismo sucede al parto, que es una especie de crísis. En el curso ordinario de las cosas, se verifica al fin del noveno mes del preñado, independientemente del estado en

que se pueda encontrar el feto en esta época; pero como las crísis pueden ser turbadas por un mal tratamiento, por un mal régimen, y sobre todo por los movimientos desarreglados del alma de los enfermos, del mismo modo puede tambien variarse algunas veces el término del embarazo por causas semejantes. Y así una sensibilidad inquieta de la matriz, y los movimientos irregulares de este órgano, escitados por alguna pasion viva, pueden adelantar el parto, como un defecto de energía de parte de este órgano, producido por causas morales ú otras, puede retrasarlo.

Hemos entrado en una discusion que no interesa á la muger que vive segun las leyes de la naturaleza, mas que en cuanto puede escitarla á no separarse de ellas; y como la naturaleza lo hace todo á tiempo, y todo bien cuando no es interrumpida, se debe esperar que la muger que sigue exactamente sus leyes para á el término señalado para esta operacion, es decir, al fin del noveno mes.

CAPITULO VII.

Del parto natural.

Hemos dicho que si algunas causas accidentales y raras hacen algunas veces variar el término del parto, se las debe buscar mas bien en las determinaciones propias del principio vital de la madre, distraido ó trastornado en sus movimientos ordinarios, que en la disposicion actual del hijo, cuyo vigor ó debilidad, magnitud ó pequeñez, y todas las demas circunstancias esteriores, alegadas con demasiada frecuencia y arbitrariedad, no tienen mas que una muy ligera influencia sobre el acto que produce el parto.

El error que ha hecho buscar en otra parte las causas determinantes del parto natural, ha dado orígen á una infinidad de hipótesis, la mayor parte ridículas, y todas falsas. Unos han

creido que el hambre escitaba al feto á forcejar y salir de la matriz; otros han atribuido su salida á la necesidad de respirar; algunos á la de orinar; otros al cólico ocasionado por el *meconio*: en fin, ha habido quien se ha puesto en lugar del feto, y le ha prestado los afectos que serian mas temibles para él en una prision igual á la que tiene el feto. Se conoce el vacío de todas estas esplicaciones, por poca atencion que se tenga á que, muerto el hijo en el seno de su madre, el parto no se hace con mas dificultad; y este hecho solo demuestra que el feto es ó puede ser absolutamente pasivo en esta operacion natural.

Ella depende pues directamente del órgano en el que el feto está contenido. En efecto, este órgano al término señalado por la naturaleza combina sus movimientos, de manera que el hijo que tiene en depósito, oprimido por todas partes, se vé obligado necesariamente á salir por el paso que se le presenta, como sucederia al hueso de una fruta, cuya corteza

tuviera la facultad de contraerse en todos los puntos de su estension. La matriz, como una corteza activa y sensible, agitandose y contrayendose, rompe las débiles adherencias que unen á su parte cóncava las membranas que envuelven al feto, y repite sus sacudimientos, no solamente hasta que han salido las membranas, el feto y las aguas en que nada, sino aun despues hasta que se desembaraza de los humores ya superfluos de que se encuentra empapada todavía despues del parto.

Todo se quiere saber, y se pregunta ¿cual es el principio que determina á la matriz á contraerse de esta manera? Un autor célebre (1) pretende que esta víscera distendida sucesivamente durante todo el tiempo del embarazo á medida que el feto aumenta de volúmen, y habiendo llegado, ácia el fin del noveno mes, al último grado de estension de que es susceptible, se rehace contra el objeto

(1) M.r Petit, médico de la Facultad de Parí

que la distiende y la irrita, y que el parto es el fruto de esta reaccion. Aunque las decisiones de este médico merecen mucho respeto, nos parece que si alguna vez debe la matriz estar irritada por la presencia del feto, debia ser en el principio del embarazo, cuando por la primera vez se vé forzada á estenderse, y cuando el cuerpo estraño que la oprime comienza á alterar sus dimensiones naturales; entónces debe ser tanto mas sensible á la violencia que sufre, cuanto no está todavía acostumbrada á ella: entónces es cuando debe rehacerse con fuerza, y con toda la ventaja que le promete la obra de la generacion todavía mal asegurada. Pero, en lugar de rehacerse, se estiende y se desplega. Los cuerpos organizados no se dilatan sino por el placer; ellos se adelantan á las causas que lo producen, estienden su superficie para multiplicar la sensacion que los halaga: por el contrario se contraen y se aprietan para sustraerse del dolor, y quisieran aniquilarse á la presencia del

objeto que los hiere. La matriz, pues, se contraeria en los primeros tiempos del embarazo, y jamás llegarian á su madurez los frutos que debe llevar.

Algunos dicen que despues de haber dado el feto la vuelta, cae sobre el cuello de la matriz, y produce en él por su peso una irritacion que escita á este órgano á abrirse y á ofreceerle paso. Por lo que acabamos de esponer, se deduce que verificandose la impresion que hace el hijo inmediatamente sobre el orificio interno de la matriz, deberia este orificio cerrarse mas bien que abrirse; y nada produciria un mayor obstáculo para el parto, como esta circunstancia que tanto se hace valer para esplicar el mecanismo de esta operacion.

Nos limitamos á estas reflexiones que podríamos estender mas, para hacer ver cuan arriesgadas son las esplicaciones mecánicas, cuando se trata de esponer el encadenamiento de las funciones que constituye el sistema ani-

mal. Este encadenamiento ofrece ciertamente muchos efectos secundarios y pasivos, que son una consecuencia necesaria de la disposicion mecánica de los órganos. En el embarazo, por ejemplo, la compresion que hace el feto sobre las diferentes partes de la parte inferior del vientre, oprime durante algun tiempo sus funciones: las escreciones y secreciones se trastornan mas ó menos, y el curso de los humores se encuentra mas ó menos desarreglado; pero en todo lo que las grandes operaciones de los cuerpos vivientes tienen de activo y de espontáneo, las ideas del mecanismo son mas propias para engañarnos, que para ilustrarnos sobre su verdadera naturaleza; y jamas la llegarémos á conocer, sin recurrir á un ser independiente de las leyes que siguen los cuerpos inanimados, que obra con eleccion y medida, y de la manera mas favorable á un fin determinado.

Las causas finales que algunos filósofos querrian desterrar como un principio estéril

(lo que tal vez es cierto en física), son en la medicina el fundamento de las mas sólidas verdades que nos han transmitido los antiguos, y sobre todo Hipócrates. Tal vez se ha creido que era demasiado trivial y ordinario pensar que el agente que preside á la formacion de nuestro cuerpo, nos haya hecho la boca para comer, los ojos para ver, y los oidos para oir. Ignoramos si son necesarios muchos esfuerzos y mucha sutileza para sustraerse á las primeras nociones del sentido comun; pero nos parece que los que desechan enteramente las causas finales, se separan tanto de la verdad, como los que mas han abusado de ellas; porque es necesario confesar que ciertos escritores han hecho de ellas un uso estraño. Para no salir del objeto que nos ocupa, podemos citar á M.r Astruc (1), que dice que las envolturas del feto, apoderandose al mismo tiempo que él del orificio de la matriz, sirven

---

(1) Enfermedades de las mugeres, tomo 5, p. 375.

para tapizar este pasage, y para defenderlo contra los frotamientos del feto, *y de los dedos de las matronas*. Creer que la naturaleza disponiendo los objetos que deben favorecer al parto, haya pensado en la torpeza de los comadrones ó de las matronas, es suponerle una providencia, que desgraciadamente seria muy necesaria, pero que casi no tiene para las faltas que nosotros podemos cometer: ella lo ha hecho todo bien en nuestro favor; tanto peor para nosotros si echamos á perder su obra. *Era necesario*, dice el mismo autor, *que su cara (del feto) estuviese vuelta al lado del hueso sacro, para impedir que su nariz se aplastase por el hueso pubis, y que se ahogase por la irrupcion de las aguas del amnios* (1). Un niño que viene de vivir nueve meses en el agua, ¡ahogarse, cuando sale de ella, por algunas gotas! ¡Oh Astruc! ¿habeis pensado bien esto?

(1) Enfermedades de las mugeres, tomo 5, p. 361.

Sin suponer pues en la naturaleza temores frívolos, ni sujetarla á detalles que desdeña, se puede razonablemente creer que despues de haber hecho tomar á los diferentes órganos destinados para concurrir á la generacion, las modificaciones mas convenientes para la concepcion del hijo, y para su conservacion durante el embarazo, les da tambien las que pueden hacerlo salir con menos inconveniente del seno de la madre. Al acercarse el tiempo en que debe verificarse el parto, sucede una revolucion sensible en el estado físico y moral de la muger: su vientre se baja y presenta menos prominencia. Se pretende que esta mudanza es el efecto de la vuelta del féto, que despues de haber estado situado durante todo el tiempo del embarazó la cabeza en alto, la cara ácia el vientre de la madre, y las membranas recogidas en forma de peloton, cae al fin del noveno mes, la cabeza abajo y la cara dirigida ácia la espalda de la madre, sobre la parte de la matriz que debe abrirse para dejarlo pasar.

Hay apariencia que esta especie de caida del hijo es mas bien producida por las primeras oscilaciones de este órgano que principia á conmoverse, y que semejante á un vaso agitado muda necesariamente la situacion de los objetos que contiene, que una consecuencia de las leyes de hidrostática, cuya aplicacion seria tan difícil de hacer en ésto, como la de todas las demas leyes mecánicas que se invocan frecuentemente tan mal á propósito. Ya sea que de esta caida resulte un sacudimiento que de la matriz se comunique á toda la máquina, ya que los primeros movimientos de este órgano despierten seguidamente la sensibilidad de todos los demas, la muger sufre entónces menos opresion y mal estar que anteriormente; al contrario, esperimenta aquel sentimiento de ligereza, de ánimo y de fuerza, que se muestra en los principios de una grande empresa.

Pero esta feliz disposicion se desvanece á los primeros accesos del dolor, que son la

consecuencia de los primeros esfuerzos considerables de la matriz y de las otras partes auxiliares que influyen sobre el parto. A medida que se aumentan estos esfuerzos, la tirantez y las contorsiones que traen consigo, haciendo á las fibras una violencia proporcionada á su delicadeza, redoblan el dolor, que tal vez no es de parte del alma mas que un temor estremado de verlas destruidas, y este se hace mas vivo y mas continuo: algunas veces llega á ser tan fuerte, que la muger sucumbiria al apuro que lo acompaña, si la naturaleza no tomara el partido de hacerlo cesar de tiempo en tiempo, suspendiendo los esfuerzos que lo producen: tambien hace suceder algunas veces las dulzuras del sueño para reparar mas eficazmente las fuerzas perdidas. No obstante, bien pronto es interrumpido este sueño por nuevos dolores, que anuncian que la naturaleza vuelve á tomar su obra.

Durante estas alternativas de trabajo y de reposo mas ó menos repetidas, el saco mem-

branoso, en que está encerrado el feto y del que solicita la naturaleza espelerlo, se apodera del orificio de la matriz: encontrandose cada vez mas oprimido por los sacudimientos combinados del fondo y de las paredes de este órgano, se rompe: las aguas que contiene se derraman por lo menos en parte, y bien pronto son seguidas del hijo. ¡Oh Rubens! dejo á tu pincel el cuidado de hacer interesante aquel estado en que las últimas impresiones de un dolor que se acaba, se mezclan todavía en la muger con la serenidad de la alegría mas pura; en que el abatimiento producido por los trabajos que acaban de cesar, aun no se ha borrado por los mas dulces sentimientos que pueden llenar un alma: en el que el temor, demasiado natural cuando se sufre de perder la vida, acaba de reemplazarse por el placer delicioso de habersela dado á un nuevo ser.

¿Pero por qué es necesario que este estado sea el precio de una serie de incomodidades, y de una graduacion de dolores frecuente-

mente insoportables? ¿y por que en esto estamos reducidos á envidiar la suerte de los animales, en los que el preñado es sin dificultades, y el parto casi sin sufrimientos, ó por lo menos esento de las consecuencias penosas y funestas que tiene tan frecuentemente en la especie humana? No obstante todo esto, nos engañaríamos en acusar á la naturaleza de injusta. Todavía se encuentran pueblos en los que su sello primitivo no ha sido destruido por los abusos de una sociedad refinada, y en los que gozan las mugeres casi de los mismos privilegios que las hembras de los animales. « Las mugeres de los Otiahs, se dice en la *Historia general de los viages* (1), ninguna inquietud tienen sobre el tiempo de su parto, y no toman ninguna de aquellas precauciones que hace casi indispensable la delicadeza de las europeas. Ellas paren en cualquier parte en que se encuentran, sin detenerse: ellas ó las

(1) Tom. XVIII, p. 527.

personas que las ayudan, sumergen al recien nacido en el agua ó en la nieve; y las madres al instante vuelven á tomar sus ocupaciones ordinarias, ó continúan su camino si estaban de viage.» Como este pueblo es vecino de los Samoideos, y se encuentra situado entre el cincuenta y nueve y el sesenta grado de latitud septentrional, no se deja de atribuir esta constitucion vigorosa á la rudeza del clima.

No obstante, en la misma historia (1) se lee que las mugeres de los habitantes de la isla de Ambina, ácia el tercer grado de latitud meridional, estan en el mismo caso; y el autor ó compilador de esta historia, refiriendo este hecho, encuentra su causa en el calor del clima, que hace (dice él) los miembros de las mugeres flexibles, y capaces de prestarse sin trabajo á los esfuerzos del parto. Por esto se puede conocer cuan versatiles son las esplicaciones que se sacan del frio y del calor, y

(1) Tom. XVII, p. 90.

cuantas causas enteramente opuestas pueden servir con mas verosimilitud que verdad para dar razon del mismo efecto en la jerga de los mecánicos. Lo repetirémos otra vez: no se considera bastante lo que pueden las costumbres y el hábito. En todos los climas, ha dado la naturaleza á los hombres y á los animales las facultades necesarias para llenar las funciones de la vida con facilidad. Los primeros con mucha frecuencia pervierten su uso, creyendo que la molicie, los cuidados y la abundancia de todas las cosas pueden suplirlas.

Sin ir á buscar ejemplos tan remotos como los que acabamos de referir, saldria de un error tan peligroso el que comparase sin prevencion, aun en nuestros climas, las mugeres del campo con las de las ciudades. Las primeras, distraidas continuamente en ocupaciones necesarias, se encuentran con frecuencia en medio de su preñado casi sin haberlo percibido, y esto es ya haber ganado mucho. Este nuevo estado, sin variar nada el curso de su

salud, ni su manera de vivir, no las obliga mas que algunos miramientos mas necesarios para el hijo que para ellas. Cuando llegan al fin de los nueve meses, como no estan hostigadas para parir, no agravan los trabajos que acompañan á esta funcion con las inquietudes de una esperanza temerosa. Algunas veces las sorprende la naturaleza en medio de los trabajos rústicos de que se han ocupado todo el tiempo de su embarazo, y que las han dispuesto mejor para el del parto: encontrando en ellas órganos robustos y un alma tranquila, obra sin contradiccion, y las hace parir por consiguiente con menos sufrimiento y mas prontitud. Las consecuencias del parto, que son en parte una enfermedad real para el mayor número de las mugeres de las ciudades, y en parte una especie de etiqueta y de convencion que las sujeta durante un tiempo determinado al régimen de los enfermes, cuando ellas no lo estan, no son casi nada para las mugeres del campo. No teniendo la naturaleza ni escesos

ni caprichos que combatir en ellas, se ocupa solo en su restablecimiento; y como ellas nada conceden ni á la opinion ni al uso, gozan tan pronto como pueden de los beneficios de la misma naturaleza. Ellas no tienen tiempo para dejarse caer metódicamente durante algunas semanas desde la cama á la silla poltrona; casi siempre tienen aquel valor que multiplica las fuerzas, y que la necesidad tambien da algunas veces á las mugeres de las ciudades. Entre estas no es raro ver algunas mugeres de artesanos poco acomodados, que se van á pie á casa de las matronas en el momento del parto, y que se vuelven del mismo modo al otro dia, libres y esentas de los accidentes que las mugeres ricas no evitan siempre en medio de las precauciones estudiadas que se toman en su favor: su fortuna no les permite estar incomodadas mas que tres ó cuatro dias. Parece que la naturaleza nos da fuerzas á proporcion de lo que hemos de usar de ellas. Nosotros hemos conocido una jóven que encontró

el medio de ocultar á todos sus parientes las señales humillantes de una debilidad, y la operacion que la libró de ellas. Como no habia sido legítimo su preñado, no tuvo derecho para estar enferma.

En cuanto á la mayor parte de las mugeres de la ciudad, y sobre todo de las ricas, en lugar del ánimo capaz de aminorar el sentimiento del mal, todo concurre á alimentar en ellas la pusilanimidad que lo hace mas vivo. La ansiosa curiosidad con que se trata de descubrir si estan embarazadas, el nuevo régimen al que se las somete cuando estan declaradas tales, los respetos, los cuidados solícitos, los alarmas fingidos ó verdaderos que reinan á su rededor, el número de gentes que las asiste, la inaccion á que se las condena, deben darles una idea espantosa de su estado, y parece que las dispensan de servirse de sus propias fuerzas, y por lo mismo se las aniquilan. Pasando hasta sus órganos la debilidad y la inercia de su alma, no pueden menos de disponerlos á una preñez

borrascosa, y prepararlas á un parto laborioso, y algunas veces fatal. El instinto que vela sobre la conservacion de nuestros dias, y que sabe tambien proporcionarse recursos en los males mas graves, debe debilitarse y perderse entre el tropel de socorros con que se abruma algunas veces á las enfermas. ¿Que le queda que hacer, cuando tantas gentes obran por él?

El parto es una funcion animal de la que verosimilmente no ha querido la naturaleza hacer una enfermedad. Esta funcion se ejerce en los animales casi sin dolor y sin peligro. En todas partes en donde no se han reducido á arte los medios de favorecerla, tienen las mugeres por lo comun partos menos penosos y mas felices que en los lugares que pululan en comadrones y matronas. ¿De donde vendrá esta diferencia mas que de la de las costumbres, y de la diversa manera con que son tratadas las unas y las otras, ó del abuso que se hace en estos últimos lugares de una falsa ciencia?

Si la delicadeza que resulta de una vida mole é inactiva hace mas dolorosos los movimientos de la matriz, se debe imputar la irregularidad que los hace funestos algunas veces para la madre y para el hijo, á una sensibilidad estraviada que la escita á esfuerzos casi siempre mal dirigidos, y casi siempre ejecutados fuera de tiempo. En este desórden es cuando el feto toma aquellas situaciones desventajosas, cuyo peligro exageran á lo infinito los comadrones y las matronas para dar mas valor á sus maniobras, pero que en efecto hacen el parto mas largo y mas laborioso: desórden sostenido y aumentado por la confusion que naturalmente debe producir la presencia de una multitud de personas, las unas queridas, las otras odiosas, algunas desconocidas, que por lo comun llenan la habitacion de una muger de parto; por los tormentos de un pudor muy poco atendido; por un aire de importancia demasiado afectado, que dan al asunto de que se ocupan los asistentes y los operadores.

Todos estos objetos deben escitar en la muger diferentes sentimientos, que interesando su alma, aumentan necesariamente la accion orgánica de las partes que deben ejecutar la accion del parto. ¡Feliz ella, si las matronas y los comadrones demasiado intrépidos no quieren con tentativas precoces solicitar una naturaleza que todavía no se presta, ni precipitar sus movimientos, y por consiguiente hacer abortar el fruto que se debe esperar; fatigar las partes ya demasiado irritadas, demasiado sensibles por el orgasmo y la tension que sufren, y arrastrar á la madre y al hijo á una ruina inevitable!

Las mugeres que tienen la fortuna de no estar oprimidas por una corte numerosa, y en las que nada trastorna á la naturaleza, estan poco espuestas á estas catástrofes, que lejos de desacreditar al operador que con frecuencia es la causa de ellas, lo hacen parecer mas necesario. La naturaleza, cuando obra por sí sola, sabe combinar y graduar su accion de

tal manera, que no hace mas que lo que debe hacer. ¡Ah! ¿y como no llegaria con facilidad al fin de una obra para la que todo lo ha prevenido, y lo ha dispuesto tan bien? ¿Como no llegaria ella con facilidad á sacar del seno de la matriz, de un órgano activo, flexible y aun vigoroso, un cuerpo que le es familiar, y que por su forma y por su consistencia casi no puede herir las partes que toca? ¿Como se veria ella embarazada para dar á luz un hijo, cuya colocacion está tan próxima á la puerta por donde debe salir; la misma que algunas veces se ha visto conducir sin consecuencias los cuerpos puntiagudos y cortantes al traves de los rodeos de las vias urinarias, y de los repliegues tortuosos del largo canal de los intestinos?

Ademas de esto, hay operaciones que la naturaleza quiere ejecutar en silencio y en secreto. Este instinto delicado se manifiesta tambien en algunas especies de animales que jamas llenarán ciertas funciones en presencia

de testigos, y que huyen la vista de los hombres para entregarse á ellas. El parto, por su naturaleza y por todas las circunstancias que caracterizan esta funcion, es una de las que en la especie humana exigen mas especialmente estar cubiertas de un velo. Es indudable que se le favoreceria de una manera mas eficaz, si el número de las personas que deben ayudar á una parturienta se limitase á dos ó tres de sus mas íntimas amigas, que por un modo franco y alegre divirtiesen sus sufrimientos, ó calmasen sus temores por un semblante tranquilo, y á una matrona que adornasen para confiar en ella la sangre fria, la paciencia, la reserva y la seguridad: es indudable, repito, que por este medio se socorreria á una parida mas útilmente que por la asistencia tumultuosa de un gran número de gentes azoradas, tristes, impacientes, cuyas solicitudes multiplicadas y frecuentemente fuera de propósito aumentan en su imaginacion el mal que puede sufrir y el peligro que teme; y sobre todo por el aspecto

imponente de un hombre siempre pronto para operar, siempre armado de instrumentos, y siempre temible por su sexo.

Es necesario confesar que, aunque la funcion de partear está unida al arte de curar, no obstante no ha sido hecha para ser ejecutada por hombres. El carácter de esta funcion, los conocimientos poco estensos que exige, la confianza mas entera y mas absoluta que deben naturalmente tener unas con otras las personas de un mismo sexo, en fin todo llama á ella á las mugeres: este empleo parece que les es propio; ellas tienen todas las ventajas necesarias para llenarlo con buen suceso. Se sabe con cuanta habilidad y con cuanta destreza sus manos pequeñas y delicadas se introducen, se insinúan por todas partes sin inconvenientes, saben penetrar hasta el orígen del mal sin aumentarlo, y conducir un remedio sobre la parte enferma, sin despertar en ella los dolores adormecidos. Ciertos talentos preciosos, y cierta delicada atencion que sabe adivinar las nece-

sidades, que no tenemos fuerza para manifestar, y cierta sensibilidad advertida que sabe respetar hasta los caprichos de la enfermedad, son los que han dado motivo á este proverbio honroso para el sexo (1), què donde quiera que hay un ser que sufre, sus suspiros llaman á una muger para consolarse.

Se nos dirá que son necesarios estudios serios y largos, saber la física, la mecánica, y aun las matemáticas, para hacerse hábil en el arte de partear. ¡ Ah ! ¿que hay que no se haya sujetado principalmente de algun tiempo á esta parte á la física y á las matemáticas? Todo lo que es material, todo lo que es del resorte de los sentidos, sin duda está unido á la física y á la mecánica; no se puede dar un paso, no se puede mover un feto, sin que esto se obre por las leyes de la física: pero cualquiera hace operaciones mecánicas, como el hidalgo provincial hacía la prosa, es decir, sin caer en

(1) Ubi non es mulier, ibi ingemiscit æger.

ello. Hay una mecánica natural que saben sin haberla aprendido, no solamente todos los hombres sino tambien todos los animales. Todos hacen acciones, en las que brilla la mas fina mecánica, sin haber sido adiestrados en ellas; todos saben por sí mismos y sin haberse ejercitado en ello, tomar las situaciones mas cómodas que exigen sus diferentes necesidades. Los que hacen tratados de partos detallan muy estensamente la posicion que debe tener la muger, y la que conviene al comadron. Las piernas de este, se dice, deben hacer un ángulo de *cuarenta y cinco grados*. Un operador, para dar brillo á su arte, puede llamar á esto mecánica y geometría; pero no debe decir que está sobre la capacidad de las mugeres. La única diferencia que tal vez hay entre unos y otras es, que abandonandose la muger á su destreza natural, librandose de la sujecion de una postura determinada, y haciendo mas bien los movimientos que exijan las circunstancias que los que manda la regla, maniobrará mejor

que el comadron anclado sobre su ángulo de cuarenta y cinco grados.

El arte de los partos, despojado de los preceptos indiferentes ó inútiles y de las vanas galas con que lo han disfrazado, se reduce á un número muy pequeño de principios sencillos (1), fáciles de comprender, y muy al alcance de las

---

(1) Por grande que sea el mérito de la ciencia, está tan cerca de ella la tentacion de abusar de los conocimientos, que apénas me determino á desear, por el bien de mi patria, que sepan mas las matronas. En todo el Condado de Foix, donde he nacido, se confian los partos á mugeres del pueblo, que jamas han tenido la menor idea de anatomía, y cuyo arte todo se reduce á algunas prácticas rutinarias y tradicionales. Pero tienen celo, paciencia y rectitud, cuando los comadrones no atienden mas que á hacer brillar el fantasma de la ciencia, y con todo aquellas logran siempre mas felices resultados. Yo no me acuerdo haber visto perecer en mi pequeña aldea sino á una sola muger de las consecuencias del parto, y esta contra el uso habia sido parteada por un hombre. Fué tan desgraciado el acontecimiento, que dió lugar á creer que la naturaleza reprobaba una innovacion tan funesta.

mugeres. Se sabe muy bien cuales son las posiciones viciosas que puede tomar el feto en la matriz, cuales las que se pueden rectificar, y cuales las que no pudiendo corregirse, no dejan á la destreza del artista mas que el prudente partido de disminuir sus inconvenientes cuanto sea posible. Ademas, es necesario considerar que estos principios no tienen su aplicacion sino en los casos en que no pudiendo la naturaleza bastarse á sí misma, exige el apoyo de una mano estraña; porque segun la confesion de los mismos comadrones, el parto natural, que es y debe ser el mas comun, puede hacerse sin la intervencion del arte. Se puede pues concluir con certeza, que los comadrones que maniobran y operan cuanto pueden, lo hacen frecuentísimamente sin necesidad, y por esta razon tambien perjudican á los buenos sucesos de la maniobra. Tambien por esto se pueden reducir á su justo valor las relaciones exageradas que hacen de los pretendidos obstáculos que han tenido que vencer, de la des-

treza y de la habilidad que les han sido necesarias para sobrepujarlos : relaciones que parecen dirigidas á hacer ver que el parto ha sido obra suya, ó por lo menos que ellos han tenido en él mucha parte, y la naturaleza ninguna.

O en tiempo de los Griegos parian las mugeres con mas facilidad que en el dia, ó ellos conociéron mejor que nosotros el verdadero grado de influencia que las matronas ó los comadrones tienen en esta funcion. Por el nombre que daban á sus matronas, parece que las limitaban al cuidado de cortar el cordon umbilical. Las llamaban *onfiotomi*, cortadoras del cordon umbilical. Las hembras de los animales hacen esta operacion con sus dientes; y como en ellos puede el cordon umbilical pasar sin ligadura, hay autores que dudan que esta sea tan esencial en el hombre como muchos quieren. Hay observaciones sobre esto en pro y en contra. No es este el lugar de discutir esta cuestion; pero creemos que muy bien nos podemos engañar, si se considera el cordon

umbilical como una simple continuacion de los vasos del hijo ó de la madre, y no como una pieza de relacion, que no debe servir mas que un cierto tiempo, como un punto de comunicacion establecido entre la madre y el hijo, que mantiene la naturaleza en tanto que lo necesita, pero que deja perecer y caer, cuando ya no le es útil. Despues del parto ella contrae, aprieta y cierra la parte del hijo á que el cordon está abocado; é interceptando allí la sangre y la vida que lo hacian vegetar, lo pone en el caso de obliterarse y desecarse bien pronto sin ningun perjuicio para el hijo.

Aunque la facilidad del arte de partear pudo ser entre los antiguos un motivo para confiarlo á las mugeres, sin duda tambien tuviéron ellos consideracion á la conveniencia natural que hay, en que el niño que acaba de venir al mundo sea recibido en manos de una matrona para pasar de ellas á las de una nodriza, y de las de esta á las de una aya que lo dispusiera para recibir la educacion masculina de los hombres.

Un depósito tan débil y tan delicado tal vez hubiera encontrado en la ternura austera y rígida de estos, socorros menos convenientes á su estado: necesitaba de un apoyo dulce, flexible, y que supiese plegarse con él para defenderlo mejor. En fin, el cuidado de la infancia es el destino de las mugeres; es un trabajo que les ha asignado la naturaleza. Una muger es la que debe llevar el niño nueve meses en su seno: una muger es la que debe suministrarle el primer nutrimento de que tiene necesidad; y en fin una muger es la que debe velar sobre los primeros desenvolvimientos de sus órganos y de su alma, y prepararlo para las lecciones que deben elevarlo al estado de hombre.

Pero la principal razon que no permitia á los antiguos pensar que la funcion de ayudar al parto pudiese convenir á otras personas que á las mugeres, escepto en los casos muy raros, en los que todo cede á un inminente peligro, es el grande interes de las costumbres. Este es

un objeto que los antiguos gobiernos jamas perdian de vista: ellos sabian que las costumbres son la base de toda legislacion, y que en vano se harian buenas leyes si las buenas costumbres no aseguraban su ejecucion. La crueldad de las operaciones quirúrgicas de Archagato hizo desterrar los médicos de Roma (1): ella arrojó tambien de su seno á los sofistas y á los oradores griegos, á quienes se acusaba de haber introducido y conservado el gusto de las artes y de los vicios de la Grecia: probablemente ella no hubiera dejado subsistir por largo tiempo un arte, que ejercitado por hombres bajo una vana apariencia de utilidad, hubiera amenazado al santuario del matrimonio, y que atentando contra la principal salvaguardia de las familias, bien pronto hubiera atacado los resortes del estado: un arte que á fuerza de alarmar al pudor de las mugeres, bien pronto las hubiera hecho perder hasta la memoria de esto

(1) Aulo Gelio, lib. 13.

virtud severa que les habia hecho merecer el aprecio y la veneracion de los Romanos, y que habia sido en otro tiempo el principio de las mas grandes revoluciones. Caton que degradó á un senador por haber abrazado á su muger en presencia de su hija; Caton, siempre atento á desterrar la corrupcion del corazon de los ciudadanos, jamas hubiera permitido que sus mugeres, dando hijos á la república, marchitasen este beneficio con el olvido de la primera y principal decencia.

Todas las naciones (1) han estado bastante

(1) Es necesario esceptuar á los Atenienses, en aquella época en que habian prohibido á las mugeres todo el ejercicio de la medicina y de la cirugía. Como las Atenienses tenian mucha repugnancia en sujetarse á una ley que violaba su pudor, forzandolas á hacerse partear por hombres, una de entre ellas mas animosa, y como otro Curcio, consagrandose á su sexo, se vistió de hombre para tener el derecho, á favor de su enmascaramiento, de ejercer la profesion de comadron. Todas las mugeres que estaban en el secreto recurriéron á ella, y los otros comadrones

acordes hasta mediados del último siglo en no admitir el ministerio de los hombres en los partos. M.r Astruc pretende que hasta 1663 no se principió en la corte á servirse de comadrones, y esto se dice fué en una de aquellas ocasiones (1) en que el honor en peligro no

---

perdiéron su concepto. Una grande reputacion es un crimen á los ojos de la envidia. Esta pues armó en un momento contra *Agnodice* (este era el nombre de la muger comadron) todos los celos que su fortuna inspiraba, y recurrió á la calumnia, que son sus armas favoritas. Felizmente sus imputaciones, por lo comun, son concertadas con mas maldad que destreza; y las que empleó contra Agnodice eran de naturaleza de poderse desmentir fácilmente. La acusáron de que seducia á las mugeres de los ciudadanos. Por la sola manifestacion de su sexo confundió la impostura. Los Atenienses viéron los inconvenientes de su ley, y tomáron el prudente partido de modificar sus disposiciones.

(1) Esta fué, dice M.r Astruc, en el primer parto de Mademoiselle de la Valliere, para asegurar mejor el secreto, porque se temia que la presencia de una matrona en el palacio donde reinaban ya las sospechas, suministrase un nuevo alimento á la maligna curiosidad de los cortesanos; y para esto se eligio un

toma consejo mas que del trastorno que lo estravía, y viola una parte de las reglas para salvar la otra. ¡Quien lo creeria! la vergüenza fué la que hizo recurrir á los hombres por la primera vez. Un rey que conocia el poder del ejemplo en el trono, y que queria ocultar sus debilidades y contemplar la delicadeza de la que se las causaba, creyó que no podia poner en mejores manos un interes tan querido. De la misma manera Jupiter confiaba algunas veces á los dioses subalternos mas bien que á las diosas, su dificultad y su cuidado de ocultar

---

cirujano que tenia destino en la corte. Ademas de esto, no se puede menos de convenir en que ha habido en todos tiempos hombres que han estudiado ó enseñado el arte de los partos. Nosotros tenemos tratados de partos muy antiguos, escritos por médicos.

Los cirujanos que ejercian las demas operaciones quirúrgicas no despreciaban la del parto. Pero el uso habitual y diario de los comadrones no estaba establecido como al presente: ellos no intervenian mas que en los casos difíciles en que se creia tener necesidad de un operador ejercitado.

á los ojos de Juno los frutos de sus infidelidades. De cualquier manera que sea, ciertamente no fué en un momento tranquilo, en el que una muger debió por la primera vez resolverse á abandonarse á merced de un hombre para parir. Dados los primeros ejemplos por aquellas personas cuyo rango y estado fuerzan la opinion, el uso de los comadrones se ha estendido y desparramado despues con aquella rapidez que tienen todas las invenciones de lujo, por mas que los mismos médicos (1) se hayan esforzado en hacer ver sus inconvenientes. No obstante todavía hay mugeres que seria imposible resolverse á dejarse partear por hombres, no solo en los lugares en que este empleo está confiado á las mugeres, sino en las ciudades en donde los comadrones estan mas en voga. Se dice que hay una grande reina

(1) Hay una obra de M.r Hequet, titulada: *De la indecencia que hay en que los hombres parteen á las mugeres.*

en Europa, que tiene un comadron del que no se sirve nunca. Mugeres la partean, y el comadron está en la antecámara, como un testigo de un tributo que se hace todavía á un uso que no se ha renunciado.

Volvamos á la muger que ha parido. Cuando el hijo está fuera, se suspende el trabajo por algunos momentos, pero aun todavía no se ha concluido. La placenta y las membranas que envolvian al feto quedan, por lo comun, unidas á la matriz despues del parto. Este órgano se agita todavía para procurar su espulsion, pero con menos fuerza que para ejecutar la salida del feto. Despues de haberse desembarazado de las secundinas, trabaja en evacuar todos los humores que han llegado á serle inútiles; lo que produce durante algunos dias flujos que varían sucesivamente de naturaleza, á medida que los vasos de la matriz se recogen, y cuya cesacion anuncia que este órgano ha tomado enteramente su primer estado.

CAPITULO VIII.

De la lactancia.

Como el niño (lo mismo que los animales pequeños en muchas especies) es incapaz inmediatamente despues de su nacimiento de hacer uso de los alimentos sólidos de que se nutre la madre, era necesario que todavía encontrase en esta órganos proporcionados para suministrarle un alimento análogo al que lo habia sustentado ínterin estaba en su seno. Estos últimos órganos con un aparato enteramente diferente ejercen, con respecto á esto, la misma funcion que habia desempeñado la matriz durante el embarazo. Esta, despues del parto, no tiene otra cosa que hacer mas que desembarazarse de los restos del aparato que sostenia al hijo, y volver á tomar su antigua situacion. Hecho esto, parece que la naturaleza transporta

toda su actividad, y que dirige la suma de fuerzas, que empleaba allí, ácia los órganos que deben sucederle en su principal destino. En fin los pechos llegan á ser entónces el solo objeto de su atencion, porque los necesita esencialmente para el mantenimiento del recien nacido.

La posicion esterior y elevada de este órgano en la muger es la mas conveniente para un niño, que no pudiendo ya tomar su subsistencia dentro de la madre, ni buscarsela por sí mismo fuera, está destinado á ser impelido ácia ella: posicion admirable, que colocando al hijo bajo de los ojos y en los brazos de la madre, establece entre ámbos un comercio interesante de ternura, de cuidados y de caricias inocentes, que pone al uno en estado de espresar mejor sus necesidades, y á la otra en el de gozar de sus propios sacrificios contemplando continuamente su objeto.

Este órgano, que es doble y está simétricamente colocado sobre la parte anterior del

pecho, entra esencialmente en la idea de la belleza; de manera que consumando y perfeccionando la obra de la generacion, sirve tambien para adornar á la muger, y para aumentar sus atractivos naturales. Lo que confirma el principio que dejamos establecido, de que la belleza no es otra cosa que la aptitud para llenar un objeto útil y grande, fundada sobre relaciones exactas y sensibles. Esto es tanto mas incontestable, con relacion al órgano de que se trata, cuanto que la forma, que el deleite exigiria en él, es tambien la mas á propósito para efectuar las intenciones de la naturaleza. Un volúmen demasiado grande, una forma aplastada ó muy pequeña (1), se desvian igualmente de las justas relaciones que exige su destino.

La naturaleza no espera el término del parto para disponer los pechos á la funcion que les

(1) Roderic. á Castro, *Univ. mul. morb. medicin.* Parte I, lib. 4, cap. 13.

*

es propia, sino que por una especie de providencia forma ó trae á ellos la leche algun tiempo ántes de que llegue esta época; pero cuando el parto está enteramente terminado, hace venir á ellos por torrentes, algunas veces bastante impetuosos (2) para causarles inflacion y dolor, aquel precioso licor tan agradable á la vista como lisonjero al paladar. Su blancura, que se aproxima á la del quilo, ha sido la causa de que se lo haya considerado algunas veces como emanacion inmediata de este fluido, ó por lo menos como un resultado muy inmediato de la primera digestion. Cierto es que de todos los líquidos del cuerpo humano, la leche es despues del quilo el menos desnaturalizado por la accion vital, y el que conserva mas cualidades sensibles de los alimentos que han suministrado su materia; pero

---

(1) El movimiento febril que acompaña la venida de la leche á los pechos, y que se llama calentura láctea, no lo sufren todas las mugeres.

presenta, ya en su formacion, ya en sus efectos, fenómenos que deben hacerla considerar como un fluido particular. Una razon que prueba invenciblemente que la leche no es quilo, es que la que se separa de su destino natural, y se derrama en los caminos comunes de los demas humores, no se amalgama con ellos, y toma el carácter de un humor estraño, que llega á ser dañoso, si la naturaleza no la arroja por los diferentes emuntorios; en lugar de que jamas se ha pensado decir que el quilo sea un fluido peligroso que no simpatice con los humores, pues que sirve al contrario para renovarlos á todos.

La leche es un producto animal, debido á un trabajo de la naturaleza, que ni tiene, ni puede tener lugar, sino en un cierto tiempo. Si la leche fuera un efecto pasivo de la organizacion y del curso ordinario de la sangre, la tendrian siempre las mugeres y las hembras de los animales, pues que siempre tienen la materia y los instrumentos con los que la

produce la naturaleza. Es pues necesario que esta, escitada por un objeto importante, los ponga en accion, y les haga producir lo que jamas podrian hacer por sí mismos.

La venida mas ó menos tumultuosa de la leche á los pechos no depende solamente del simple retroceso de los humores que envia la matriz. La pretendida comunicacion de los vasos y de los nervios de estas dos partes no está bastante demostrada, para justificar la opinion de los que le atribuyen el reflujo de los humores y de la leche ácia el pecho: hay muchas partes vecinas de la matriz, á las que tal vez le seria mas fácil apoderarse de ellos; y si acuden con preferencia á los pechos, es efecto de una direccion particular de parte de la naturaleza: es mas bien el efecto de una conveniencia moral, que el de una necesidad física. En fin la naturaleza conduce la leche ácia el seno, porque solo él puede transmitirla al hijo con comodidad.

Sin contradiccion hay entre este órgano y

la matriz un comercio manifiesto de sensibilidad, que hace que se hagan participantes ó se comuniquen recíprocamente sus afecciones; pero este comercio está menos fundado en las relaciones físicas que los unen, que en el objeto del destino comun que los sujeta á ámbos á funciones casi semejantes, y en virtud del cual el uno no podrá esperimentar una sensacion, sin escitar una sensacion análoga en el otro. Los dos parecen á propósito para formar la leche, y cuando uno está sobrecargado, no hay ya que hacer: lo que puede suceder mas ventajoso, es que el otro se apodere de ella. Asi la naturaleza bien ordenada, y que nunca se contraria, le permite raras veces estraviarse en los demas órganos, en los que seria mas estraña y mas dañosa que en estos que estan destinados á producirla.

No solamente es necesaria una accion inmediata del principio vital para conducir ó formar la leche en los pechos, sino tambien que un sacudimiento de parte de estos pro-

duzca su escrecion y su salida. La leche no pasaria jamas á la boca del niño, ni nunca cederia á los demas medios por los que se solicita su salida, sin una disposicion activa de parte del órgano que se encrespa y endurece para esprimir el licor que contiene (1): esta disposicion puede determinarse por frotamientos proporcionados á la sensibilidad de la parte. El instinto, la esperiencia ó el acaso enseñan al niño á hacer cosquillas con su cabeza y con sus manos en el pecho que mama, para sacar una mayor abundancia de leche. Repitiendose muchas veces al dia las ligeras y agradables irritaciones producidas por esto sobre este órgano, mantienen y fijan en él durante todo el tiempo de la lactancia una corriente de humores, que hace diversion por lo comun á otras evacuaciones particulares de las mugeres. Esta diversion es necesaria, y manifiesta cuan perjudicial seria para el hijo que la madre

---

(1) M. de Bordeu, *Recherches sur les glandes.*

escuchase los deseos capaces de llamar ácia otra parte una influencia sin la que él no puede pasar. Ademas, es contra la naturaleza que pueda ella ocuparse ventajosamente de muchos objetos á la vez, y que emprenda una nueva obra ántes de haber dado la última mano á la que ocupa actualmente su atencion.

La continencia no es la única virtud conveniente á una nodriza : todas las pasiones violentas ó tristes tienen mas ó menos poder sobre la elaboracion de la leche ; y para esperimentar menos su actividad, seria necesario que las mugeres que crian viviesen cuanto les fuera posible en el campo : la tranquilidad y el sueno que les son especialmente necesarios, huyen del tumulto y del ruido de las ciudades. Las ventajas de un aire puro, de un nutrimento mas fresco, que ofrecen en los campos los vegetales de toda especie, deberian tambien hacer preferible esta última mansion. Basta que el nutrimento de una nodriza sea abundante, y seria inútil y tal vez dañoso que fuera

escogido. Lo que es esencial para el niño, es que tenga un temperamento sano y un alma pacífica.

En cuanto á la paciencia que es necesaria para hacerle soportar sin disgusto las frecuentes importunaciones de su niño, la naturaleza la ha provisto de ella, dandole un fondo de ternura que no se cansa jamas. Aquí se manifiestan de una manera muy sensible el fin y los efectos de aquel carácter movible, que se ha dicho ser particular de la muger, y que parece tan poco á propósito para admitir sentimientos esclusivos. Ella está destinada á producir muchos hijos, á nutrirlos, y á defenderlos de toda ofensa. Cada uno exige los mismos cuidados, la misma vigilancia, la misma solicitud, porque todos son igualmente débiles. Si la muger fuera demasiado susceptible de aquellas aficiones durables que no permiten al alma perder de vista un solo instante su objeto, que se endurecen contra los obstáculos, y que el tiempo mismo las fortifica, esta dis-

posicion tal vez hubiera estraviado al instinto que quiere que despues de haber prodigado la ternura de que es capaz á uno de sus hijos, la transporte sucesivamente sin dividirla á todos los demas, y que manifieste por cada uno de ellos aquel sublime calor de sentimientos, que parece que no se puede tener mas que una vez.

No se debe creer que la aficion que tenemos á los hijos, cuando son grandes, sea de la misma naturaleza que la que una madre tiene al niño que cria.

La primera es un sentimiento facticio, fundado sobre la costumbre y mas bien sobre el amor propio, que nos hace mirar á los que deben heredar nuestros bienes y nuestro nombre, como una estension de nuestro ser para sustraernos de la muerte. La ternura de una madre por su cria no debe nada á la reflexion, y manifiesta en su santa energía los rasgos de aquel delirio que caracteriza todos los impulsos naturales. Esta ternura, como la que las

gallinas y otros animales tienen por sus hijos, debe acabarse con las necesidades de la infancia.

El medio que las nodrizas emplean con mas frecuencia para callar los gritos del niño que llora, es el de presentarles su pecho, porque temen siempre que el hambre es la que les hace llorar. A la verdad muy á menudo tienen necesidad de mamar. Un cuerpo que se desarrolla, y que propende á crecer, cuyos emuntorios todos estan abiertos, y cuyas escreciones tal vez son mas abundantes relativamente que las de las personas adultas, exige un nutrimento considerable; pero no siempre es la hambre la causa de su llanto, algunas veces se acalla con tener el pezon en la boca sin mamar. Como la existencia de un niño recien nacido es toda sensitiva, cuando no duerme, quiere sentir y ser afectado: la necesidad de sensaciones es la que le hace frecuentemente buscar la teta la oscuridad y el silencio lo espantan: está incómodo, y parece que teme la muerte cuando

nada divierte sus ojos ó hiere sus oidos. El pezon es entónces en su boca un simple objeto de distraccion : con frecuencia se podria aliviar á la nodriza sustituyendo al pecho objetos colorados ó sonoros, capaces de fijar algun tiempo al niño. Los colores vivos atacan singularmente su vista, y escucha con placer las canciones y las pláticas de su nodriza, y de cualquiera otra persona. Divirtiendolo asi, hay la ventaja de que se desenvuelven mas pronto sus sentidos, que son los instrumentos de todos los conocimientos que debe adquirir. Sus gritos ceden tambien á un balanceamiento dulce que mueva su cuerpo. Este es uno de los medios de hacerle sentir su existencia, de que se abusa algunas veces, pero que no es dañoso cuando se hace de él un uso moderado. Meciendo con precaucion al niño, se le procura un ejercicio saludable, del que tampoco estaba absolutamente privado en el vientre de su madre. Distinguiendo pues en él la hambre de la necesidad de distraerse, puede ser que se llegue á

arreglar el tiempo que debe mamar en cada dia.

Aunque el término de la lactancia está señalado por la misma naturaleza en la entera y perfecta erupcion de los dientes, se puede adelantar sin inconveniente, haciendo suceder poco á poco la leche de los animales á la de la nodriza, y acostumbrando al niño gradualmente á tomar alimentos mas sólidos. Insinuamos esto para las madres que no tienen mucha leche, ó para aquellas á quienes una salud delicada hace el yugo de la lactancia demasiado oneroso.

Por lo que respecta á las que han sacudido enteramente este yugo, podríamos demostrar, como se ha hecho ya muchas veces, que jamas se violan impunemente las leyes de la naturaleza, y presentar la lista de los males que se siguen á esta infraccion: se los harémos presentir bastante, trayendo á la memoria que hemos considerado la leche retenida en el cuerpo como un principio de corrupcion para los otros

humores, sin contar aquellas enfermedades demasiado graves y demasiado sensibles para no percibir su causa, á las que estan mas espuestas: las mugeres que no crian, caen algunas veces, aun mucho tiempo despues de sus partos, en un estado de languidez ó desórden, que anuncia que algun humor heterogéneo turba en ellas el ejercicio ordinario de la sensibilidad, y que quitandoles su hermosura, su brillo, y las demas gracias que querian conservar, las priva tambien del fruto de su falta.

No obstante, la obligacion de criar no se estiende á las que no pueden dar á su hijo mas que un alimento insuficiente ó mal sano. Las que no tienen leche, ó lo que es mas comun en las grandes ciudades, las que la tienen mala, no podrán hacer cosa mejor que mandar sus hijos al campo; tal vez estos encontrarán en una leche sazonada por la templanza y la frugalidad, que les suministre una aldeana robusta, un remedio para los males producidos por los vicios opuestos á estas virtudes: ellos se des-

pojarán en esta fuente pura de los fermentos inficionados que se les han transmitido con la vida : recibirán allí una existencia mas sólida que la que deben á unos padres enervados, y apénas en estado de sostener la suya. Tambien pueden resultar de esto otros efectos morales capaces de templar un poco el de la desigualdad de condiciones. El rico nutrido en casa del pobre del campo estará menos dispuesto á despreciar la honrada pobreza, aun cuando se haya entregado á los prestigios y á los placeres de la opulencia, y aunque todo conspire para hacerle olvidar que es hombre. En uno de aquellos momentos en que el alma está mas fácil á conmoverse, y en que la misma naturaleza atrae al hombre vicioso ácia sus semejantes, viendo la humilde choza de un aldeano, se dirá á sí mismo con terneza : he aquí mi primer mansion, he aquí mi cuna : la frívola disipacion y el bullicio brillante que llenan mi vida, no valen los dias inocentes que yo he pasado ahí en mi infancia : los que la

habitan no me debian mas que cuidados, y ellos me prodigaban aquella ternura que la naturaleza ó la inocencia de las costumbres pueden solo inspirar: aquí es donde se forman aquellos hombres vigorosos cuyo sudor hace que germinen las sustancias que me alimentan, y cuyos brazos defienden los hogares en donde yo me duermo en la molicie: ¡que digo! si corre por mis venas una gota de sangre que esté libre de corrupcion, si queda todavía en mi alma un sentimiento honrado, yo lo mamé con la leche que me diéron.

Si las razones sacadas de nuestra organizacion y del encadenamiento natural de nuestras funciones obligan á toda muger, que no esté enferma, á criar, las razones morales que la apremian á lo mismo no son de menor peso para las que tienen un alma sensible y recta. Un mamon abandonado á los cuidados mercenarios de una nodriza; los peligros de una leche que puede no ser siempre análoga á su constitucion, que puede tambien, segun algu-

nos médicos (lo que no es enteramente infundado), influir sobre sus costumbres y sobre su carácter; los males físicos de que puede infectarse; en fin la delicadeza de un niño confiado á otra persona que á su madre, que no llenando sus funciones no debe esperar recibir sus recompensas, son motivos muy poderosos para hacer proscribir un abuso tan contrario al órden natural.

Ninguno de todos los animales hechos para nutrir á sus hijos fia á otros un cuidado tan querido : una especie en la que el padre y la madre no mostrasen ardor sino para engendrar, y se eximiesen de la obligacion de nutrir sus frutos, seria una disonancia en la naturaleza.

Esto no choca menos al órden de la sociedad, en la que cada uno tiene sus funciones que ejecutar, y en la que cada sexo está ligado por obligaciones peculiares. Parece pues que una muger no tiene derecho á todas las ventajas que procura la sociedad á sus miembros,

sino cuando ha llenado todos sus deberes; y que no ha hecho mas que la mitad de su obligacion, cuando no cria al hijo que ha dado á luz. No es bien digna del rango que ocupa en ella, sino cuando despues de haber sido su adorno por sus encantos, ha contribuido á aumentar su fuerza dandole ciudadanos vigorosos y saludables, que hayan recibido de ella con la leche el ejemplo de una inviolable aficion á los deberes sagrados que nos impone.

FIN DEL SISTEMA FÍSICO Y MORAL DE LA MUGER.



ÍNDICE.

SISTEMA

FÍSICO Y MORAL DE LA MUGER.

PARTE PRIMERA.

De las diferencias generales que distinguen los dos sexos.

SEGUNDA PARTE.

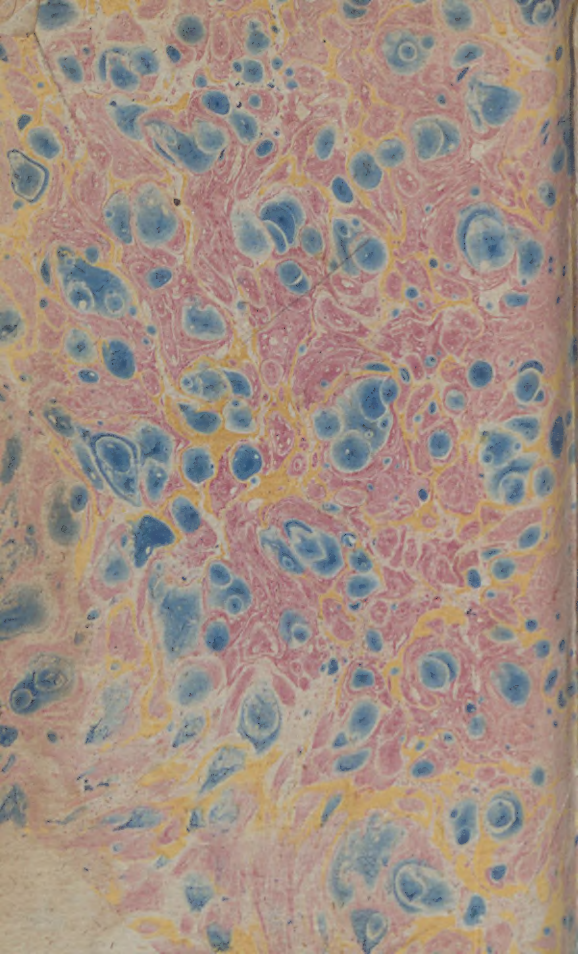
De las diferencias particulares que distinguen á los dos sexos.



FIN








Biblioteca
UNIVERSIDAD D SEVILLA
601046112


56
SISTEMA
FISICO Y MORAL
DE LA MUGER
239


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm